

Rafael Figueroa



Ponle músculo a los sueños

Usted puede navegar en el libro de la siguiente manera:

Para pasar las páginas – Colocar el cursor del ratón sobre las esquinas de las páginas y hacer clic

Para ampliar las páginas – Hacer doble clic en la página que desea aumentar de tamaño

Para minimizar la pantalla de la aplicación – Presione la tecla ESCAPE (ESC)

Rafael Figueroa

PONLE MÚSCULO A LOS SUEÑOS

SIBIUDO

Ponle músculo a los sueños

Producido por el Sistema de Bibliotecas de la Universidad de Oriente SIBIUDO

Derecho reservados © 2015 Fondo Editorial De la Universidad de Oriente

Depósito Legal:

Corrección de textos y estilo:

Lcdo. Rafael Figueroa

Composición y diagramación digital:

Lcdo. Marcos Ramírez

Diseño de portada:

Lcdo. Rafael Figueroa

Dedicatoria

A mi madre.

A Manuel Antonio Narváez Silva.

A José Nicolás Marcano López.

Agradecimientos

A mis hijos Rafael Antonio y Carmen Elena, quienes me pidieron lo que hoy les entrego, olvidando que me metían en un enredo fenomenal.

A Nairoby Rodríguez, experta secretaria, quien se tomó con celo la parte de computación.

A MODO DE PRÓLOGO

Yo no había anotado en la agenda de mi vida que tenía que escribir un libro, menos ahora que han transcurrido unos cuantos veranos, pero mis dos hijos, Rafael Antonio y Carmen Elena, quienes me lo habían venido pidiendo, me tenían las orejas aplanadas de tanto repetírmelo. Yo siempre evadiéndolos con una u otra razón, y ellos siempre respondiéndome con una u otra salida.

Mis primeras respuestas fueron que yo de eso de escribir libros no tenía ni la más remota idea, y de experiencia un gran ayuno.

Me respondieron que si yo con tantos años de estudios y trabajando en pueblos de variada geografía y diferentes costumbres, no había logrado un poco de experiencia, y además, que yo –les contaba su abuela- cuando era muy pequeño decía que “cuando yo sea gande voy a leé mucho pá se dotol”. ¿Y, ya esto en sí no es una idea?

Pero eso a mí no me parecía suficiente para arrancar a escribir lo que me pedían.

Rafael me respondió: es que a ti, papá, se te han ido los humos a la cabeza, te has ido muy alto, nosotros no te estamos pidiendo que escribas la Biblia, lo que te pedimos son unas simples memorias para que tus nietos Alejandro, Diana y Rafael Antonio, y sus hijos, si es que así lo desean, sepan quién fue Rafael Figueroa, cómo se portó con sus familiares, con sus amigos y con su pueblo.

Les digo que con mis amigos he sido sincero; con mi familiares he hecho lo que he podido y de acuerdo con las circunstancias, y a mi pueblo le debo tanto, que vivo asustado, menos malque los fiadores que le tengo son el silencio y el tiempo, aunque muchos dicen que tardan pero no olvidan.

Pero las memorias me son difíciles, porque como dicen los abogados no se puede ser juez y parte.

Pero en el camino hay piedras con las que uno se tropieza y lo hacen cambiar el rumbo.

¿Cuál fue esa piedra que me hizo cambiar el rumbo?

Esa piedra fue el recuerdo del bachiller Rafael Figueroa González, alias “El Gallo Negro”, un personaje de mi pueblo natal, La Asunción. Fue el

bachiller Figueroa, unpolítico sagaz, un conservador, siempre del lado del gobierno, arreglaba y ganaba todas las elecciones: fue el Gran Elector.

El Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa, su sobrino, quién vivía en Caracas, fue a Margarita a hacer campaña electoral por la oposición, buscando un escaño en el Congreso Nacional. Pues bien, al bachiller, que para ese momento era secretario general de gobierno, no se le agió el ojo: lo hizo preso, y lo soltó al día siguiente, después de haberlo hecho perder las elecciones. La sagacidad política del bachiller lo llevó a ser fuente de consejos para líderes medios que iban a “saludarlo”.

Pero el bachiller Figueroa no fue simplemente, como pudiera parecer de la descripción anterior, un astuto político gobernador. La realidad es que aunque el bachiller Figueroa era un enamorado de la política, no necesitó nunca de los gobiernos, los gobiernos necesitaban de él. Fue un gran autodidacta, poeta, periodista, y buen orador, dotes que le dieron un respeto y una consideración que iban mucho más allá de lo político. Sus versos gustaban mucho, pues uno los oía en las bodegas, o en las pilas de agua. El historiador y poeta margariteño Jesús Manuel Suberose lamentaba de que la obra del bachiller no hubiera sido compilada.

Escribió mucho para sus nietos y sobrinos, especialmente para prepararlos en sus tareas escolares. En una oportunidad, 23 de julio, la alumna fue Dolores Prieto, quien iba a participar el 24 de julio en un acto en el parque Luisa Cáceres de Arismendi. Le hace una prueba el 24 en la mañana, y supo decir en la casa: “esta muchacha se va a lucir hoy, les aseguro que será muy aplaudida”, y se fue al acto con ella.

En sus palabras, Dolores, en vez de decir “Bolívar Libertador, con aguas del Orinoco fue a Ecuador a regar el Chimborazo”, dijo: “Bolívar Libertador con aguas del Chimborazo fue a Ecuador a regar el Orinoco.”

Después de un corto silencio, donde no se sentía ni el caer de una hoja, se dirigió al bachiller:

—¿Qué más tío?

Al tío, ofendido en su orgullo, le faltó su acostumbrada tolerancia y respondió:

—¡Baje de ahí ya!

La niña, confundida y asustada, ante un público en completo silencio y que esperaba más, se puso a aplaudirse ella misma, despertando la ovación más larga y fuerte que haya recibido en ese parque escolar alguno.

Una tarde, cuando estaba regando mis matas en el patio de mi casa aquí en Cumaná, después que mis hijos me habían dado el sermón acostumbrado para que escribiera el libro, pues me llevaban como al trapiche, a una caña y dos bagazos, me asaltó el recuerdo del bachiller Figueroa, que una mañana muy temprano, aun en pijamas y pantuflas, meciéndose en su mecedora estilo Luis XV, que compraban los margariteños en la isla de Trinidad, me dijo:

—Mira Rafael, el hombre no está realizado sino cuando ha tenido un hijo, sembrado un árbol y escrito un libro.

Por no ser un experto me tomó muchos meses y mucho papel manché, estrujé, y rompí, que fue al cesto de la basura.

Hubiera querido narrar muchos otros eventos y mencionar muchas otras personas, pero no fue mi intención escribir una memoria exhaustiva. Mi propósito fue darle satisfacción al deseo de mis hijos, de que mis nietos, y los hijos de mis nietos, puedan tener esta ventana sobre una Venezuela y una Margarita que ellos no conocen ni van a conocer, pero que está muy cerca en el tiempo, apenas una generación de por medio. Y el hilo conductor que escogí para este relato, es mi relación con mis estudios de medicina y mis sitios de trabajo. Es por eso que no he incluido muchos hechos y protagonistas importantes en mi vida. A ellos mis disculpas. Además la memoria es egoísta y tramposa, y se reserva muchas cosas que debía aflojar.

Pero lo que si puedo asegurarles, es que todo lo que aquí relato, es cierto, con las mismas palabras, y aunque no se pueden escribir los gestos, yo lo intenté.

CAPÍTULO I LA ASUNCIÓN

La Asunción, capital del Estado Nueva Esparta, no siguió el modelo clásico de los españoles para la fundación de las ciudades en el Nuevo Mundo, donde llegaba el capitán español montado en su caballo, espada en mano, y en la cabeza un gorro muy elegante, alto, la mayoría de las veces con bellas plumas, brillante como un sol, que aparentaba ser un símbolo del poder, más que una prenda de vestir. Lo acompañaba un grupo de hombres, donde se encontraba un cura con la Biblia, un rosario y una campana para montar un parapeto de campanario. Baja el capitán de su caballo, clavaba la espada en tierra y decía:

—Aquí está España, viva el Rey.

Así se hacía Carlos V el primer terrateniente del Mundo, y así pudo decir “en mis dominios no se pone el Sol”.

Los indios, con los ojos más abiertos que un vende prenda, bajaban de los árboles, donde se guarecían, unos para unirse al festín y otros para echar a correr.

La Asunción no tuvo una fundación ceremoniosa, sino que se presentó en la historia como un poblado en el centro de la isla, el poblado de Santa Lucía, al lado de su riachuelo, y que siguió creciendo con las migraciones, después de los ataques del Tirano Aguirre a los pueblos de La Mar.

La Asunción tuvo una época en que se la llamó la **Ciudad**, de modo que cuando el Rey de España le entregó ese título, ya los pueblos vecinos le habían dado ese nombre por consenso.

El pueblo de La Asunción y sus costumbres

Aun cuando se considere un poco romántico, los ciudadanos de La Asunción no pensaron nunca para esta una actividad de industria y comercio, sino un lugar para la ciencia y el estudio.

El Padre Manuel Montaner, conocido popularmente como Manolo Montaner, hijo de La Asunción, fue durante muchos años el párroco de la iglesia Santa Teresa de Caracas, y en oportunidades se le invitaba a La

Asunción, para decir en la Catedral las Siete Palabras, en Semana Santa. Se desarrollaba una campaña espontánea de boca en boca: que venía el padre Montaner a decir las Siete Palabras.

Al comienzo de mis vacaciones de cuarto año de bachillerato, Jorge García, prefecto de La Asunción, me llamó para que le sirviera de secretario esos días. Se realizó un matrimonio civil en una casa del Boulevard, donde además del prefecto, yo tenía que asistir como secretario, y como invitado especial el Padre Manolo Montaner. Al terminar el acto, el prefecto, que no se entusiasmaba con las bebidas alcohólicas, se tomó una copa por cortesía, y levantándose me dijo:

—Figuroa, yo me voy a retirar porque tengo otro compromiso. Si quieres, tú te puedes quedar acompañando al Padre.

A medida que la botella de escocés iba bajando, el padre se iba alegrando. Al mismo tiempo, algunas personas de las otras mesas se iban acercando a la nuestra, y comenzó a decir lo que él deseaba para La Asunción. Decía que La Asunción merecía que la convirtieran en una “ciudad jardín,” con sus calles de Las Rosas, de Las Trinitarias, de Las Palmeras, de los Pinos, de Los Guayacanes, de Los Almendrones y Los Flamboyanes.

Con la Batalla de Matasiete, 31 de julio de 1817, Margarita fue la primera región en Venezuela que quedó libre. En toda Venezuela pagaron a sus héroes con grandes extensiones de terreno. Margarita espera como pago, que hagan de La Asunción una ciudad universitaria. Están las condiciones, falta la voluntad.

Le oí decir al amigo, profesor Eduardo Rivas Casado, docente, escritor y buen orador, que el progreso de Margarita no se iba a lograr con negocios de zona franca, sino con casas de estudios y trabajo digno.

El mejor producto de La Asunción ha sido y sigue siendo su gente: sencilla y amable, dada por entero al trabajo duro y al estudio, por igual mujeres y hombres.

Una parte de su población vivió de una pequeña actividad agropecuaria, suficiente en épocas de lluvia, mustia y magra cuando la isla era azotada por la sequía. Algunos tuvieron buenas fincas y otros, los de estrato más bajo, eran campesinos asalariados que no poseían ni una mata de coco.

Un representante agropecuario aventajado fue Pablo Sanabria. Tenía un fundo cerca de la toma de agua de La Asunción, muy irrigado y con muchas matas de níspero, mango, coco y cortes de caña de azúcar, y además, un pequeño apartado de terreno para la crianza. Salvo el pescado, todo lo que consumía lo sacaba de su fundo. De gruesos troncos de árboles hizo las masas de sus trapiches para moler la caña. Para moler la yuca y obtener el casabe, y el coco para el aceite, hizo también sus propias máquinas.

Los hermanos de Pablo, que hicieron tienda aparte, también fueron prósperos agricultores, como igualmente lo fueron los Aguileras y los Medinas. Todo esto se logró porque trabajaron como héroes, y supieron robarle a la sequía, los pocos campos que protegía su macilento riachuelo.

Además de esta Margarita agricultora hubo, gracias a la explotación y comercio de las perlas, una Margarita comerciante, que posteriormente desplazó en buena parte a la Margarita agricultora. Fue tal la importancia económica que en un momento dado las perlas llegaron a ser casi como monedas de circulación legal.

Otros se ocuparon del contrabando, que hicieron con altivez, pues en Margarita no se consideraba delito. Gracias a esa actividad, honorables familias pudieron educar a sus hijos.

Los empleados públicos, los que formaban el grupo burocrático, por lo menos tenían un sueldo fijo. Se les consideraba como la gente de la letra bonita y la buena ortografía, diestros con las viejas máquinas de escribir. Fueron ejemplo de buena conducta y sólida honradez. Nunca oí decir que alguno de ellos llevara a su bolsillo un solo bolívar que no proviniera de su anémico sueldo.

Por último, existía un grupo de trabajadoras que se ganó un sitio especial en nuestro folklore: *las mareras*. Así se llamaron en Margarita a las mujeres que iban a pie, de pueblo en pueblo, vendiendo productos diversos, especialmente pan, casabe y mangos, que llevaban en una *mara* o cesta de mimbre, colocada sobre la cabeza. Usaban una pieza circular hecha de tela, de unos doce centímetros de ancho o más, y como cinco a seis centímetros de altura, llamada *rodilla*, entre el cuero cabelludo y la mara, para amortiguar el peso y mantener el equilibrio.

En esas condiciones, las mareras de La Asunción viajaban, para ir a vender, a Porlamar, o a Juan Griego, y cuando en estas poblaciones las ventas se hacían pesadas, pasaban a San Juan Bautista y Punta de Piedras.

Las mareras de San Juan Bautista, llevaban en la cabeza su rodilla, sobre la rodilla la mara, y dentro de la mara la mercancía para vender: los dulces de piñonate, y los dátiles pasados. Colgando del hombro izquierdo, llevaban un mapire con porciones de algodón, que retiraban poco a poco y lo hilaban con un huso, haciendo hilos que enrollaban en un palito de madera con las dimensiones aproximadas de medio lápiz, para hacer los ovillos o carretes, que guardaban en el mapire. Era todo un espectáculo el equilibrio que mantenían mientras caminaban e hilaban, y la mayoría de las veces también las oíamos cantar. De vuelta en la casa los ovillos se usaban para tejer bolsos, cinturones y sombreros que se vendían en los mercados.

Pero todas estas labores no les dejaban pena ni frustraciones; al contrario, lo hacían casi siempre cantando, por caminos que todavía no conocían el asfalto. Eran caminos de barro, arena, piedra, con huecos, cardones y tunas. Comenzaban la faena de dos a tres de la madrugada. Muchas veces, una piedra o un hueco, en la oscuridad, les hacían perder el equilibrio, y marera, mara y pan rodaban por el suelo. La señora Nuncia Figueroa, que acostumbraba a vender sal de La Asunción a Paraguachí, una madrugada, a poco rato de camino tropezó con una piedra. Toda la sal se regó por el suelo, se hirió la cara y una pierna, quedando toda ensangrentada; una vecina que a esa hora ya estaba haciendo café, oyó el golpe y le preguntó “¿Nunca, te caíste?, Nunca, ensangrentada y tibia, le contesto “!No, fue que yo me acosté!”.

Las condiciones para ellas eran más suaves cuando viajaban en burro, y mejor aún, cuando aparecieron las camionetas, que trabajaban por puesto.

De Pampatar iban mujeres a La Asunción a vender pescado en el mercado, o deambulando por las calles, y cuando la venta se ponía pesada cambiaban la mercancía por mangos que a veces recogían ellas mismas en las huertas, y en oportunidades, sin entregar nada a cambio. Aclaremos que para vender pescado, en vez de maras usaban una especie de pequeñas bateas o bandejas.

El mercado de La Asunción, construido sobre las ruinas de la iglesia de Santa Lucía, tenía poco movimiento. Carpita beneficiaba una res los jueves y Luis García los domingos. No se podía hacer más porque la oferta superaba la demanda. El resto de la mañana lo utilizaban los interesados para conversar. Era el mercado un sitio para negocio y paseo; triste la mayor parte del tiempo, salvo cuando ocurría uno que otro hecho que llamara la atención.

Uno de esos hechos sucedió un día cuando Don Bruno Salazar, hombre de carácter fuerte, muy respetado y apreciado en la localidad, salía del mercado con dos bolsas en las manos: una con un perrito de cochino y otra con las verduras. Un perro inoportuno le arrebató la bolsa con el perrito, y él, bajo su rabia, le lanzó la bolsa con las verduras gritándole:

— ¡Llévate ésta también, hijo de puta, para que completes el sancocho!

Para la época a la cual me estoy refiriendo, La Asunción contaba con los barrios de La Portada, El Copey, La Otra Banda, El Mamey, Salamanca, Las Huertas y Santa Isabel.



La Iglesia de La Asunción

El barrio de El Mamey

Yo nací en El barrio de El Mamey, el más pintoresco y bullanguero de La Asunción. Encontrándose ésta en un valle inclinado, las aguas de lluvia corrían a juntarse en la Calle Unión, entre las esquinas de Las Espinozas y de Pedro Antonio Albornoz, para recorrer la calle o barrio de El Mamey, llenándolo de arena y barro. Esa corriente achocolatada, que iba a desembocar al riachuelo de La Asunción, la recorríamos de extremo a extremo a la edad de siete a nueve años, desnudos, corriendo o nadando.

El barrio en sí estaba conformado por dos hileras de casas bien separadas unas de otras, lo suficiente como para que la calle fuera ancha y los fondos de las casas se comunicaran con huertas de mango, coco y cambur, y tuvieran cercas de cardón, alambre y chigüi-chigüi (especie de bromelia espinosa). Algunos espacios en esas cercas, hechas por los animales o los interesados, permitían el paso de las personas, para recoger algunas frutas o simplemente para defecar, o “darle al cuerpo”, como decían en el barrio. Cuando la necesidad se hacía en grupo, para eliminar los malos presagios después de estar agachados, se estiraban los brazos hasta una distancia tal, que las manos no se tocaran, porque de lo contrario, nos caería un rayo.

Mis padres

Mi mamá, Luisa Ramona Figueroa, queda huérfana a los dos años, por muerte de su mamá Virginia Figueroa, quedando al cuidado de su abuela María Gertrudis. Muerta ésta, pasa al cuidado de su tía Aurelia Figueroa. Mamá nunca nos habló del período de su vida comprendido entre el final de su infancia y buena parte de su adolescencia, de lo que sus hijos deducimos que no fueron para ella unos tiempos muy alfombrados.

Mi mamá era de estatura promedio, blanca, delgada, ojos de color gris claro, nariz fina, boca pequeña, de labios delgados, cabellera larga, ondulada, con mechones de pelo amarillo y marrón. Nos decía años más tarde Eleuteria Quijada, más conocida por Catoca, su vecina y amiga, con quien compartía por la empalizada cabezas de ajo, cebollas, frutas y otras tantas cosas, que Luisa era la muchacha más bonita de su grupo, a tal punto que ellas la llamaban “Granito de Oro.”

La juventud de mi mamá tuvo lugar en una Margarita paupérrima, donde conseguir trabajo era muy difícil. Y mamá era capaz de enfrentarse a cualquier labor para que sus hijos tuvieran las tres comidas y poder ir a la escuela. Por eso no dudó en largarse a los caminos como marera.

Que los hijos fueran a la escuela fue para los margariteños de cualquier clase social, preocupación de primera línea, pero para los de La Asunción resultó una obsesión. Muchas veces escuché a un padre decir “a mis hijos no les pude dejar fortuna, pero les di educación”.

Esta preocupación de los asuntos por la educación hizo que La Asunción produjera muchísimos bachilleres, ya que el título de Bachiller era el de más alto nivel que se podía obtener en la isla en ese entonces, todo

esto aunado a la situación económica, ya que los padres no tenían como enviar a los hijos a otras partes en busca de universidades. E hizo decir a la gente de los otros pueblos de Margarita, que en La Asunción, “hasta los mangos eran bachilleres”.

A Luisa Ramona nunca la frustró el trabajo, el cual mejoró cuando tuvo su propio horno de pan. Sus ganancias y sus pérdidas, sus triunfos y sus fracasos los contaba con buen humor, sonrisas y carcajadas. No le gustaba que nosotros jugáramos con otros muchachos, porque íbamos a “aprender malas costumbres”. Yo esto no lo entendía, y me disgustaba porque no jugaba. Era que la madre de uno pensaba que el malo era el hijo de la otra.



Luisa Ramona Figueroa

Murió a los noventa y cuatro años cuando ya había cambiado su cabellera dorada por otra plateada, viva y brillante como el mercurio. Cuando sus nietas y sus sobrinas iban a peinarla “para ponerla bonita”, mentían porque yo estaba seguro que lo hacían para gozar con esos hilos de plata resbalando entre sus dedos.

Ramón Alfaro, mi padre, fue un hombre de contextura fuerte, de color oscuro, mitad herencia y mitad sol, nariz gruesa y de amplias fosas nasales, cabellos ensortijados, de ojos saltones. Fue un agricultor que nunca tuvo una mata de mango ni una mata de coco de su propiedad. Llevó una vida sencilla y sana, y yo diría que santa, si santo es el que no hace daño a nadie, halando azadón de sol a sol, para ganarse un salario chucuto, que no le alcanzaba ni para mantenerse de pie. No nos daba nada porque nada

tenía que dar, salvo algunas veces para la merienda, de modo que todo le tocó hacerlo a mi mamá.

Mis primeras letras

Mis primeras letras las aprendí en la casa de la señora Josefita Gómez, con otros muchachos del barrio. Los artículos escolares a llevar eran un *ture* o silla, un cuaderno y un libro de texto elemental, casi siempre el que dejaba el hermano mayor, como en mi caso. Josefita, una mujer respetada y apreciada, no cobraba, y si hubiera tratado de cobrar, quizás muy pocos le hubieran podido pagar. La metodología era la de la época colonial: “la letra con sangre entra”. Y doña Josefita la aplicaba estrictamente, ayudándose con una rama de cayena o granada, que usaba a manera de látigo. Ejemplos sobaban.

Josefita:

—Cipriano, lea aquí.

Cipriano:

—M-a, ma; m-a, ma: mamá; p-a, pa; p-a, pa: papá c-o, co; s-a, sa.

Pero Cipriano no dice más.

Josefita:

—Repita, Cipriano.

Cipriano sigue mudo. Pero de golpe, dos latigazos por la espalda le aclaran la memoria. Entonces Cipriano dice:

—C-o, co;s-a, sa: ¡cucaracha!

Elbarrio El Copey

En el barrio El Copey, vivía mi tía Prisca Marcano, que era una extraordinaria repostera. Hacía dulces de coco, mango, guayaba, limón y de cualquier cosa que pasara por sus manos. Prisca estaba casada con el bachiller Julián Tenías, hombre serio, inteligente, autodidacta, lector insaciable, de mucha memoria, que frecuentemente escribía en los periódicos locales, incluso llegó a dirigir uno, y brindaba gratuitamente sus servicios como docente. Desgraciadamente, Julián como maestro, fue

demasiado rígido en cuanto a disciplina se refiere, llegando siempre a extremos prusianos.

Mi tía le planteó a mi mamá la posibilidad de que yo me fuera a vivir a El Copey, con ellos, donde ayudaría en las labores domésticas, y a cambio Julián me enseñaría buenas costumbres, a leer y escribir y “hacer los números”, que era como se referían en aquella época a la aritmética elemental.

Así, me mudé a la casa de mi tía, donde me levantaban a las cinco de la mañana, para ir a Guatamare, a unos kilómetros de distancia, a buscar la leche de unas vacas que tenía Julián en un terreno de su propiedad. Las vacas eran cuidadas por mi tío Victoriano, quien me daba un desayuno de leche hervida con bollitos de maíz. Para el regreso, un *mapire* de regular tamaño, lleno de botellas con leche, me reventaba los hombros. A la vuelta me esperaba regar las matas, lavar los utensilios de cocina y salir luego por el barrio a hacer los acostumbrados mandados. Después del almuerzo, como para reposarlo, entre una y dos de la tarde, me entregaba mi tía una bandeja de dulces, que salía a vender de casa en casa por todo el barrio y calles adyacentes de la ciudad. En esas casas humildes, de gente buena, me pusieron mucho cariño e hice muchas amistades. Si por casualidad me olvidaba cobrarle a quien me debía, me caía encima un terrible sermón. Todo esto se hacía olvidándose del ofrecimiento que se le había hecho a mi mamá, porque lo único que me enseñó Julián, fue una vieja correa de cuero, que sabía manejar muy bien.

Al morir la tarde, por mi propia iniciativa, me tomaba una hora para asistir a las clases nocturnas, que daba gratuitamente en su casa de la Calle Unión, el señor Rubén Marcano, hijo del doctor Albornoz. Ahí sí comencé a leer, a escribir y a entrarle a las “cuatro reglas”.

El doctor Henrique Albornoz Lárez

Conocí muy de cerca al doctor Henrique Albornoz Lárez, ya que todas las tardes, era mi obligación llevarle la delicada de guayaba, el dulce que tanto le gustaba.

Era un hombre de una personalidad impactante, que tras unos mostachos respetables, siempre guardaba sonrisas para repartir entre los niños, por los cuales se preocupaba. Médico, filántropo, fundador de varios periódicos locales, escritor y poeta. Fue fundador del Teatro Regional y autor de operetas y zarzuelas; educador, rector del Colegio Federal de La

Asunción; el Centro de Salud de la ciudad lleva su nombre. Fue un personaje que se adelantó a su época. El primer automóvil que llegó a Margarita, un *Buick*, lo compró una compañía encabezada por él, y para llevarlo a La Asunción, hubo necesidad de transformar el camino que la unía a Porlamar.

Tuvo aspiraciones de industrial. Escuché decir que envió a Nueva York una muestra del dulce de delicada de guayaba, y para su sorpresa, la casa comercial a la que había dirigido la muestra, respondió solicitándole una tonelada para promocionarlo. El doctor no estaba preparado para responder a una demanda tan grande, y hasta ahí llegó el negocio con el gigante del Norte.

Tenía en el fondo de su casa grandes galpones llenos de conchas de coco seleccionadas, y maquinaria para fabricar cabuyas. Yo llegué a ver la máquina prendida, pero no observé hacer las cabuyas.

Nunca se casó, pero aplicó muy bien el mandato bíblico de “creced y multiplicaos”.

Regreso a mi barrio

Mi mamá fue a buscarme a casa de mi tía, y molesta por las condiciones en que me encontró, comentaba “el chinchorro donde dormía Rafael parecía un nido de *pespé*¹”. Yo tenía para ese momento doce años. Me inscribió en primer grado en la escuela pública *Francisco Esteban Gómez*, la mejor de la isla, donde Luisa Noriega fue mi primera maestra, como también de varias promociones, y cuyo nombre en La Asunción es un emblema. Ahí me encontré además con los maestros Laureano García, Presente Espinoza Reyes, Cruz Millán García y Aníbal Lárez, quiénes nos brindaron un ambiente de mucho respeto y cariño, cada uno a su manera.

Un día Laureano, en su clase de Historia de Venezuela dijo que los indios caribes eran muy belicosos, y dirigiéndose a Cruz Manuel Marcano, de Juan Griego, le pregunta:

—Cruz Manuel, ¿qué es belicoso?

—No sé, profesor.

¹*Pespé*: nombre común de un pájaro, cuyos nidos ofrecían un aspecto que a ojos humanos lucía desordenado.

Antonio José Rosas, de Atamo, que nunca contestaba nada, le preguntó a Horacio Navarro:

—¿Qué es belicoso?

Horacio, le explicó bajito, tan bajito que nadie oyó.

—¡Yo sé, profesor! dijo Antonio José.

—¡Por fin Antonio, vas a pegar una pues!Entonces ¿qué es belicoso?

—Que come mucho huevo —contestó Antonio José.

El salón se vino abajo de la risa.

—¡A la salida te voy a joder! —le advirtió Antonio a Horacio.

Al terminar la clase, cuando Antonio salió a la calle, Horacio se había esfumado.

El maestro Aníbal Lárez, nos invitó un día a un paseo al cerro de Matasiete, a ver la columna que representa la batalla del mismo nombre, y ahí comenzamos a hablar sobre los héroes de Margarita, y a mí se me ocurrió decir que el General Juan Bautista Arismendi había sido un carnicero. El maestro Aníbal cogió tal molestia que de broma no me echó cerro abajo.

Pero la que se llevó toda la gloria fue la maestra Luisa Noriega, ya que muchas generaciones de sus alumnos al recordarla dicen con orgullo “mi maestra de primer grado fue Luisa Noriega”.

Durante tanto tiempo como maestra acumuló muchas historias, y entre ellas una muy comentada:

Hubo en La Asunción una centenaria mata, grande y hermosa, que llamaban LaTagua, debajo de la que los bebedores, sábado y domingo se echaban los tragos y jugaban truco.

La maestra Luisa llegó al salón y dijo:

—Hoy vamos a hablar de la oración. La oración tiene sujeto y predicado.

Mientras tanto escribe en el pizarrón:

“Manos criminales quemaron La Tagua”

Y le preguntó a Antonio José:

—En esta oración ¿dónde está el sujeto?

Antonio José le contestó:

—Eso lo sabe todo el mundo: fue Maicruo, el de Cornelia.

En diciembre de 1933 llegó como director de la escuela el maestro Luis Pibernat, quien abrió para la institución una era de progreso. Hizo colocar en el patio interior una estatua del general Francisco Esteban Gómez, dejando enterrados en su base, un cofre con testimonios de la época (periódicos, revistas, monedas, elementos diversos de uso diario, etcétera), o sea, lo que actualmente se llama a veces una “cápsula del tiempo”.

Con el lema “Aplicación y Patriotismo”, fundó, para la difusión de las actividades de la escuela, el periódico *El Estudiante*, dirigido cada año por un alumno de sexto grado, siendo Pibernat el poder detrás del trono. Me tocó ser su director. En uno de sus números publiqué un artículo titulado “Venezuela heroica”, que le gustó mucho a Pibernat, tanto que antes de salir la edición me preguntó, preocupado, si en verdad lo había escrito yo, a lo que le contesté que el artículo era “de mi puño y letra”. Las enseñanzas del maestro Luis Pibernat fueron tan decisivas y permanentes que las recuerdo como si las hubiera recibido ayer.

Tiburcio Ramón Figueroa y Antonio Espinoza Marcano

Mi hermano mayor Tiburcio Ramón Figueroa, fue despedido de la Escuela Primaria “Francisco Esteban Gómez”, cuando estaba terminando el segundo grado. Cuando mamá se estaba vistiendo para ir a la escuela a preguntar por qué retiraron a Tiburcio, sus tías y primas le formaron un cerco psicológico para que no fuera, ya que sabían que tenía la lengua más afilada que una espada samurái. Una de las primas le dijo:

—Mira, Luisa, tú podrías ir y lo harías muy bien, pero mejor es que vaya tu prima Isabel, que nada bien en esas aguas.

Mamá casi dio un salto y dijo:

—La madre de Tiburcio Ramón soy yo, y este problema es mío.

Se largó para la escuela y pidió hablar de inmediato con el director, lo cual consiguió.

—Señor director, yo vengo a saber por qué botaron a mi hijo Tiburcio Ramón.

El director, muy comedido y sensato, le respondió:

—Señora Luisa, a su hijo Tiburcio Ramón no lo han botado, lo retiraron.

—Para mí botado y retirado es la misma vaina.

—Pues para que sepa usted, señora, a su hijo lo despidieron porque llamó marisco al maestro.

—¡Adiós director! ¿Y por eso lo botaron? Si eso lo sabe todo el mundo.

El director se puso más rojo que un tomate y le espetó a mamá:

—¡Su hijo está retirado, botado o como usted quiera, pero por aquí no lo quiero ver más!

Mamá se quedó paralizada, y luego, como dicen los argentinos, “metió violín en bolsa”. Pálida y llorosa partió para su casa sin decir palabra.

Optó por llevárselo para que la ayudara a trabajar, acompañándola por los caminos con un pesado mapire lleno de pan colgado del hombro.

Él arrancaba, pero a regañadientes, maldiciendo y llorando, teniendo mamá que pararse con frecuencia a esperarlo. Así, irónicamente, mientras Tiburcio iba llorando, las mujeres iban cantando.

Un día que regresaba de uno de estos viajes, me dijo:

—Mira Rafael, yo no voy a seguir en esta vaina, así me maten a palos. Si no consigo otra cosa que hacer aquí, me voy de Margarita.

Cuando mamá supo de esto, voló a la casa del maestro de albañilería Antonio Espinoza Marcano, más conocido en La Asunción como el “maestro” Toño Espinoza, su primo hermano, y uno de los mejores albañiles de la isla, muy consultado por sus colegas. Para Tiburcio, a quién llamaba “Bucho”, hizo Toño de la albañilería un aula: estaba siempre encima de él explicándole lo que debía hacer. “No olvide nunca el metro, el nivel y la plomada”.

El maestro Toño le enseñó a Tiburcio todo lo que pudo.

Las obras del maestro Espinoza estaban realizadas con mucha atención a los detalles, y siempre terminadas el día acordado para su entrega. Por eso se ganó el aprecio de todos.

Tiburcio, después de cortarse el cordón umbilical del maestro para levantar tienda aparte, decía:

—Ese sí fue un maestro verdadero, de verdad verdad, a mí me enseñó más que lo que me hubieran enseñado en la Francisco Esteban Gómez. ¡Cómo lo recuerdo!

El maestro Espinoza toda su vida la dedicó a su familia, a sus amistades y a su trabajo. Nació y vivió entre políticos, sin ser afectado por ellos.

Ya en la penumbra de su vida, los arquitectos e ingenieros del Estado Nueva Esparta le ofrecieron un homenaje por sus méritos. Acto que se realizó en la Casa de la Cultura de La Asunción, y a las seis de la tarde, hora prevista para el comienzo del acto, el maestro Toño estaba sentado en el presidium con su sombrero Borsalino calado hasta las orejas, inmutable como una estatua, como si las palabras, discursos y aplausos en su honor resbalaran sobre su piel.

Al terminar el homenaje, tomó la palabra para decir con toda la dignidad que tuvo siempre:

—¡Muchas gracias!

Mi hermana Rosa Figueroa

Mi hermana nació en La Asunción, como todos nosotros. Activa, muy diligente, morena y muy buena moza. Siempre directa en sus hechos y

palabras, que cuando le salían duras, tenía que suavizarlas con sus sonrisas, lo que no le era difícil, pues las usaba a chorros. En los últimos años de su infancia y primeros de su adolescencia, Rosa experimenta un gran cambio favorable, y esto debido a la mano santa de la señora María Salbeliona de Sanabria, su madrina, doña muy cristiana y católica practicante, quien le dijo a mamá que se la iba a llevar para su casa para componerla, y allá parecía que le aplicó las Normas de Urbanidad y Buenas Costumbres de Manuel Carreño. María Salbelionase la llevaba a regañadientes a misa con sus hijas Josefina, Aura y Mavalle, y de hecho la trataba como una hija más.

Luego Rosa asiste a la Escuela de Corte y Costura para adolescentes, que tenía la señorita Consuelo González, quien la trató como una hermana.

Rosa llegó a decir que lo poco que había aprendido se lo debía a su madrina María de Sanabria y a Consuelo González. Rosa fue una trampa con mucha gracia paracapturar cariño. Fue Administradora de rentas del Municipio Arismendi, La Asunción, por la parcela de U.R.D dentro del pacto de Punto Fijo. Fue una fanática jovitera².

—Mira, mi hermano, me dijo un día, si yo hubiera pasado por la Universidad, nadie me echaría vaina.

No muy suave por cierto, les decía a sus cuatro hijos, Francisco, Víctor Julio, Wladimir y Cruz Rafael: “Aquí el que no estudia se va para la calle a buscar trabajo, porque lo que soy yo no voy a estar trabajando para flojos”. Ahí era donde venía la mano izquierda de su esposo, el sastre y cantante Francisco Suniaga, que la quiso tanto. En esos momentos Francisco llamaba a su mujer y a sus hijos, y les cantaba el bolero.

Francisco Suniaga, quien nació en Río Caribe, donde tenía una sastrería, era un tipo muy alegre y cantante de bolero invitado de la Orquesta Rio Caribe, para la época el conjunto musical más afamado del Oriente, y cuando iba a la fiesta de El Valle causaba sensación.

Una vez que la oportunidad se presentó, Rosa y sus amigas se fueron a bailar a El Valle, y parece que un rayo visual de Francisco, a quien también llamaban “Chiquito”, la marcó. Chiquito por su parte, después de ese baile, se lo pasaba más en La Asunción que en Río Caribe.

²Jovitero: así llamaban en el oriente de Venezuela a los seguidores del líder político margariteño Jovito Villalba, fundador del partido Unión Republicana Democrática (URD).

Después de casados montó su sastrería en La Asunción, se busca un ayudante, que resulta ser Manuel Tabasca, un guitarrista, que luego fuera su compadre, de modo que cuando Chiquito iba cortando la tela, su compadre le tocaba la guitarra.

Era un fanático de Felipe Pirela y de José Luis Rodríguez, y cuando uno de sus dos íntimos amigos, Luis Salinas o Alfredo Torcat, le decían que Julio Iglesias era mejor cantante que José Luis Rodríguez, le respondía: “solo un animal podría decir eso”.

Cuando se murió la señora Petronila Salazar, más conocida como Madrina, a la edad de ciento cuatro años, se anticipaba un entierro muy concurrido, ya que Madrina, dedicada por completo a la iglesia y a visitar sus amistades, que eran muchas, era muy apreciada en La Asunción. Mamá, que tenía para ese entonces ochenta y cuatro años, le dijo a Rosa que quería ver el entierro de Madrina.

Rosa le dijo que no había problema, que ella la vestía bien bonita y la llevaba ahí cerquita, a la Esquina de Rafael Lárez, por donde pasaría el ataúd.

Como se preveía, fue un entierro donde faltó poco para que asistiera toda La Asunción. En el momento que va pasando la urna, mamá le dice a Rosa:

—!Ay Rosa! Si yo durara lo que duró Madrina ...

A Rosa, que la adoraba tanto, se le fueron los tapones y le respondió:

—Mamaaaá ¿y tú piensas echarnos esa vaina?

La cosa pasó suavemente, porque esa era la forma de comunicarse entre las dos. Pero la reacción hubiera sido terrible, si a mamá cualquier otro de sus hijos le hubiera respondido de esa manera.

A Rosa sus compañeras le decían que iba a pasar mucho trabajo en su vejez, por no haber tenido una hembra, pero sus cuatro hijos –Cruz, Francisco, Víctor Julio y Vladimir- siempre la ayudaron en casa, sobre todo cocinando –ellos dicen que el que mejor cocinero de la familia es Víctor Julio. Los cuatro cuidaron a su mamá con la atención y el cariño con que se cuida a una bebita.

Mi hermano Eustaquio Figueroa

Mi hermano Eustaquio, más conocido por Taco, fue inocente y pendejo como todos los niños del mundo. Un niño de Chicago así esté mejor vestido es igual a uno de Carúpano así esté desnudo.

Ambos tienen una sola aspiración: algo para jugar.

Taco fue albañil como su abuelo Candelario, como sus tíos Pedro, Saturnino, Victoriano y su hermano Tiburcio, que a la vez fue su maestro. No sé cómo me escapé yo de la albañilería, yo que construía casitas para jugar.

En el patio de la casa, Taco tenía una gallina, y yo un gallo. Cuando mi gallopisaba a la gallina de Taco, esta echaba a correr con el gallo encima, y por un boquete de la cerca pasaba para la huerta del señor Valentín Villarroel.

Por esta hazaña del gallo, Eustaquio decía: “Ese gallo de Rafael sí que es flojo, porque cuando quiere ir para la huerta de Valentín, se monta en la gallina mía para que lo lleve”.

Fue muy responsable en sus trabajos, los cumplía en todos sus detalles y los entregaba en fecha convenida, a veces bajo la protesta de sus obreros. Pero sus obreros lo respetaban, porque aunque Taco los ponía a trabajar de sol a sol, les pagaba bien. No se molestó en hacer amistades y como tuvo poco afecto a los eventos sociales, lo tenían como montuno.

Nunca militó en partido político alguno. Últimamente andaba molesto con sus sobrinas, las hijas de Tiburcio, por ser seguidoras de un líder que para él, lo que estaba era “destruyendo al país”.

Aparentemente duro en la calle, en su hogar era pura suavidad: amaba mucho a su esposa Trina, aun con sus griticos; a sus hijas las adoraba, y todos los días les decía “Una hija mía tiene que ser buena y honrada”.

El fondo de su casa era grande y lo sembró de matas frutales, cuya producción era para el consumo interno y para darlo a los pocos que lo visitaban.

Y aunque en su vida hizo poquísimos amigos, le sobraron para acompañarlo a su última morada.

Víctor Figueroa y sus amigos.

En los últimos tres años de la escuela primaria y en algunos del bachillerato, yo ayudaba a mi primo Víctor Figueroa en un negocio que tenía en La Asunción, frente al mercado, que había comprado con dinero que le había prestado su hermana Isabel. Cuando Víctor lo compró no era más que una pobre bodega, pero pronto lo transformó en un abasto de mucha popularidad, a pesar de su conocida gran timidez. Ya desde pequeño sus compañeros le decían montuno. Víctor, a pesar de ser alto, fuerte y ágil, hablaba como asustado, corto y rápido, y viendo a lado y lado como si lo estuvieran persiguiendo. Penoso, evitaba saludar. Por ejemplo, si iba en una diligencia del Mamey al Copei, buscaba desvíos para no pasar por la Plaza Bolívar, y así evitaba encontrarse con mucha gente. Y por supuesto, evadía los eventos sociales.

Sus amigos, que no eran muchos, decían que Víctor tenía buena suerte para los negocios.

Yo pensaba diferente: a pesar de las apariencias Víctor era inteligente y de mente rápida, y sabía abrirle las puertas a la oportunidad. Mucha gente se extrañaba, que a pesar de sus escasas habilidades sociales, hubiera hecho tan buenas y estrechas relaciones con los principales comerciantes de Porlamar y Juan Griego. Pero Víctor era honradísimo y fiel cumplidor de los compromisos contraídos. Y al primero que visitaban los agentes viajeros era a él, porque casi siempre les compraba toda la mercancía.

Compraba al por mayor y vendía al detal más barato que los demás. Porque su lema siempre fue “vender más barato para ganar más”. Claro, si vendía más que ningún otro.

Cuando el señor César Pacheco, quien tenía un negocio de consignación en Juan Griego, lo llamó para decirle que el maíz estaba muy escaso y que el barco que llegaba en dos días solo traía cien sacos, de inmediato, sin preguntarle por precio alguno, le dijo “envíamelos todos”. A los tres días el único que tenía maíz era Víctor. Y situaciones parecidas sucedían a menudo.

Tenía una afición que muchos no le conocían: la lectura, leyendo la mayoría de las veces hasta altas horas de la noche. En una mesa ancha y baja al lado de la hamaca, tenía El Quijote, La Divina Comedia de Dante, La Biblia, La Ilíada y la Odisea, Romeo y Julieta, Los Diálogos de Platón, Los Miserables y muchas obras más, algunas deterioradas de tanto usarlas.

Uno que otro domingo, Víctor invitaba a sus amigos al negocio, para matar el tiempo en animada tertulia, entre trago y trago. Como siempre ocurre cuando hay licor, a veces se acercaba más gente, entre ellos muchas personas inteligentes, viejos lectores de la historia y la mitología, de donde extraían el material para el contrapunteo de los velorios de cruz y demás movidas.

Desde la puerta del negocio de Víctor, la Montaña de El Copey se veía más o menos cerca, y una mañana el Tuerto García y Gerónimo “Zambo” Marcano, dos fabuladores de primera, se empeñaron en caerse a embustes. El Tuerto le dice a Zambo:

—¿Tú no ves en aquella mata que está allá, que tiene una hojita seca con un mosquito parado en la punta?

Zambo le respondió:

—Yo no creo que tú puedas ver ese mosquito que dices, pero déjame ver.

Cierra un ojo y en el otro se pone las manos como viseras, simulando unos binóculos. Después de un rato de búsqueda, le dice:

—Chico, tú si tienes vista, sí lo veo. Además el mosquito es tuerto.

Un día que Víctor se presenta demacrado y triste, Gerónimo le preguntó:

—¡Víctor! ¿En qué piensas? ¿Qué te pasa que estás triste?

Víctor le respondió:

—Como dijo Dante: “No hay mayor desventura ni mayor tristeza, que recordar en horas de amargura las épocas felices”.

Zambo le contestó:

—Te equivocas, Dante no dijo eso sino que “no hay mayor calentera ni mayor arrechera que recordar en horas de limpieza cuando uno tenía plata”.

María Andina, una cliente fija y apreciada por Víctor, le reclamó que cuando él tenía sus tragos se la pasaba hablando de ella.

Víctor le respondió así:

—Mira, María, las águilas no se ocupan de cazar hormigas.

María, sin inmutarse, lo calló diciéndole:

—Sí, las águilas no se ocupan de cazar hormigas, pero sí se ocupan de hablar huevonadas.

Su tío Cayetano Figueroa, hundido en su ture y desde un rincón de la casa decía que Víctor se estaba echando a perder, que no hablaba con su boca sino por la boca de los demás: que como dice Dante o un señor Darío, u otro llamado Verne, gentes que él no conocía y que no vienen por aquí.

Cuando Víctor no estaba bajo la acción de los tragos, era, como ya hemos dicho, tímido, introvertido y de pocas palabras. Pero en su tertulia dominical, con unos palos encima, su comportamiento era extrovertido, charlatán, activo y alegre.

En uno de esos ratos llegó al negocio mi compañero de estudios de primaria y bachillerato, Oscar Albornoz, a quien Víctor respetaba y admiraba mucho porque era conocido como un estudiante muy aventajado e inteligente.

Víctor, que en ese momento tenía la inspiración elevada y las musas sueltas, sin esperar les espetó:

—¡Oscar! ¿Qué vas a comprar?

—Nada señor Víctor

—Oscar, el que no compra estorba- le respondió Víctor; respuesta que nunca le hubiera dado de lunes a viernes.

No fue un hombre generoso, pero hacía todo lo posible por aparentarlo. En una fiesta del Valle a la cual me invitó, sin quererlo me hizo una demostración.

Las fiestas del Valle

Las fiestas del Valle de antes, cuando yo era un muchacho que me iba a pie acompañando a mi mamá a vender pan, iban más allá de una simple fiesta y se transformaban en verdaderas ferias.

De todos los pueblos venía la gente a pie, y si era de noche o de madrugada, iban las mujeres cantando y los hombres con cuatro y maracas. Muchos viajeros llegaban tan borrachos que se olvidaban de las promesas teniendo el domingo siguiente que ir a pagarlas. Las calles no conocían el asfalto y el polvo era el elemento más abundante. La gente sudaba atrocemente. Menos mal que escaseaban las corbatas.

Había muchas orquestas, casi todas bajo enramadas, muy pocas en las casas. Bailar una pieza costaba medio real, o más (un bolívar valía dos reales, de modo que con un bolívar se podían bailar de tres a cuatro piezas). Por las calles, muchas casas y tarimas se dedicaban a ventas y mesas de juego; las maras de pan en el suelo; sobre tres piedras o en cocinas de hierro ponían las ollas para hacer chocolate o hervido de gallina; pinchos, ruleta, todo cubierto por polvo y humo; la higiene brillaba por su ausencia, lo que no era impedimento para gozar la fiesta. Era una mezcla fuerte de creencia y parranda. Siempre instalaban los caballitos, en los que se divertían dando vueltas niños y adultos.

La casa de la policía y la de las putas quedaban una al lado de la otra, y se dio varias veces el caso, y esto lo presencié, que algunos borrachitos demasiado pasados de tragos, buscando a las mencionadas damas caían en la policía. Ahí los dejaban, los cuidaban, y los soltaban cuando se les pasaba la pea.

BertoLárez, famoso y empedernido jugador, un mes antes de la fiesta del Valle, en el fondo de su casa, ponía una mesa llena de botellas para ensartarlas con una rosca de madera. El día de las fiestas llegaba a las mesas de juego y no dejaba botellas de vino sin ensartar, quebrando así a muchos pobres vendedores. La gente decía:

—Ese Berto sí que tiene puntería.

La fiesta era tan peculiar, que hasta las promesas eran atrincadas, un verdadero calvario.

Me contaron que Licho y Perucho, dos pescadores, viéndose en una tempestad en alta mar, le ofrecieron a la Virgen ir desde Porlamar hasta el pie de su altar con los zapatos llenos de frijoles.

Licho llegó al pie del altar fresco y campante, y Perucho todo reventado, con los zapatos rotos y los pies sangrando. Y Perucho preguntó:

—¿Por qué tu llegaste fresquecito y yo todo escoñetado?

—Mira Perucho, yo no le ofrecí a la Virgen que los frijoles iban a estar crudos- contestó Licho.

En una oportunidad fui con Víctor a una de esas enramadas de la Fiesta del Valle, y allí se encontró con varios de sus amigos negociantes de Porlamar y Juan Griego.

De inmediato le dijo al mesonero:

—Whisky y cerveza para todos, que yo pago.

Al terminar ese brindis, Víctor se echó para atrás en la silla, y bien recio, para que oyeran todos, le dijo al mesonero

—¡Lo mismo y a mi cuenta!

—Víctor, nosotros tus amigos también queremos brindar –le dice uno de los presentes.

La palazón siguió...

Al otro día en el negocio, le dije a Víctor

—Ayer te regaste

—Rafael ¿pero no observaste que después de los primeros palos, ellos se alborotaron pagando, y el único que lució generoso fui yo?

Como ayudante del negocio, yo era asistente obligado a todas estas pequeñas “obras teatrales”. Debo decir que Víctor no me trató mal. Me proporcionaba lápices, cuadernos, e incluso ayuda para comprar libros.

La Secundaria

Al salir de sexto grado funcionaban en el Colegio Federal de La Asunción solo segundo y cuarto años de bachillerato, teniendo que esperar el siguiente año, cuando funcionarían primero y tercero. Luego el Colegio Federal se transformó en el Liceo Francisco Antonio Rísquez con la totalidad del bachillerato.

Nosotros los estudiantes conformamos un grupo integrado por Manuel Antonio Narváez Silva, José Nicolás Marcano, Luis Salinas, Alfredo y Elina Torcat, Jesús Argenis y Carmen Marcano, Josefina Brito, Oscar Albornoz, Luis Beltrán Salazar, Ciro Millán, Juan Carlos Millán; grupo compenetrado donde cada uno se sentía acogido y orgulloso de cada uno de los demás integrantes. Por motivos de distancia, familiaridad y amistad formábamos subgrupos de estudio. Algunas veces nos reuníamos para intercambiar ideas. Mi grupo estaba integrado además por Manuel Antonio (Toñito) Narváez y José Nicolás Marcano, y hacíamos especial énfasis en las matemáticas. En una casa vieja, de la calle Unión, de largos corredores y viejos ladrillos rojos, propiedad del señor José Marcano Silva, tío de José Nicolás, fueron muchas las cajas de plumillos de tiza que gastamos, para resolver los problemas de la Aritmética y el Álgebra de Baldor, y creo que no se escapó ninguno. Un carnaval seguido de Semana Santa pasamos en esas tareas. Para José Nicolás y yo, la cosa a veces funcionaba como un semiinternado, ya que desde Atamo, la mamá de José Nicolás, la señora Eufemia López, nos hacía llegar en burro el almuerzo, para que José y yo no perdiéramos tiempo saliendo a comer.

Sería muy injusto no recordar con beneplácito, los nombres de los profesores doctor Ramón Espinoza Reyes, director y profesor de Filosofía y Psicología; doctor Jesús Salazar Yáñez, profesor de Biología; bachiller Laureano García, profesor de Historia Universal; doctor Erasmo Villarroel, abogado, profesor de Historia de Venezuela; y el bachiller Pedro García, profesor de Matemáticas. Todos exigentes profesores y a la vez buenos amigos.

El bachiller García nos corregía hasta la posición de las comas. Un día se presentó con los exámenes corregidos bajo el brazo, y nos dijo:

—Quedaron muy mal. Pase Noel al pizarrón y demuestre el teorema.

Pasó Noel Quijada al pizarrón, dando más brincos que chivo en piso de mosaico. Después de un rato no pudo concluir, y terminó escribiendo las siglas: **L Q Q D P N P**.

—Es aceptable Noel, que no haya sabido demostrar el teorema, pero que no sepa ni el significado de las siglas, ¡es el colmo!

—Yo sí lo sé —respondió Noel.

—Si lo sabe dígalo.

—**LQQD, Lo Que Queríamos Demostrar.**

—¡Noel! ¿y**PNP**?

—Ay Bachiller, **Pero No Pude** —dijo Noel.

En otra oportunidad el profesor Jesús Salazar Yáñez llegó a clases diciendo:

—Hoy vamos a comentar sobre las aves trepadoras, entre las cuales tenemos la cotorra, el guacamayo, el perico, el carpintero...

En ese momento Chuíto García se levantó y exclamó:

—Profesor, ¡párese ahí!

—¿Qué fue García?

—Lotería con el carpintero.

Salazar Yáñez se puso pálido, mientras nosotros nos moríamos de la risa. La clase no pudo seguir, porque el alboroto fue grande y el director Ramón Espinoza se acercó y nos ordenó salir del aula.

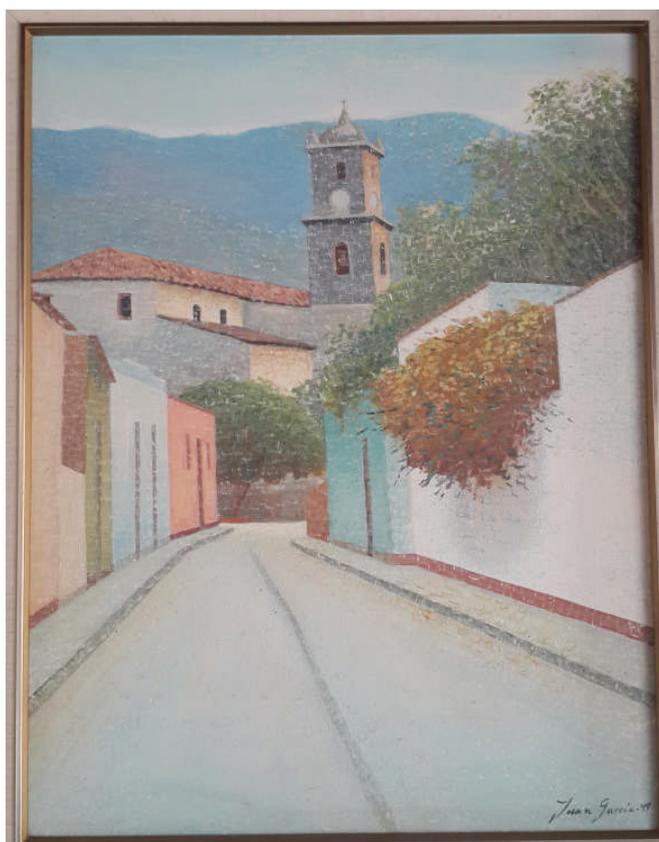
En la época a la cual me refiero el liceo Francisco Antonio Rísquez era el instituto de más prestigio en Nueva Esparta. Nunca faltaba un representante del liceo en los eventos socioculturales más importantes. Una vez llegó a La Asunción el presidente de la República, general Isaías Medina Angarita, y en el acto que se le ofreció, representó al liceo el alumno de cuarto año, Ángel Brito Villarroel, quién se distinguía por sus dotes de orador. Cuando a Ángel Brito le tocó hablar, le dijo al Presidente que “al llegar a Caracas no se fuera a olvidar de los ofrecimientos hechos a Nueva Esparta”.

El presidente en su discurso de clausura dijo: “Yo no me voy a olvidar de lo que le ofrezco a Nueva Esparta, lo que pasa es que hay muchos que creen que Miraflores es un lecho de rosas”. Después, en el brindis, el Presidente se encontró con el bachiller Brito, y lo saludó muy cortésmente.

El General Isaías Medina, junto con el General Eleazar López Contreras, elevaron la ética de nuestra institución castrense, que había dejado muy baja el General Juan Vicente Gómez, lo que ayudó a abrirle camino a la democracia.

Para nuestros ratos de ocio creamos el Club Mambelé, que funcionó en la casa de Pepa Torcat, ubicada entre la plaza Gómez y la catedral, y donde utilizábamos al comienzo una vieja vitrola de la RCA Víctor. Después seguimos con un *pick up*, y más tarde el músico y amigo nuestro, Leocadio Fermín, ayudaba al *pick up* con el clarinete.

En La Asunción había un interés colectivo por el éxito académico de los estudiantes. La población se sentía representada en ellos y se preocupaba por su desempeño. En julio, había madres que se acercaban a las ventanas de las aulas a presenciar los exámenes finales. Así, y todo, hubo quienes pensaron que las actividades festivas en el Mambelé nos restaban demasiado tiempo. Sin embargo, muchos de los que se acercaban a criticarnos, terminaron echando su bailadita. El bachiller Laureano García, que a cada momento nos decía: “Si siguen en ese Mambelé, en julio los va a sorprender la aurora”; se acercó una noche a ver cómo era la cosa, entró, bailó, y bebió cubalibre y leche de burra, que eran las bebidas a nuestro alcance. Cuando la colecta era más grande, pasábamos a bebidas más selectas, como vino y whisky. Y la aurora no nos sorprendió.



El cuadro de Juan García muestra la calle que vade la Plaza Francisco Esteban Gómez a la iglesia de La Asunción. En la casa azul claro de la acera izquierda funcionó el Club “Mambelé”, donde pasamos muy buenos ratos, y en la casa vecina, de color rosado vivieron unas primas mías muy alegres y simpáticas, que nos acompañaban en todos nuestros festejos.

Pablo Sanabria

Algunas veces, los viernes, cuando salíamos del liceo, nos íbamos para la finca del señor Pablo Sanabria, llamada *El Quebracho*. El señor Sanabria nos recibía con mucho gusto. No sé qué grado de instrucción logró, quizás la primaria, pero se comportaba como una persona culta, de fácil y agradable conversación. Creó una larga familia, apegada al trabajo duro, que luego fue evolucionando a una fábrica de profesionales. Disfrutaba hablándonos de economía, nos decía que ésta era una ciencia muy fácil de entender; que uno no se hace rico por el dinero que le entra, sino por el que deja de sacar. Eso es igual, decía, que si a un estanque de agua le entra un tubo de tres cuartos de pulgada y se le pone uno para sacar el agua, de una pulgada, el estanque siempre estará seco, mientras que si hacemos lo contrario, siempre estará lleno: “Más fácil no canta un gallo”.

Cuando se conversaba con él, quedaba uno reconfortado. Sus frases eran recomendaciones y consejos, frutos de su trabajo y su observación. El único que hablaba era él, pero nosotros quedábamos extasiados. El sitio de nuestras conversaciones era un caney, su teatro, donde el único actor era él, y nosotros, su público.

Pablo Sanabria había hecho su propia máquina para moler la caña de azúcar y para moler la yuca con que se hacía el casabe. El brindis nos lo hacía con níspero y guarapo de caña; todo eso resultaba, para nosotros una gran diversión, para regresar, mareados, bordeando el río y atravesando todo el barrio de El Copey.

Eduardo Rodríguez y la Virgen de El Valle

Eduardo Rodríguez fue hijo de una de esas familias que en Margarita se aferraron a vivir de la agricultura, costumbre que legaron a sus hijos sin regateo alguno, pero en las temporadas de climas adversos, que castigaban a Margarita agostando sus cosechas, La Asunción no podía ser la excepción.

Los agricultores como Eduardo, acostumbrados a estar siempre trabajando, y la situación económica apretando, se veían obligados a buscar trabajo en cualquier empresa mientras sirviera para redondear la arepa.

Eduardo consiguió en la compañía que estaba construyendo la carretera Porlamar – La Asunción. Estaban sustituyendo el camino que hacía tiempo que habían arreglado para dar paso al Buick de la compañía del Dr. Henrique Albornoz Lárez.

Este fue un trabajo muy duro, propio para las bestias, donde había que arrancar parte de las cercas, para alejarlas una de la otra y así ampliar la vía, y a veces desechando parte del camino para mejorarle el rumbo.

Estas cercas estaban hechas de matas de guamache, cardones, tunas, cujíes, con espinas de todos los tamaños y formas que se le ocurrió a Dios. Arrancando y volando peñascos, arreglando cauces, quebradas y cunetas, con instrumentos la mayoría destartalados, como viejas palas, carretillas y picos.

La mayoría de los obreros con el cuerpo desnudo del cinturón para arriba se amarraban una toalla o un simple trapo por una de sus extremos, que usaban para secarse el sudor, que les brotaba a cántaros.

Y qué decir del Sol, cómplice de esta tragedia. De él decía Evaristo Marcano, uno de los obreros: “Ese sol sí que es tibio, se despierta bien temprano, nos ciega, nos quema el pellejo y nos calienta el agua para beber”. Entonces no había ley del trabajo ni hielito para enfriar el agua.

Eduardo en su trabajo fue muy apreciado, se encontraba conforme, ya que venía entrenado, y con un estado físico para soportar aquello fácilmente, ayudado por su buen equilibrio mental, y además favorecido por un carácter extrovertido, con lo cual mantenía una conversación dulzona y pegajosa: por esto mismo lo seguían y esperaban grandes y chicos para oírle sus chistes e historietas, fueran mentiras o verdades, cosa que no importaba ni al actor ni a su público. Sus escenarios fueron las puertas de las casas, las aceras del barrio, los velorios de cruz o de muertos. Si hubiera tenido una educación adecuada su vida hubiera sido otra, y no el disfraz que ocultó al artista que llevaba por dentro.

El horario de trabajo era así:

Lunes a viernes de siete de la mañana hasta las cinco de la tarde, dejando una hora (de doce a una de la tarde) para el almuerzo y reposo.

Sábado de siete de la mañana a cuatro de la tarde, dándose en este lapso oportunidad para el almuerzo y pago.

La asistencia era controlada por una tarjeta especial que un fiscal de carretera perforaba mañana y tarde en el sitio correspondiente.

Esta tarjeta era guardada con mucho celo debajo de la cinta que rodeaba al sombrero de cogollo que acostumbraban llevar los trabajadores. Era el único documento válido para reclamar el pago del sábado.

Pero sucedió que un viernes en la tarde, al regresar Eduardo del trabajo, se da cuenta de que la tarjeta no está en el sombrero: mayor susto el de Eduardo.

Regresa a recorrer el camino andado, en busca de la tarjeta, ofreciéndole a la virgen del Valle ir a sus pies a encenderle una vela si se la reparaba.

Después de caminar y caminar, y más caminar, viendo de lado a lado y que no encuentra la tarjeta, le dice: “Virgencita del Valle, méteme una manito, que si la encuentro no va a ser una vela, sino todo un paquete”.

Sigue avanzando y nada que encuentra la tarjeta.

Es que Eduardo no se daba cuenta de que se estaba entendiendo con una virgen aparentemente ciega, sorda y muda, que lo estaba llevando a una peregrinación sin final, en busca de una tarjeta loca, que más bien parecía un fantasma.

Ya algo cansado, se detiene y se sienta sobre un peñasco al lado de la vía. Después de media hora más o menos, entre dormido y despierto, se acuerda de unas palabras que hacía años le había oído a su mamá: “Que la virgen hacía los milagros si se les pedían con mucha fe. ¡Pero con mucha fe”!

Eduardo, ni tonto ni perezoso, despejándose del sopor, y dirigiéndose al cielo, dice:

—No me abandones virgen mía, que yo vengo a pedirte un milagro con mucha fe, pero con muchísima fe, que me devuelvas esa tarjeta, que yo vendría a tus pies, a prenderte no un paquete sino toda una caja.

Al volver la vista al suelo, cuál no sería su sorpresa al ver la tarjeta en una cuneta, entre hojas secas y papeles sucios.

Mayor sorpresa la de Eduardo.

—¡Caramba, Virgen de El Valle!, —dijo éste —no sabía que eras tan interesada. Ahora no te prendo nada.

Limpió la tarjeta, se la puso en el ala del sombrero y emprendió el regreso.

Llegó a su casa muy cansado, puso el sombrero en un clavo de la pared y se tiró al chinchorro.

Al otro día, sábado en la mañana, cuando toma el sombrero, mayor susto que se llevó: la tarjeta no estaba. Dijo tristemente “ahora sí me jodí”

Manuel Monserrat

Manuel Monserrat fue hijo de médico y dejó trancos los estudios de medicina que había emprendido. Ignoro la causa. Fue físicamente fuerte,

alto, de andar rápido y alegre, y se detenía con cuanto transeúnte se topara. Dueño de un vozarrón que lejos de asustar, entusiasmaba, más cuando tenía encima unas copas de Felipe II o de Cardenal Mendoza, que raras veces le faltaban, y que decía tomaba para “templar el pulso” antes de operar, y eso cuando lo despertaban temprano.

Atendía a sus pacientes en cualquier día y a cualquier hora, sin interés por dinero alguno. A los pobres los atendía gratis, quienes en agradecimiento se reunían para hacerle un sancocho, o le daban un racimo de plátano o cambur, gallinas o huevos.

Visto con los lentes de su época, podría decirse que Monserrat fue un deportista nato, haciendo alarde de su puntería, fue un gran cazador y se distraía engrasando su escopeta. A los hijos los ponía a sostener un medecito de plata entre el pulgar y el índice, para con un certero tiro de su rifle *flower* hacerlo volar. Por ello decía la gente de La Asunción que el señor Manuel Monserrat sí que sabía tirar.

A su esposa Luisa Antonia Aguilera, de carácter fuerte pero alegre, en alguna oportunidad la vi aguantar medecitos. Me compraba dulces de tía Prisca, y me regalaba frutas.

La Asunción, ciudad de paz

La Asunción siempre ha sido un pueblo pacífico, nunca oí hablar de la inseguridad que hoy tanto padecemos. Se estuvo construyendo una cárcel, pero como no había a quien hacer preso, cuando ya estaba bastante adelantada, empezaron a tumbar y levantar paredes, para transformarla en lo que es hoy: el Liceo Francisco Antonio Rísquez.

Muy raras veces se cometía un robo, y había un solo ladrón, pero un pobre ladrón, que se llamaba Beltrán el Tuerto. Un día muy temprano Beltrán se presentó en la Policía, y le dijo al único funcionario de guardia:

—Vengo a que me metan preso.

—¿Por qué, Beltrán? —ripostó el guardia.

—Porque anoche robaron la bodega de Víctor Figueroa.

—¿Y fuiste tú?

—No, pero soy el único al que hacen preso cuando roban a Víctor.

Otro preso *sui generis* fue José Ñeco, un matador de cochinos. Un día se presentó un aguacero torrencial que se llevó por delante la tapia del fondo de la Policía. Un policia le pregunta al jefe:

—Comandante ¿qué hacemos con ese hueco?

—Carajo chico, tapen esa vaina con unas ramas de yaque.

Y así fue.

De esto se aprovechó José Ñeco, quien todos los días a las dos de la madrugada retiraba las ramas, salía de la policía, acomodaba las ramas, se iba al matadero, beneficiaba los cochinos, regresaba, retiraba las ramas, entraba a la policía, volvía a acomodar las ramas, y preso de nuevo, se acostaba en la hamaca donde le tocaba dormir.

Era tan sana La Asunción, que las familias acostumbraban sentarse en la puerta de la casa, y ahí mismo se quedaban dormidos. Los que salían del cine de Félix Ramón Silva, al regreso iban comentando la película, y despertando a los durmientes, e incluso cerrando las puertas, porque a veces alguno de los dormilones, se había despertado y acostado sin cerrar la puerta de su casa.

En la época de la dictadura del general Pérez Jiménez, fue presidente del Estado Nueva Esparta el señor Heraclio Narváez Alfonzo, escritor, poeta y periodista. Hombre cultísimo que se ganó el respeto y aprecio de toda la colectividad. Reforestó la isla, y transformó en un jardín a Santa Ana del Norte, su pueblo natal. Gracias a él, la única región de Venezuela que durante la dictadura perezjimenista no tuvo presos políticos fue Margarita. Bello ejemplo a seguir ahora.

Fue muy visitado por un alto jerarca de la dictadura, el General Luis Felipe Llovera Páez, Ministro del Interior, quien no iba a fiscalizar obras, ni a ningún otro tipo de negocios, sino a beber ron como un loco. En uno de esos viajes, sorprendió al gobernador Heraclio solicitándole montar un juego de truco, pero le pidió que la cosa tuviera todo el salero que le ponen a ese juego los margariteños.

El presidente Heraclio llamó al profesor Landáez, encargado de una campaña de alfabetización, y le contó la ocurrencia del General. Para

Heraclio eso era difícil, porque aunque sabía jugar, no conocía los jugadores de truco de La Asunción, ni dónde podía jugarse.

—Don Heraclio —le dijo Landáez— usted tiene aquí al mejor jugador de truco de La Asunción, su chófer Tomás “Gusanero”, y el sitio ideal para jugarlo sería La Estancia del señor Juan Monasterios.

El truco se cuadró así: el presidente con el general, y el profesor con Tomás “Gusanero”.

—Truco —dijo Llovera Páez.

—Quiero y retruco —contestó Tomás Gusanero.

—Quiero y vale nueve —replicó Llovera.

—¡Quiero, barba e’ coño! —contestó Tomás, alebrestado.

Silencio y asombro de los espectadores, ante la audacia del humilde Tomás “Gusanero”, que se aprovechó del juego para carajear a aquel personaje emblemático de la dictadura que era Llovera Páez, militar y Ministro de Relaciones Interiores.

Heraclio, sudando más que muchacho subiendo un palo encebado, y no queriendo que el juego de truco se le transformase en una escenita políticamente desagradable, resolvió:

—Basta, este juego se acabó.

¿Nace la vocación en la infancia?

Resumiendo y armonizando los distintos conceptos sobre vocación, es práctico aceptar por conclusión, que es una propensión o inclinación, que lleva a la persona a realizar con facilidad un trabajo o una idea, con frecuencia y espontáneamente, hastahacer de ella su profesión. Voy a referir algunas vivencias:

En el frente de mi casa, tenían los hermanos Cipriano y Simeón Rodríguez un taller mecánico, y eran a la vez choferes de plaza. Cuando salían en los carros, lo hacían a gran velocidad, en una calle de tierra, como era la de El Mamey, dejándonos a todos los muchachos, estornudando y ciegos bajo unanube de arena. Yo veía a los hermanos Rodríguez como

hombres fuertes y poderosos, y quería ser como ellos, soñaba con ser chofer.

Melito o “Melito el Policía”, era la criatura más sana y pacífica que yo conocí. Nunca llegó a poner a alguien preso, pero cuando llegaba a El Mamey, enfundado en su imponente uniforme, todos los muchachos decían “a correr que llegó Melito”. Se me metió en la cabeza que yo llegaría a usar un uniforme como ese.

La Orquesta Francisco Esteban Gómez realizaba conciertos los domingos por la noche en el Parque Luisa Cáceres de Arismendi, frente a la catedral, donde los músicos luciendo sus vistosos uniformes, formaban la parte más llamativa e impresionante de la noche; mientras que de la gente, unos se quedaban sentados en los bancos y el resto daba vueltas por las caminerías del parque. Cuando no había retreta, el parque parecía un velorio, y es que no podía ser de otra manera. De esos paseos en el parque salieron matrimonios por docenas. Yo me tracé que debería ser músico. Loco de contento fui donde el maestro Augusto Fermín, director de la orquesta, compositor y poeta, a manifestarle mi deseo. Se alegró mucho, respondiéndome: “Fucho, yo no sabía que estabas tan interesado en la música. Vente desde mañana”. Avanzamos unos cuantos días con el pentagrama, y yo empezaba a notar al maestro un poco preocupado. Cuando llegamos a las semifusas me dijo:

—Fucho, búscate otra cosa que en la música no vas a progresar.

Regresé triste a mi casa, a contárselo a mi mamá.

Mamá me contestó:

—Caramba ¿y el maestro Augusto no encontró otra cosa que decirte?

Al final no fui ni chófer, ni policía, ni músico. Ya terminando el bachillerato yo estaba claro en que mi sueño era estudiar medicina, y creo que, en alguna medida, este sueño se nutría de las imágenes positivas que dejaron en mí las figuras del Dr. Henrique Albornoz Lárez, y de Manuel Monserrat.

CAPÍTULO II

MI PRIMER VIAJE EN BARCO Y LA CARRETERA LA GUAIRA-CARACAS

Mi primer viaje en barco

En la primera quincena de julio de 1947 egresamos del Liceo Francisco Antonio Rísquez, felices por haber terminado a satisfacción, una etapa tan importante de nuestra formación. Pero mi euforia se diluía a veces por no vislumbrar un camino a seguir. No encontraba ninguna idea que alimentara mis deseos. Cada día me afligía más al oír a mis compañeros hablar sobre sus preparativos y fecha de viaje a Caracas, y yo callaba, por no tener otro recurso sino el sueldo de cien bolívares que devengaba como maestro en una escuela nocturna, que funcionaba en el barrio de Salamanca, y que no me podía llevar en la maleta. Algunos compañeros me recomendaban estudiar una carrera corta, como odontología o farmacia, ya que medicina, la que aspiraba, era una carrera larga y cara.

Mi hermano Augusto Núñez

En esos días llegó a pasar vacaciones mi hermano Augusto Núñez, quien para el momento era profesor en Caracas, en la Escuela Normal Miguel Antonio Caro, y que posteriormente fue el primer director de la Escuela Normal Miguel Suniaga de La Asunción. Por la labor desarrollada allí, de gran impacto social, la Alcaldía del Municipio Arismendi creó la Orden Augusto Núñez.

En la época de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, el Ministro de Educación, quien era su amigo, lo llamó y le ofreció la dirección de la Escuela Normal de Barquisimeto, donde docentes y estudiantes se mantenían en permanente protesta frente al gobierno, y se le dijo que estaba autorizado para expulsar estudiantes, e incluso suspender y destituir maestros. Augusto le manifestó, que por no ser político, no le podía dar su colaboración. A lo que el Ministro le dijo que en la Escuela Normal de Barquisimeto los políticos habían fracasado, que precisamente por eso era que lo escogía a él.

Al llegar a la Escuela, con la prudencia y tolerancia que siempre lo acompañó, reunió a los maestros y les explicó las atribuciones de las cuales iba investido, y que estaba seguro de que no se darían las oportunidades de implementarlas, porque él no se metía en el aspecto político de cada uno;

que ejercieran sus derechos en la calle, pero que como docentes que eran, estaban obligados a respetar la institución; llamado que los maestros atendieron.

Un día los estudiantes daban un mitin en una plaza cercana a la escuela, fueron atropellados por los policías y corrieron a guarecerse en la escuela. En dicha persecución los policías pretendieron entrar, y el profesor Núñez, con mucha educación, les solicitó que por favor respetasen el recinto, que él respondía por el orden de los estudiantes mientras estuviesen dentro, y los policías atendieron la solicitud.

Al tranquilizarse la escuela, la Subdirectora le presentó para que firmara una lista del FEI (Frente Electoral Independiente), el partido que apoyaba al Gobierno. No aceptó.

Al día siguiente un periódico local publicó una nota de los hechos con el comprometedor título: “Ese director sí que es arrecho”. A los dos días, personal de la seguridad nacional lo montó un avión que pasó por Barquisimeto para incluirlo en un grupo de opositores que el gobierno enviaba al exilio en México. Cuando el avión tocó en Maiquetía, para recoger a otros “beneficiarios” del viaje, un amigo “peso pesado” en el ministerio, bajó de Caracas hacia el aeropuerto, y hablando con las autoridades del mismo, les dijo: “Este no sigue, me lo dejan aquí”. Así se salvó Augusto del turismo forzado.

Volviendo a las vacaciones de Augusto, él se me acercó y me dijo:

—Rafael ¿qué piensas hacer?

—Nada, contesté amargado.

—Nada no —me contestó. Tú te vas conmigo para Caracas, y allá en La Pastora te acomodarás como se pueda. Tú no eres para quedarte en La Asunción aumentando el número de bachilleres.

Ahí sí fue verdad que vila luz al final del túnel.

Sus palabras me reconfortaron y me acerqué al grupo a iniciar operaciones. Y un día de la primera semana de septiembre de 1947, me encontraba en el muelle de Porlamar con mis compañeros, para tomar el barco que nos llevaría a La Guaira. Se trataba de la lancha “Ana María Campos”, que llegó a la una de la tarde. Los manchones del casco y su aspecto general dificultaban adivinar su color original.

La lancha zarpó dos horas después, y ya a bordo, nos contaba un imprudente marinero que esa lancha había sido muy buena en sus tiempos, pero que ya estaba realizando sus últimos viajes. Mayor susto el mío, que me podría ahogar en un vaso de agua. Ya oscureciendo, el capitán, de apellido Marcano, se dirigió a nosotros, diciéndonos que se haría un toque rápido en Cumaná, para recoger pasajeros y mercancía. Toda la cubierta de la embarcación, de proa a popa, estaba ocupada por gruesos rollos de cabuya, montones de colchonetas y sillas de madera y lona. Las sillas se abrían de día para reposar, y las colchonetas de noche para dormir.

Hace algún tiempo conversaba con un neurólogo cumanés, que ejerce en Caracas, el doctor Pedro Luis Ponce Ducharme, y me manifestó, que cuando era estudiante, viajó en esa lancha muchas veces. Me contó que en uno de esos viajes, en la travesía entre La Guaira y Cumaná, la lancha comenzó a hacer agua frente a Chuspa (Estado Miranda), y el capitán se dirigió a los pasajeros, diciéndoles que no se preocuparan, que en ese estado la lancha podía llegar fácil al puerto de Carenero. Así se hizo, y allí en Carenero mi colega tomó un vehículo para seguir por tierra hasta Puerto La Cruz, y luego abordar un barco costanero que lo llevó a Cumaná.

Recogidos los pasajeros y la mercancía en Cumaná, la “Ana María Campos” tomó rumbo a Puerto La Cruz, con brisas más o menos soportables, lo que los marinos llaman “mar fresco”. Pero en su marcha, la cosa se fue descomponiendo, con un mar más picado. Amanecimos cerca del puerto, que desde lejos nos ofrecía un bello panorama de su bahía, de fuerte azul, con su cinturón verde.

Eran las ocho de la mañana cuando pedimos permiso al capitán para bajar a tierra, quién nos lo concedió, pero advirtiéndonos que regresásemos antes de las doce, porque era la hora de salida del barco, y “el que no esté, se queda”.

Al llegar a tierra, el hermoso paisaje visto desde lejos, se nos había esfumado y sólo vimos bosquecillos de cujíes, unas pocas casas maltrechas, varias charcas donde los cochinos hacían de las suyas, y un par de ventas de empanadas, con las que nos desayunamos.

Mientras nos comíamos las empanadas, uno de nosotros, cuyo nombre voy a reservarme, emprendió una carrera hacia los bosques de cujíes cercanos, por presentársele diarrea. Los demás lo seguimos para evitar que esto nos sucediera en el barco, terminando agachaditos, como en antiguas epidemias de cólera. En medio de esa situación, alguno propuso

estirar los brazos de unos a otros pero evitando que chocaran los dedos de las manos porque de acuerdo con la creencia, nos caería un rayo, como pensábamos nosotros cuando éramos párvulos babosos merodeando por los huertos de mango en los alrededores del barrio El Mamey.

Aquí se nos suma otro hecho de mayor significación: además de faltarnos papel higiénico, no veíamos ni una piedra, ni una tusa, o una semilla de mango seca. Alfredo Torcat, que se había llevado dos panes en los bolsillos, los hizo pedazos y comenzó a pichar. Uno que peló la “pelota” pasó mucho trabajo.

Hubo un momento en que quise retirar del texto esta anécdota, pero Rafael Antonio, mi nieto de doce años de edad, quien me ayudó en el computador me dijo:

—Pero papi, tú nos dijiste que ibas a poner todo lo que fuera verdad. Si eso fue verdad, y además, a mí me parece gracioso ¿por qué no lo dejas?

En nuestro recorrido por la costa, me dije “si existe el pueblo o ciudad de Puerto La Cruz, debe estar más lejos, porque por aquí no veo más nada”.

Al rato, me informaron que Puerto La Cruz quedaba más allá.

Regresamos a la hora requerida y seguimos rumbo a La Guaira. La lancha comenzó a moverse levemente, pero a medida que fue aumentando la brisa, las olas se fueron encrespando. Un pasajero presagioso, que había navegado mucho por esa zona, nos dijo que todavía no habíamos visto nada, “ahora es cuando viene lo bueno, cuando la lancha cruce Cabo Codera”. Cabo Codera es una punta del territorio del Estado Miranda que se adentra al mar, donde soplan fuertes vientos y se forman altas olas que preocupan mucho a los que navegan por allí en botes pequeños. Las olas aumentaron mucho golpeando la lancha por babor y estribor, y cuando la lancha caía entre dos olas parecía que se iba a quedar detenida ahí, sumándose a esto el traqueteo de su vieja madera. No era para ir cantando.

Así continuó por muchas horas, que no supe hasta dónde, ni hasta cuándo duró el mal tiempo.

A las seis de la mañana del otro día, desperté en un paraje distinto: la Ana María Campos estaba anclada a uno de los muelles de La Guaira, entre otras dos lanchas. El viaje le había cambiado a uno el perfil: entramos

limpiecitos a la lancha en Porlamar, y salimos en La Guaira todos tiznados, como obreros de mina de carbón.

La carretera La Guaira-Caracas

Pocas horas después tomaba la única ruta que conducía a Caracas, la que luego se llamó la Carretera Vieja. Como toda carretera de montaña, era estrecha y curvilínea, subiendo y bajando, por un lado el barranco y por el otro grandes peñascos, que intentaban lanzarse a la vía, dejando espacio entre ellos para bosquecillos de helechos, alimentados por pequeños saltos de agua, y por encima en el cielo, bloques de nubes que pasaban veloces.

El conjunto resultaba un colirio para los viajeros, que en coches de andar lento, disfrutaban de la vía. Para dolor nuestro, hoy se presenta como un largo y vetusto lagarto jurásico: un monstruo que come vidas y vomita escombros, detritos y aguas negras.

CAPÍTULO III

CARACAS

Al entrar a Caracas lo que más me llamó la atención fue El Calvario, testigo eterno y fiel vigilante de la ciudad. Fue tanto el impacto que me causó que hice planes para visitarlo lo antes posible. Y así fue. Allí llegué a estudiarme los cuatro tomos de anatomía de Testut Latarjeb.

Es una colina de poca altura, accesible por escalinatas de cemento; ya en la explanada nos encontramos con hermosos jardines y largas caminerías, con bancos, y estatuas de nuestros héroes. Ha sido, durante muchos años, testigo fiel de las lágrimas y sonrisas de los habitantes de la ciudad y retozo para los escolares.

El Liceo Fermín Toro y el paseo a San Juan de Los Morros

Existían en la capital varios liceos prestigiosos donde se podía estudiar quinto año de bachillerato, o preuniversitario, como también se le llamaba. Entre ellos el liceo Andrés Bello y el liceo Fermín Toro. En este último, Augusto me había adelantado los requisitos de inscripción en Ciencias Biológicas, donde teníamos como profesores al doctor Alonso Gamero en Botánica, a la profesora Ruth Lerner de Almea en Bioquímica, y al profesor José Vicente Scorza, en Biología. Scorza era un profesor que se ocupaba de la investigación, perseverante estudioso, enamorado de su asignatura, que impartía a cabalidad y con mucho entusiasmo. Fue el encargado de organizar un paseo a San Juan de los Morros para visitar al doctor José Francisco Torrealba, más conocido como “El Sabio” Torrealba; pero lo que son las ironías, no faltó quien lo llamara “El loco Torrealba”; y pensar que su humilde consultorio fue una fuente de sabiduría criolla, en comunicación con los centros científicos del exterior y sus investigadores de medicina tropical, como son los de Brasil, Canadá, Estados Unidos, Francia e Inglaterra.

Partimos hacia San Juan de los Morros un viernes en la tarde, llegando al anochecer. Se nos alojó en uno de esos bellos grupos escolares, con esas significativas placas de “Moral y luces son nuestras primeras necesidades”.

El Doctor Torrealba nos recibiría el sábado a las nueve de la mañana, pero al amanecer nos encontramos que en los grifos no había ni una gota de agua. Como pudimos, nos las arreglamos para cepillarnos con los refrescos

que habíamos llevado. Después de un breve desayuno, propio de estas ocasiones, marchamos hacia el consultorio del doctor. La casa era igual a toda la cuadra, expresión de la vida humilde que llevaba el médico, entregado con gran devoción a la cura e investigación del Mal de Chagas y el paludismo, y especialmente a sus “barrigoncitos”, como llamaban él a los muchachos portadores del mal de Chagas con ascites y hepatomegalia (crecimiento de hígado y bazo). Al traspasar la puerta de la calle nos encontramos con una sala-recibo, en el centro una mesa baja, de un metro por lado más o menos, de una madera fina, y de un cuero que ya estaba pidiendo relevo. Había además unas sillas fuertes, de madera y buen cuero negro, viejas, por supuesto, arrimadas a las paredes, una vitrina, también de madera, barniz marrón, con porcelanas que ocupaban sus espacios. De momento nos parecía que la vivienda estaba sola, cuando de pronto se abre una puerta y aparece un señor alto, elegante, de piel blanca castigada por ese sol llanero que no perdona a nadie, pantalón blanco, camisa blanca manga larga, cuello abierto que dejaba ver una cadena de oro, unas alpargatas suela de cuero, muy estilizadas, que parecían regalo de esos pacientes amigos a los que no se les cobra.

“Buenos días, están en su casa, pasen adelante, que aquí es donde tengo yo todo mi tesoro”: mesa más alta y vitrina igual a la que estaba en la sala, y una repisa con varios frascos llenos de algodón, donde caminaban los chipos *Rhodnius prolixus*, como alpinistas, de todas formas y colores, y yo asustado porque creía que todos se me iban a venir encima.

Sobre los chipos y la enfermedad de Chagas nos dio una buena conferencia. Si el Doctor Torrealba viviera hoy tendría que irse a la Capital, porque el chipo le picó adelante, y ya está instalado en Caracas.

Hombre de buen humor, nos refirió algunos pasajes de su vida.

Acostumbraba antes de la consulta irse a bañar al río. Un día en que estaba sentado sobre una piedra, llegó un señor en una hermosa bestia, vestido con un elegante liquilique, botas bien lustradas y sombrero de buena fibra, quien dirigiéndose a él, que estaba sentado en una piedra del río, que si no le podía bañar el caballo, porque tenía que ir más tarde a verse con el médico. Le ofreció una moneda de un fuerte, que Torrealba no le recibió, respondiéndole que le bañaría el caballo para divertirse.

A eso de las dos de la tarde, el desconocido se presentó en el consultorio del doctor, donde se llevó la correspondiente sorpresa. Sin embargo, el alma le regresó al cuerpo gracias a las palabras oportunas y

cortesés con que Torrealba lo recibió. “Por la tarde yo estaba muy pendiente de añadir a mis honorarios el valor del baño del caballo”, nos comentó,

Cuando salió de cuarto año de medicina, se fue de vacaciones a San Juan de los Morros, y fue a visitar a su padrino, a quien le pidió dinero para comprar unos zapatos. El padrino le respondió que no tenía, y que él andaba en alpargatas precisamente por no tener dinero.

Ya siendo médico en San Juan de los Morros, un hijo de su padrino fue a buscarlo porque este se encontraba muy enfermo. Llevó una camioneta del hato, pero el doctor Torrealba le dijo que su padrino valía mucho, que él quería ir a verlo, pero en hamaca. El ahijado, molesto y todo, tuvo que complacerlo.

Consiguieron la hamaca y seis cargadores. Cuando ya habían avanzado cierto trecho sintió olor a ron, y en efecto era con lo que estaban brindando los cargadores. Solicité que les brindaran brandy. La caravana se detuvo en una bodega para comprarlo. Luego siguió la marcha, con relevo de cargadores. Al llegar a la casa dijo: “¿Cómo es posible, Padrino, que no me hayan llamado antes, estando usted en este estado?”

Vio a su Padrino y lo regresaron en la misma forma y condiciones. No supimos de sus honorarios, porque de eso no nos habló.

El Ministro de Salud de Francia lo invitó a París para que diera una conferencia sobre el mal de Chagas.

Cuenta el doctor Torrealba que se presentó a la puerta del teatro vestido de liquiliqui, alpargatas y sombrero de cogollo, indumentaria típica llanera, y el portero, con mucha cortesía le explicó que así no podía pasar, porque era un acto especial al que venía un científico venezolano a dictar una conferencia.

El doctor Torrealba le contestó:

—Si no me deja pasar no habrá conferencia— Y se acomodó a un lado.

Llegó el Ministro con su señora envuelta en un bello abrigo, y le dijo:

—¿Doctor Torrealba, por qué no ha pasado?

—Porque el portero no me ha dejado pasar.

—Doctor Torrealba le ruego que nos acompañe, dijo el Ministro.

Durante la presidencia del General Isaías Medina Angarita, el Ministro de Educación lo invitó para que fuera a dictar una conferencia en el Ministerio, el Día de la Alimentación.

Al llegar al salón se encuentra con un elegante y largo mesón, que ocupaba todo el pasillo, donde abundaban frutas exóticas como melocotones, uvas, peras y manzanas, y faltaban los mangos, guayabas, cambures, piñas y tantas otras de las que abundan en nuestro país.

Cuando tomó la palabra dijo que es el colmo que para un banquete propio de reyes, inviten a decir unas palabras a un médico al que no le envían recursos para tratar a los barrigoncitos que allá en el llano mueren de parasitosis y hambre.

Luego dijo que eso le valió que le quitaran la bequita que tenía.

Parroquia La Pastora

La vivienda de Augusto quedaba en la planta baja de un inmueble de dos plantas, en La Pastora, en un sitio alto, como todos los de esa parroquia, y más o menos cerca del liceo Fermín Toro. A los dos días de haber llegado me dispuse a conocer la vía, que para ir era en descenso, pero que regresando era una fuerte pendiente y se sudaba. El primer día bajaba diligente y entusiasmado, cuando de pronto me encontré en un callejón sin salida un grupo de soldados con la mano derecha abierta pegada a la sien, saludando a la bandera, que en ese momento izaban. Un soldado más alejado daba el toque de diana. Eran como la seis de la mañana. Terminada la ceremonia, en cuestión de segundos, y como por encanto, los soldados como una nube de abejas, me cayeron encima, adelantándose uno que me preguntó:

—¿Para dónde va usted?

—Para el liceo Fermín Toro, le respondí.

—¿Y usted no sabe que está en Miraflores? ¡Salga por donde entró!
¡Cruce a la derecha, luego otra vez a la derecha y bajando está el liceo!

Así fue como conocí la casa del poder en Venezuela. ¡Qué fácil era entonces ir a Miraflores! Posiblemente me salvó del arresto un libro de medicina que llevaba conmigo.

El apartamento de Augusto ya no se podía estirar más: vivía con su esposa María, dos niños, nuestros hermanos Julián y Carmen Núñez, y su primo Pedro Núñez. Pedro, Julián y yo ocupábamos una habitación con poco espacio, que a la vez nos servía de confesionario, pues ahí nos sacudíamos el estrés relatándonos los sinsabores del día y repasando los cuentos margariteños. Si en verdad teníamos algo de estrechez física, es verdad también que la bondad y moral de Augusto nos mantenían inmersos en una atmósfera de afecto.

Julián estudiaba en la Escuela Normal Miguel Antonio Caro, y Pedro tenía alquilado un pequeño local en una casa de vecindad cercana, a la que pomposamente le dio el nombre de “Panadería”, donde vendía cerveza, pan, café, chicles, cigarrillos y otros artículos, sin orden y sin elegancia. Un pastoreño que no se quedaba atrás con las bromas dijo un día:

—Este negocio es una vaina. Si uno pide un refresco se lo dan caliente y si pide un café se lo dan frío.

La parte alta de la vivienda la ocupaba Rubén González, amigo nuestro desde La Asunción, con su esposa Luisa y su hijo Rubencito, de dos años. Para la época de la historia que de inmediato paso a contar, yo estaba en primer año de medicina, donde la mayor preocupación para el estudiante era anatomía humana. No obstante, muchos en la calle pensaban que ya estábamos preparados para recetar y nos sorprendían con preguntas sobre medicina por aquí y por allá.

Rubencito era controlado por un médico pediatra muy solicitado en Caracas, profesor del Servicio de Puericultura y Pediatría, el doctor Espíritu Santo Mendoza, a quien más tarde nombrarían Ministro de Sanidad. Luisa lo llamó para que viera al niño, a quien el doctor le indicó, entre otras cosas, Eledón, una leche descremada, de la cual yo no tenía ni idea, puesto que las leches eran una materia que se dictaba en el 5^{to} año de medicina. A las dos semanas Luisa me refirió que el muchacho seguía igual, y me pidió que le recetara algo para detener la diarrea. Mayor susto; eso fue para mí como ponerme una papa caliente en las manos. La señora me sorprendió, y con una arrogancia, que no sé de donde me salió, le dije que le diera una leche fuerte. Todo para ocultar ante ella mi ignorancia. Sentí vergüenza de mí mismo ante la posibilidad de distorsionar el tratamiento del doctor Mendoza.

A la semana me dijo que el muchacho se había curado. Esa es la medicina; lo que yo no sabía para ese momento era que se le podían abrir tantos vericuetos.

Rubén me recomendó para que diera clases en una escuela nocturna que quedaba cerca de la esquina de Reducto, por haber conseguido él un cargo mejor en la Radio Libertador. Con ese sueldo fue posible mudarme a una pensión que tenía una margariteña en el edificio “Caracas”, frente a la Cervecería Caracas. Entonces comenzó mi viacrucis de pensiones.

Yo no pasé mucho tiempo en casa de Augusto, pero mi hermano fue la puerta que me abrió el camino.

Universidad Central de Venezuela

Cuando tuve en mis manos los documentos de egreso del Fermín Toro, me fui a la Secretaría de la Universidad Central de Venezuela a inscribirme en la Facultad de Medicina. Fue grande mi emoción cuando después de haberlo esperado tanto tiempo, me encontré por fin frente a esa taquilla. Recibí un baño de agua fría cuando se me informó que había cerca de cuatrocientos preinscritos.

Fuera del recinto universitario, por las calles cercanas se escuchaba de vez en cuando, esta consigna: ¡Mueran los tres cochinitos! ¡Abajo la dictadura! Eso ocurría entre un correr de estudiantes y policías, y un llover de lágrimas por las bombas lacrimógenas.

La preinscripción llegó a un total de quinientos veinte estudiantes y debido a la falta de recursos la universidad dispuso de un examen de admisión.

El gobierno de Pérez Jiménez, como todo régimen dictatorial y populista, presionó a las autoridades universitarias para que no hicieran exámenes de admisión y aceptaran a todos los estudiantes preinscritos.

La universidad acordó entonces que se dictarían clases de todas las materias de lunes a jueves y se realizaría una prueba evaluatoria los viernes. En estas pruebas los estudiantes caían quemados, igual que las palometas al acercarse a la luz. Fue una lucha donde unos no lamentaban la pérdida del otro. Solamente en las primeras cuatro semanas se eliminaron doscientos estudiantes. El proceso de selección no se detuvo, y solo pasamos a

segundo año ciento cincuenta, a los cuales se agregaron ocho o diez estudiantes venidos de Mérida.



Foto del carnet de estudiante de la UCV.

El segundo y tercer año se desarrollaron sin grandes problemas, salvo griterías con su componente de bombas lacrimógenas con las cuales la policía disolvía las manifestaciones.

Estando en tercer año, logré colaborar en las consultas de dermatología del Seguro Social en El Silencio, de siete a ocho de la mañana, con los doctores César Lizardo y Luis Velutini. Al mismo tiempo, Eduardo Estrada, que aspiraba estudiar dermatología, obtuvo una posición similar en el Hospital Traumatológico de San José. Como a mí no me gustaba la dermatología y a Eduardo no le gustaba la traumatología, ambos estábamos en el sitio equivocado. Estrada, que conocía al jefe del seguro, pidió una cita con él para plantearle el intercambio de nuestros puestos de trabajo. El director nos respondió que nos fuéramos tranquilos, que ese era el problema más fácil de resolver que a él le habían planteado. Y así resultó.

En este instituto me tocó ayudar al renombrado traumatólogo doctor Jorge Figarella en una operación de osteomielitis crónica del pie derecho, que más que pie, por lo voluminoso, lo que parecía era una colmena. Dentro del quirófano vi por primera vez al doctor Figarella. Con una gran paciencia el doctor iba retirando con una fina cureta todo el material necrótico y purulento de las cavidades lesionadas. Impaciente, pensando que esa operación se llevaría unas cuantas horas, me atreví a decirle:

—Doctor Figarella, ¿por qué no le amputa el pié?

—¡Bachiller! Usted es más agresivo que yo.

No volví a pronunciar palabra en el resto de la intervención.

Carmencita Obando y el bautizo de la muñeca.

Carmencita Obando, mi esposa, era hija de Aquilino Obando y Carmen Figueroa, bien conocidos y apreciados en La Asunción, quienes tenían en el sitio conocido como La Portada, en la salida de La Asunción hacia Porlamar, un pequeño negocio de ropa y de cemento, tienda que aprovechaban para vender algunos artículos de contrabando.

Yo iba mucho a comprar allá, y el viejo Obando, como también lo llamaban, era muy bueno y me daba un cambur maduro o pelaba una naranja y me daba la mitad, cosa que hacía con todo el mundo. Cuando iba a su casa, Carmencita y yo nos veíamos con simpatía, pero hasta ahí.

Terminado el tercer año, estando de vacaciones en La Asunción, Rosita Salazar, mi prima, tenía una muñeca, y le puso como madrina de bautizo a Carmencita. Invitaron a Lotia Chacón, y entre las tres armaron una fiesta para bautizar la muñeca. Entre los invitados estábamos Manuel Antonio Narváez y yo. Era obligado para las muchachas ir de falda larga. La bebida era la champaña *demisec* de La Viuda. Carmencita era muy elegante, alta, con una cabellera abundante y negra, y nariz perfilada. Por fin comienza el baile, y como orquesta teníamos un viejo *pick-up*, que sonaba como los buenos. Toñito, que era un tipo elegante, y que por su figura tenía que quitarse a las muchachas de encima a sombrerazos, sacó a bailar a Lotia, y yo, que sudaba para conseguir algo, me puse a dar vueltas buscando a Carmencita. Menos mal que ella me tenía enfocado.

La saqué a bailar, bailamos la primera pieza, y no me soltó la mano, bailamos otra, otra y otra, y seguíamos agarrados de mano. Pero en una de esas, se me enredó un pie con el encaje del borde de la falda, y le desprendí una parte. Ella se despegó de mí, y pensé que estaba molesta, pero tomó el encaje y lo desprendió en su totalidad, diciendo “Así está mejor”. Y seguimos bailando.

Si hoy alguien me preguntara cuál ha sido el día más feliz de mi vida, yo diría que fue ese.

Los facilitadores: el doctor Pedro José Mata Estaba y la profesora Nuncia Villarroel

Nació en el Valle de Pedro González. Estudió medicina en Mérida y lo nombraron médico del dispensario de La Asunción. Era extrovertido y muy popular. Le gustaban los gallos, por lo que se hizo amigo del viejo

Obando, criador y vendedor de gallos de pelea. Yo conté con la suerte de su aprecio, lo visitaba y él me invitaba a pasear en su carro. Una tarde que salimos se paró en casa del Viejo Obando, estuvo hablando de gallos y nos obsequiaron un whisky. Nos tomamos el whisky lentamente y luego seguimos. A los tres días me dijo:



Carmencita.



Carmencita.

—Fucho; fuiste a hablar con los viejos? Mira que esa gente es buena.

Ese “hablar con los viejos”, al que se refería Mata Estaba, era lo que se llamaba “pedir la mano” de la novia. Esto ya no se acostumbra, pero consistía en que el novio iba donde la familia de la novia a decirle a los padres que él y la muchacha estaban enamorados. Si la diligencia salía bien se conseguía el permiso de los padres para visitar a la muchacha en su casa, o quizás para ir juntos al cine o a una fiesta, acompañados de algún miembro de la familia de la novia, como una tía, o una hermana o hermano (el “chaperón”).

Quizás hoy pueda parecer que se trataba de un trámite social simplemente protocolar, pero no era así. En aquella época era un paso importante y solemne. Un novio que insistiera en verse mucho tiempo con una muchacha, sin el permiso de los padres, no era considerado como alguien con intenciones honestas para con la joven. Y los novios sudaban frío al momento de pedir la mano.

La profesora Nuncia Villarroel, conocida como la maestra Nuncia, dilecta amiga de Carmencita, y su compañera de trabajo en el Grupo Escolar de La Asunción, del cual era directora, y donde Carmencita era

maestra normalista, nos sirvió de paraguas en dos o tres oportunidades en el comienzo de nuestros amoríos. Todo después del bautizo de la muñeca.

Si Carmencita me decía “esta tarde voy a visitar a Nuncia a las cinco”, a las cinco y media estaba yo también visitándola, y Nuncia me contestaba las buenas tardes con una risita pícara.

De ahí en adelante Nuncia comenzó también a preguntarme cuándo iba a hablar con Carmen y Aquilino, ya que nosotros seguíamos viéndonos a la salida de misa, y en la plaza Bolívar. Unas pocas veces Elena, su hermana, nos echó una ayudita. Ya Carmencita se sentía incómoda, y yo que en verdad tenía ganas sobradas de arreglar ese problema, me frenaba al pensar que me podían dar una respuesta desagradable.

Pero la decisión tenía que llegar y una noche me dispuse a visitar a los padres de Carmencita.

Carmen Figueroa de Obando

Carmen Figueroa de Obando, o simplemente Carmen de Obando, como todos le decían, era la mamá de Carmencita, y todo un personaje asuntino por derecho propio. Nació en La Asunción en un hogar muy humilde, y desde jovencita comenzó a trabajar en la panadería de la señora Josefita Figueroa de Prieto, doña muy respetada y apreciada. Su pan, para la época, era el más solicitado de La Asunción. Acostumbraba Josefita, en los ratos libres de los trabajadores, ayudada por sus hijos, a enseñarles las cuatro reglas elementales de la aritmética, y a leer y escribir bien. Con Carmen fue algo especial, y esto era lo que ella necesitaba para empezar a abrirse camino.

Carmen se acostumbró a ir a vender pan y dulce de la panadería de Josefita a la gallería de los hermanos Obando en El Mamey, y terminó casándose con Aquilino, a quien llamaban el Viejo Obando, por ser el mayor de los hermanos.

La pareja se muda para un inmueble que brindaba estrictamente capacidad para vivienda y local comercial. En el terreno del lado montaron unabomba de gasolina.

En la pequeña tienda vendía cemento para la construcción, telas y ropa hecha en Maracay y Valencia y alguna que otra mercancía de contrabando, pero la gente creía que toda era de contrabando,

especialmente los turistas, por lo cual se la metían debajo de los brazos para esconderlas, preguntando donde se la medían.

Carmen en esto guardaba *mutis*. Carmen demostró una habilidad natural para los negocios. Empezó a entenderse muy bien con los agentes viajeros, y más tarde directamente con las casas comerciales de Caracas y el oriente del país que ellos representaban.

Un contratista amigo suyo, Toño Espinoza, del cual ya hemos hablado, le manifestó muy triste, que fue a Caracas, casa de “Sánchez & Cía” a buscar a crédito una máquina concretera y no la consiguió. Que había perdido su viaje

Carmen le dijo

—Compadre Toño, usted no ha perdido ningún viaje.

Tomó una hoja de papel y escribió: “Amigo Sánchez, para allá va Antonio Espinoza, mi compadre, a buscar una máquina concretera. Me haces el favor de entregársela, que después nosotros nos arreglaremos”.

Toño Espinoza volvió a Caracas llevando el mensaje de Carmen de Obando para “Sánchez & Cía”, de donde regresó a La Asunción con su máquina concretera.

Alberto Figueroa, más conocido como Berto o El Gordo de Carmen, había quedado huérfano a los pocos años, por muerte de su mamá. Carmen se lo pidió a su papá para “orientarlo”, y se lo llevó para su casa. Carmen lo trató como a un hijo, y los siete hijos e hijas de Carmen lo trataron como un hermano más. Lo puso a trabajar en el negocio de la bomba de gasolina, y lo inscribió en la Escuela Primaria “Francisco Esteban Gómez”. Salido de sexto grado, le da más responsabilidades en la bomba y lo inscribe en la Escuela Normal “Miguel Suniaga”, de La Asunción.

Graduado de normalista se casa con Mireya Navarro, ex compañera de estudio y compañera de trabajo, formando una bella familia. De sus cuatro hijas, Carmencita y yo le bautizamos Lupe, y él, creyendo que le habíamos hecho un gran favor, nos esperaba, cuando viajábamos de Cumaná a La Asunción, con un imponente sancocho de pescado fresco, y su contraparte de pescado frito.

A Carmen le gustaba mucho conversar largo y tendido, en voz alta, pero con mucha gracia, sonriendo y con el brazo y mano tendidos en el

hombro del otro, que unido todo esto a sus gestos bondadosos, le proporcionó una inmensa cantidad de amigos, compadres y ahijados en los caseríos y poblados de La Sierra, La Sabana, Santa Isabel, Atamo, Gasparico y la Sabana de Guacuco. Esto lo aprovechó un partido político para llevarla en su plancha: salió electa concejal por el Distrito Arismendi, con una amplia mayoría de votos, y renunció a los pocos meses, alegando que ella se retiraba para ocuparse de su negocio, que era lo que verdaderamente sabía hacer.

Colaboró lo que pudo, para ayudar a un compañero preso en Guasina, durante la dictadura de Pérez Jiménez: Segundo Espinoza, quien estaba con Leonardo Ruiz Pineda cuando la dictadura de Pérez Jiménez lo asesinó. Eran las ocho de la noche del 21 de octubre de 1952, cuando Ruiz Pineda, buscado por la dictadura, circulaba por Caracas en un auto conducido por David Morales Bello, y en el que también iban Leoncio Dorta y Segundo Espinoza. Un esbirro de la Seguridad Nacional, la tristemente célebre y temida policía política de la dictadura peréjzjimenista, Daniel Augusto Colmenares (“Suelaespuma” Colmenares) identifica a Ruiz Pineda, y junto con Francisco Ramón Matute, también de la Seguridad Nacional, empiezan a perseguir al vehículo en una moto. Cuando los interceptan en San Agustín, Morales Bello y Dorta logran escapar, Francisco Matute mata a Pineda de un balazo en la cabeza, y Segundo Espinoza, que trató de ofrecer resistencia, es capturado.

Aquilino Obando

Aquilino Obando, el papá de Carmencita, nació en La Asunción, en el barrio de El Mamey, hombre sagaz y muy activo, se volvía un zorro cuando tenía unas cartas de juego entre las manos. Por presentar un cuadro crónico de hemorragias digestivas, se vió obligado a recluirse al hogar y cambiar su profesión de agricultor por la de criador de gallos de peleas, que enviaba a su gallera, y vendía para otras partes de Venezuela, pero especialmente para los campos petroleros de Oriente donde los gallos eran muy solicitados.

Con estos dos personajes, Carmen y Aquilino, eran con quienes yo me iba a entender, para solicitar la mano de Carmencita, y este momento había llegado.

Al tocar la puerta nadie contestó, dándome la impresión de que la casa estaba sola. Era que Carmencita, junto con sus hermanas, Elena, María José, “Chucha” y Margarita, estaban encerradas en una habitación que daba

a la sala, para así oír lo que se iba a tratar. Luego se presentó la señora Carmen y me hizo pasar.

—Señora Carmen ¿Carmencita le dijo algo? —abrí yo el diálogo

—Sí, ella me dijo que vendrías esta noche. Aquilino, acércate que aquí está Rafael y viene a hablar con nosotros —llamó Carmen al viejo Obando.

Aquilino se acercó y preguntó:

—¿Y de qué se trata?

Carmen se volvió hacia el viejo, y le espetó:

—Viejo, Rafael vino a pedir la mano de Carmencita.

Aquilino, un viejo sagaz, le respondió:

—Carmen, ¿tú crees que yo soy pendejo? Si ellos ya están de acuerdo, ¿qué tengo yo que estar dando mano? —le respondió Aquilino. Y agregó —¿Cuántas veces no le habrá Rafael agarrado la mano a Carmencita?

El precio del cemento

Siendo ya el novio aceptado y oficial de Carmencita, la fui a buscar una tarde para salir un rato, y cuando llegué ella aún se estaba arreglando. Mientras esperaba, observé que alguien en la bodega preguntaba por el precio del saco de cemento y Carmen respondió:

—Mijo, yo vendo el saco a seis bolívares, pero por tratarse de ti, te lo voy a dejar en cinco bolívares.

Mientras estuve ahí pasaron por la bodega dos personas más, preguntando lo mismo y a ambas Carmen les dio la misma repuesta.

No pude contenerme y le dije, en tono socarrón, para burlarme suavemente de su pequeña picardía de comerciante:

—Pero Señora Carmen, ¿todos sus clientes son especiales?

Instantáneamente, me llegó la contundente respuesta:

—Mire Rafael Figueroa, quédese tranquilo, que mi negocio con usted es otro.

CAPÍTULO IV VIAJE A MÉRIDA

Para el comienzo del cuarto año de medicina las protestas estudiantiles llegaron a grado extremo. El doctor Dávila Celis, traído de Mérida como Rector “para calmar los ánimos”, fue herido en los disturbios llevando los problemas al clímax y acelerando el cierre de la Universidad. La noticia la recibimos estando en clase en la Escuela de Medicina, en San José, mientras el profesor Rafael Hernández Rodríguez explicaba el tema de la rubeola como fiebre eruptiva. Recuerdo la frase que decía al comienzo de cada tema: “Las enfermedades se curan con el médico, sin el médico, y a pesar del médico.”

En esos días se me presentó la oportunidad de trabajar durante un año en el *Sears Roebuck* de Bello Monte, mientras permanecía cerrada la Universidad. Fue gracias a Manuel Antonio Narváez que obtuve ese puesto, quien a su vez lo había conseguido a través de Francisco Aguilera. Sears nos abrió sus puertas, dándonos una beca sin pensar.

El gobierno cerró la Universidad durante un año más, lo que provocó la salida de los estudiantes hacia otras universidades del país o del exterior.

El grupo de estudiantes de La Asunción había decidido irse a Mérida. En mi caso, como no tenía los recursos, regresé a La Asunción y logré que mi compadre Gregorio Caraballo me girara doscientos bolívares mensuales a Mérida durante un año, con el compromiso de pagárselos después que me graduara.

Salimos de la Plaza de los Bomberos: Juan Carlos Millán, Luis Salinas, Manuel Antonio Narváez, Antonio (Toñito) Espinoza Prieto (hijo de Antonio Espinoza Marcano, el maestro de albañilería de mi hermano Tiburcio, y sobrino de Luis Beltrán Prieto Figueroa), y yo, en una camioneta con algunos años de maltrato y un chofer español protestón.

Partimos en la tarde y cuando eran las once de la noche uno de nosotros dijo:

—Ya se ven las luces de Valencia.

Desde ahí seguí dormido, y cuando me desperté, la camioneta estaba parada en el sitio llamado Taborda, frente a un tambor que recibía agua de una manguera. Ya algunos de mis compañeros estaban haciendo uso de ella. Seguimos rumbo al estado Yaracuy, y en el pueblo de San Pablo, hicimos

la primera comida, que aún recuerdo como si hubiera sido ayer. Abundante carne de cochino, mantequilla criolla, queso y huevos fritos, que algunos repitieron. El pago del desayuno fue tan poco que pensamos que casi se nos había hecho un regalo.

Seguimos el viaje, que nos resultó un paseo por frescos campos y pintorescas poblaciones. Me parecía que estábamos descubriendo el Nuevo Mundo. Se trataba de la carretera Trasadina, donde el sector entre Barquisimeto y Carora era la excepción: infernal, con el camino aún de tierra, de color rojo con huecos, piedras, nubes de polvo y de un sol de esos que al decir de Andrés Eloy Blanco “tuesta blancos y suda negros.” A la camioneta se le pincharon dos cauchos, se le rompió el tubo de escape y se le reventó la correa del ventilador. A pesar de todo, seguimos rumbo a Mérida pasando por Pampán, Pampanito y Valera, entre otras poblaciones.



Acompañando al Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa durante la campaña electoral para el período presidencial 1969-1973. La foto muestra la cubierta de una embarcación que navegaba entre Margarita y Coche (“Navegando con la Oreja”). El individuo en cuclillas ubicado por delante de Carmencita es Toñito Espinoza Prieto.

Al llegar a Mérida, el primero en bajarse fue Toñito Espinoza Prieto, que iba a hospedarse en una pensión distinta a la del resto de los pasajeros. Una vez que dejamos a Toñito, antes de llevarnos a nuestra pensión en la calle Fernández Peña, el chofer nos planteó que tenía que cobrarnos más de

lo convenido, alegando que debíamos ayudarlo a pagar los daños sufridos por el vehículo. No estuvimos de acuerdo, por lo que nos llevó directo a la prefectura. Una vez que el chofer hubo expuesto su caso al prefecto, este le contestó:

—Mejor es que te vayas tranquilo a tu casa, que a ellos no les va a ir mejor. Vienen de Caracas, son estudiantes y el problema de ellos no es mío, no está en mis manos, porque en este momento las órdenes del gobierno son que los estudiantes que lleguen aquí a Mérida, no nos traigan los problemas estudiantiles de Caracas para acá. Te repito, esto no está en mis manos resolverlo, yo a ellos los tengo que poner a las órdenes de la Seguridad Nacional.

En la sede de la Seguridad Nacional, nos ordenaron sentarnos en un largo banco. Yo tomé uno de los extremos, que daba a un zaguán amplio, a través del cual se podía ver a todo el que pasaba por la calle. Al poco rato pasó Toñito Espinoza, y al vernos nos preguntó, desde la calle:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Estamos detenidos, dije.

—¿Y cuando vinieron?—dijo Toñito, haciéndose el desentendido.

—¡Hoy junto contigo!—contesté.

De inmediato un agente de la Seguridad Nacional que escuchaba la conversación, le ordenó:

—¡Pase usted también!

Entre lamentaciones y furia, con una gran tibiera, Toñito nos decía que si nosotros no sabíamos lo que era la Seguridad Nacional. Que él desde afuera más bien podía ayudarnos.

Ahí nos tuvieron detenidos por cinco horas, durante las cuales nos hicieron un mundo de preguntas, pero sobre todo nos preguntaban qué dónde estaban los afiches y panfletos que traíamos de Caracas. Esta insistencia se debía, según ellos mismos nos hicieron saber, a que el día anterior les habían encontrado a unos estudiantes llegados de Caracas una buena cantidad de propaganda política contra el régimen del General Marcos Pérez Jiménez. Nos decían también que la Seguridad Nacional

tenía que “evitar que las vainas que ustedes los estudiantes están echando allá en Caracas, las vengán a echar también aquí en Mérida”.



Postal del Pico del Águila comprada en el sitio durante el viaje a Mérida. La postal se la envié a Carmencita desde Mérida el 2 de agosto de 1952.

El hecho de nuestra detención se difundió rápidamente entre la comunidad estudiantil merideña, llegando a oídos del estudiante de segundo año de medicina, Francisco Verde Rojas, hijo del señor Francisco Verde, Secretario General de Gobierno del Estado Nueva Esparta. Francisco Verde hijo llamó a su padre a La Asunción y le describió la situación. Entonces el señor Verde llamó a su colega, el Secretario General de Gobierno del estado Mérida, y le explicó que conocía a los muchachos detenidos, que eran amigos de su hijo, y que aunque eran estudiantes no estaban metidos en política, que no se trataba de subversivos, y que por favor, viera qué podía hacerse para que la Seguridad Nacional los pusiera en libertad cuanto antes. Y así se resolvió el problema, con una llamada telefónica, como se resuelven tantas cosas en Venezuela.

Toñito Espinoza, tan inteligente cómo alborotado, estudiaba derecho y pellizcaba mucho en la poesía, y en los días posteriores a lo sucedido en la Seguridad Nacional, inundó La Asunción, desde Mérida, con cartas y versos acusándonos, jocosamente, de haberlo denunciado ante la dictadura militar.

En Mérida fuimos acogidos con toda la consideración posible y bien lleva el nombre de Ciudad de Los Caballeros. Terminado el año, nos vimos obligados a regresar a Caracas, donde las instituciones hospitalarias ofrecían mejores condiciones económicas para realizar nuestras prácticas.

CAPÍTULO V REGRESO A CARACAS

Manuel Antonio Narváez y yo pudimos ubicarnos en el Hospital Francisco Antonio Rísquez, ubicado en la Parroquia San José, conocido como Hospital de “Cotiza”. Era un hospital para pacientes crónicos: ulcerosos, hipertensos, cardiópatas, diabéticos y hemipléjicos, fundado en 1906 por Francisco Antonio Rísquez y José Gregorio Hernández como Asilo San Rafael. Existían numerosos y grandes árboles que brindaban espesas sombras, bajo las cuales había bancos de madera y cemento para uso de los pacientes. Era un ambiente tranquilo y acogedor, un verdadero jardín cuando los árboles florecían. La edificación principal consistía en un largo salón dividido por habitaciones que se abrían al pasillo común, estando una destinada al enfermero y otra para la faena.

La residencia estudiantil, que llamábamos “La Barraca”, estaba construida con láminas de zinc y listones de madera. Tenía su piso, también de madera, levantado sobre estacas: le faltaba el agua por debajo para ser un verdadero palafito. En el extremo izquierdo, unas láminas de zinc, que no llegaban al techo, formaban tres locales, supuestamente baños, por encima de los cuales volaba el jabón cuando nos bañábamos dos o tres con un único jabón.



Residencia Estudiantil en el Hospital Rísquez (“La Barraca”).

Los residentes éramos estudiantes de medicina de quinto y sexto año, y el enfermero era de segundo año, a quien en los días de fiesta le dejábamos la guardia por la noche con un esquema de la parte anterior del cuerpo y las instrucciones siguientes:

Del ombligo para arriba analgésicos, y del ombligo para abajo antiespasmódicos. Y mucho cuidado con la fosa ilíaca derecha (para cuidarnos del apéndice).

Nos íbamos de parranda dejando la guardia en manos del enfermero y de la voluntad de Dios. Me tocó a mí la guardia de un 31 de diciembre, y el día siguiente, primero de enero, se presentó el director, doctor Alberto Mussa Yibirín y preguntó:

—¿Quién estuvo de guardia anoche? ¿Dónde está ese mapita alcahuete sobre el “ombligo para arriba y ombligo para abajo”?

Tomó el “mapita” y lo rompió, diciendo:

—Esta vez no ha pasado nada, pero para la próxima, quien abandone la guardia, que recoja sus cosas y se despida.

Dos meses antes de graduarnos me dijo que si yo deseaba trabajar con las petroleras, él me llevaba donde el doctor Bortone, jefe de los Servicios Médicos de la Creole, a quién conocía desde Caripito, donde habían trabajado juntos.

Quinto y sexto años se desarrollaron sin ningún hecho fuera de lo normal. En el último año se incrementan las ganas de abandonar las aulas y recibir el título para ir a enfrentarnos a los pacientes para ejercer y aprender medicina. Óigase bien, aprender medicina: es frente al paciente que se va a ver lo que está en los libros.

En quinto año, la última materia que vimos fue pediatría, y por supuesto las leches, sus componentes y sus aplicaciones terapéuticas, trayéndome el recuerdo del doctor Espíritu Santo Mendoza y Ramoncito.

Durante el sexto año hacía una guardia mensual en el hospital del Seguro Social en Puerto Cabello, con un pago de trescientos bolívares, saliendo de Caracas el viernes al mediodía y regresando el domingo en la noche. Se veían casos de emergencia que incluían desde un dolor de muelas hasta fractura de cráneo, accidente cerebro-vascular (ACV), fractura de pelvis. Igualmente casos clínicos tales como infarto del

miocardio, edema agudo del pulmón. Pero la mayor ganancia que uno sentía era el trato afable que recibíamos de los especialistas, quienes nos trataban como colegas. Muchos especialistas que no hacían guardia cuerpo presente, recibían de los estudiantes los casos bien orientados desde el punto de vista clínico y terapéutico. Obviamente fue una experiencia de mucha utilidad.

Escuchar que lo habíamos hecho bien, no sólo nos daba satisfacción, sino el compromiso de seguir haciéndolo así.

Tuve también la oportunidad de trabajar en Caracas después de graduado. El doctor y cirujano Ricardo Baquero González me propuso que si quería quedarme en Caracas, trabajara en su servicio. Le manifesté que como yo tenía a mi Vieja en mal estado de salud, aspiraba trabajar en Margarita, para estar cerca de ella. Secamente me respondió: “Ese es su problema”.

Un año después, cuando ya era médico en Güiría, viajé a Caracas para asistir a la operación de una prima en el Centro Médico, en San Bernardino. En la entrada me encontré con el doctor Baquero, quién me preguntó que dónde trabajaba y qué hacía por ahí. Le expliqué el motivo y me dijo que él era el cirujano de mi prima, y que si quería, podía presenciar la operación. Me sentí muy halagado (además, eso era lo que yo aspiraba). Se trataba de un tumor que ocupaba la parte baja del abdomen. No había para entonces los recursos del ecosonograma, mucho menos del tomógrafo y del resonador magnético nuclear, que hoy consideramos indispensables. Nos teníamos que atener a los métodos clínicos clásicos de palpación, percusión, punción, complementados con el examen ginecológico. Con ellos apreciábamos el tamaño, límites, movilidad y consistencia del tumor.

Ya en el pabellón, con la paciente anestesiada, el doctor Baquero comenzó la palpación, al tiempo que me decía:

—Mire doctor Figueroa, cuando allá en Güiría le toque un caso así, de un tumor abdomino-pélvico que usted lo pueda pasear con la mano por todo el abdomen, puede estar seguro que está en presencia de un quiste de ovario pediculado.

El doctor Baquero abrió la cavidad abdominal y encontró algo distinto, un mioma uterino reblandecido. Ayudantes, anestesiólogo y los demás presentes nos quedamos viendo la cara en son de chanza. El doctor Baquero aceptó su error con buen humor, y en son de chanza también, nos dijo:

—El diagnóstico certero de un tumor abdomino-pélvico se tiene después de abrir la pared del abdomen.

Mis profesores

Los primeros días de junio recibíamos los últimos toques, y solo faltaba el tan ansiado título, para decidir qué rumbo tomar. Sentía una pequeña nube de nostalgia, al tener que dejar atrás profesores de tanta envergadura, que tanto nos habían enseñado e inspirado.

Estaba el sabio Augusto Pi Suñer, una montaña de cultura y ciencia, emigrante de la Guerra Civil Española, quien tenía la jefatura de la cátedra de fisiología y nos dio algunas clases. El doctor Humberto García Arocha, que estaba asociado a la cátedra, dictó las clases restantes. Hombre de una amplia cultura, correcta dicción y delicadas palabras, sus clases se convertían en verdaderas sinfonías.

El doctor Gabriel Trómpiz, que se comportaba con nosotros como un padre, dándonos consejos y *tips* de su experiencia en terapéutica médica.

El doctor Marcel Granier Doyeux, jefe de la cátedra de farmacología, que por su dilatada experiencia y sabiduría, se las arreglaba para explicarnos sobre tortas, llaves, columnas, miligramos, centímetros cúbicos y gotas. Granier intentaba hacernos el tema más ameno, y lo hacía. La mejor parte de su método fue su lenguaje, sencillo y grato sin abandonar lo científico.

El doctor Francisco De Venanzi, profesor de fisiopatología, quién más tarde sería rector de la Universidad Central, tenía su clase a las dos de la tarde, en plena digestión, que invitaba al sopor y al sueño, donde no se escuchaba ni por gracia un chiste. Por fortuna, había en el curso dos estudiantes taquígrafos, que tomaban los apuntes de esa pesada clase y a los dos días nos los vendían ya organizados como un tema con todo el material de la investigación científica de la cátedra, que no era fácil conseguir en ningún libro. Para la comunidad Universitaria, De Venanzi fue un emblema.

Una tarde entró violentamente a clase Estela Marcano, quién venía retrasada de una práctica de disección de cadáveres. Metió la mano en el bolso en busca de un bolígrafo para tomar notas, y cuál no sería su asombro al tocar una cosa blanda y fría, que lanzó al aire a gran distancia, pegando un grito, quedando pálida y fría como una estatua. Era el pene del cadáver

que acababa de disecar, y que un compañero, en broma, se lo había colocado en el bolso. El pene quedó tirado en el piso y nadie se atrevía a recogerlo.

Pasado el asombro y la hilaridad, el hecho fue considerado de mal gusto, agravado por haberse cometido en una clase del doctor De Venanzi, y habérselo hecho a una criatura físicamente frágil, inteligente, estudiosa y colaboradora como Estela.

Dr. José Izquierdo.

Más conocido como Pepe Izquierdo, nació en Caracas el 12 de enero de 1887. Médico Cirujano y docente universitario. Realiza sus estudios de medicina en la Universidad Central de Venezuela, donde recibe el título de Dr. En Medicina y Cirugía en 1913. Fundador de la Cátedra de Anatomía en la Escuela de Medicina (1922). Se desempeña como titular de la cátedra durante treinta y siete años. Director de la Escuela de Medicina de la Universidad Central de Venezuela. Presidente del Consejo Nacional de Educación y del Colegio de Médicos del Distrito Federal. Es el primero en introducir en Venezuela la cirugía general del cráneo. Para las elecciones de la Asamblea Constituyente, fundó en 1946, el Partido Social Cristiano, cuya presidencia asume. Es necesario aclarar que no se trata del partido COPEI. Autor de unas cincuenta monografías de carácter científico, ha publicado también trabajos de tipo histórico, traducciones de Shakespeare y un tratado de tauromaquia, producto de su experiencia de 30 años al frente de la medicatura de la plaza de toros de Caracas. Figura como miembro fundador de la Academia de Ciencias Físicas y Matemáticas (1933). En 1964 el Colegio de Médicos del Distrito Federal crea la orden "Dr. José Izquierdo" y el Instituto Anatómico de la Universidad Central de Venezuela lleva su nombre.

El otro Pepe

Pregunté a algunos compañeros que por dónde pasaba el Dr. Pepe, porque no lo vi nunca entrar por la puerta principal, sino que aparecía por el fondo. A todos los que le pregunté me dijeron que él vivía en un inmueble vecino detrás de la Escuela de Medicina que él mismo había creado, y utilizaba una puerta particular para ir de su casa al aula, a la cual entraba religiosamente minutos antes de las ocho de la mañana. Cuando por una causa cualquiera llegaba retardado, lo hacía con la violencia de un torbellino llevándose por delante de su humanidad sillas, pupitres y

cualquier otra cosa que encontraba por el medio. De constitución fuerte y talla alta, practicaba el culturismo. No andaba con sonrisitas ni palmaditas por la espalda, iba directo a la persona así fuera para señalarle sus defectos. Así era por lo menos, con nosotros los estudiantes.

Lo que voy a contar pasó con un estudiante de Cumaná. El Dr. Izquierdo pasaba la asistencia. Preguntó:

—¿Quién es Alí de la Cueva?

—Yo, doctor; dijo Alí.

—Desde hoy en adelante usted no es más Alí de la Cueva, sino Alí Cueva. En Venezuela no se usan títulos mobiliarios.

Una compañera mía de grupo, de nombre Gladys Campos, tenía una mañana una prueba con Pepe, al que le tenía un miedo terrible. Se la pasó la noche antes y parte de la madrugada tomando sulfato de benzedrina para no dormirse. En la mañana Gladys se presentó a su prueba:

Pepe le pregunta:

—¿Qué elemento pasa por el orificio oval de la base del cráneo?

Gladys, con la mente turbada por la benzedrina, se queda como autista y se marcha. Pepe que se la queda viendo cuando se va, dice:

—Paquete vasculo-nervioso.

Y pensar que una muchacha tan bonita no supo contestar.

El doctor Izquierdo le dio otra oportunidad.

Las clases del doctor Izquierdo eran siempre con asistencia plena, los estudiantes de otros años acudían a oírlo porque lo que él decía era de su materia, que sabía bien, y lo exponía bien, porque era un pomposo expositor. Pero cuando se acercaba julio, los estudiantes de todas partes se alejaban un día más que otro para estudiar, y en las aulas se observaban los claros. Una de esas mañanas cuando Pepe explicaba, Atencio Martínez, que está tomándole apuntes, con un lápiz le da en la cabeza a Julio Pérez preguntándole

—¿Qué fue lo que dijo el Viejo?

Pepe, que en ese momento levanta la cabeza y los ve, dijo:

—¡Miren eso! Uno dándole en la cabeza al otro y el otro dejándose dar. ¡Todos dos son!

Un día el Doctor la agarró conmigo, tirándome una pregunta de anatomía comparada:

—¡Mira! Tú, que ni se quién eres: ¿qué son órganos análogos?

Yo le respondí:

—Por ejemplo, la correlación que hay entre las alas del ave y las patas delanteras del mamífero.

Y el doctor Pepe Izquierdo dijo:

—Menos mal que supiste.

Pepe Izquierdo, anatomista investigador, debió ser un gran disector, y lo reflejaba en sus dibujos anatómicos, que los dibujaba al momento en clase, despegando músculos, aislando vasos y nervios, con una nitidez tal que no tendría nada que envidiar a las proyecciones modernas.

Doctor José Rojas Contreras

Para la época en que estudiaron medicina en Venezuela nuestros maestros, el país no contaba con buenas vías terrestres, por lo que había que utilizar la vía marítima, dificultándose el traslado a la capital con el propósito de continuar estudios. Un ejemplo fue el doctor José Rojas Contreras, quien después llegaría a crear y dirigir el Servicio de Técnica Quirúrgica de la Universidad Central de Venezuela. Al graduarse de bachiller en su tierra natal San Cristóbal, viajó por tierra al puerto de Encontrados, en el sur del Lago de Maracaibo, donde tomó un bote que le llevaría a Maracaibo para esperar un buque costanero y poder seguir viaje al puerto de La Guaira y luego a Caracas. Empleó doce días en el viaje. El profesor Rojas Contreras fue un ejemplo de disciplina en su trabajo y en toda su vida. Cuando cumplió cien años, y de esto hace poco, en una entrevista el reportero le preguntó qué le faltaba por hacer y contestó: “Todo”.

Recientemente, lo vi en un programa de televisión donde lo entrevistaban junto con el doctor Otto Lima Gómez, otra figura agigantada de la medicina venezolana. La verdad es que la Universidad Central ha sido un eterno siglo de Pericles.



Promoción Martín Vegas, 30 de julio de 1955.

Aula Magna

Por fin llegó la deseada fecha del grado, el 30 de julio de 1955, y no sólo para medicina, sino para todas las facultades, y para el Aula Magna, la obra maestra del arquitecto Carlos Raúl Villanueva, que se inauguraba ese mismo día. Fue un acto para el cual no se escatimaron medios ni esfuerzos. El aula se presentó majestuosa, llenando su inmensidad de bote en bote, con familiares de los graduandos que vinieron de todos los rincones del país. Fueron tantos que muchos tuvieron que conformarse con ocupar de pie corredores y pasillos cercanos. No me falló mi compadre Goyo Caraballo, quien al prestarme para el año que estudié en Mérida, me había ofrecido asistir a verme graduado. Fue un acto muy largo, que duró desde la tarde hasta la noche. Al día siguiente, el compadre me pidió que lo llevara a una joyería, donde compró un reloj Cyma que me regaló y usé por mucho tiempo. Cuando acude a mi memoria ese hecho generoso del amigo, creo que aún llevo el reloj en mi muñeca.

CAPÍTULO VI GUAYABAL

Después del acto de grado, Rubín Zamora, Toñito Narváez y yo, nos tomamos cuatro días antes de ir a buscar el nombramiento al Ministerio de Sanidad, en el Departamento de Medicaturas Rurales, al frente del cual estaba el experto sanitarista Yofre Díaz Guzmán. Díaz Guzmán mantenía en su oficina a un colega *torero*, es decir, el colega con mucha parafernalia y gracia conseguía que los médicos recibieran con gusto las medicaturas que les ofrecían. Las medicaturas estaban marcadas en un hermoso croquis señaladas por chinchas.

A Rubín, francote y de mucha autoestima, y a quien por cariño le decíamos “el loco Rubín”, le ofrecieron la medicatura de El Jabón, en el Estado Trujillo, la que no aceptó “porque no estaba sucio”. Cosas muy propias de Rubín. A Toñito Narváez no sé cómo le asignaron la medicatura de Santa María de Ipire, en el Estado Guárico, pues la aceptó enseguida, y a mí me hablaron de Guayabal, ubicada en el Alto Llano del estado Guárico, porque era muy buena, muy rica, y que todos los médicos que iban allá conseguían un buen ható. Sin pensarlo dos veces la acepté.

Al salir de la oficina, el portero, que no debía ser de Caracas, nos llamó aparte y nos dijo muy bajito:

—Miren muy bien lo que les van a dar. Yo conozco mucho de estas cosas, de esa res le dan a ustedes el mondongo y para los de aquí de Caracas guardan el lomito.

Ríos Apure y Apurito

Me tomé cuatro días para irme a Margarita a despedirme de mis familiares. Regresé a tomar el avión de Aeropostales Maiquetía, que me llevaría a San Fernando de Apure con una escala en la ciudad de Calabozo.

Por razones del cargo mi relación formal era con San Juan de Los Morros, pero por lo malo de las vías tenía que hacerla con San Fernando de Apure, la ciudad importante más cercana a Guayabal. Por esto muchos se referían a Guayabal como “Guayabal de Apure”, siendo Guayabal de Guárico.

Habiendo perdido el aroma del aula, iba arrellanado en mi butaca mirando por la ventanilla del avión, la llanura guariqueña detenida solo por el horizonte lejano. Después de levantar vuelo en Calabozo el avión comenzó a bajar, bajar y bajar, tanto que yo creía que iba a aterrizar por accidente. Luego se horizontalizó volando lento y bajo, pasando por encima de lagunas, matas y ganado, pero tan lento que parecía detenerse.

La aeromoza se dirigió a nosotros los pasajeros: “Por deseo del capitán y de la tripulación toda, aprovechen el paisaje.”

Me volvió el alma al cuerpo, pero me dolió mucho que por el susto me perdiera de apreciar la mayor parte de ese inmenso paisaje paradisíaco.

Una vez en el aeropuerto de San Fernando, tomé un taxi para la ciudad, al embarcadero sobre el río Apure, río que tiene ochocientos quince kilómetros de largo, de los cuales hay ciento cincuenta navegables, de aguas a veces muy agitadas. El sitio del embarcadero no era sinodos o tres escalones de concreto que desde la vía bajaban hasta el agua, y unas cuantas canoas esperando pasajeros.

Yo no había conocido sino los pobres riachuelos de Margarita. Ahora estaba frente a una inmensa masa de agua, cuya otra orilla se veía muy lejos. Dije para mis adentros ¿y para dónde diablos voy yo?

Eran como las diez de la mañana. Pregunté por la lancha que iba a Guayabal y me informaron que llegaba a las once. No me podía mover muy lejos del sitio porque andaba con la maleta. A las once, ya cansado, volví a preguntar y me enseñaron un cayuquito³.

Con la ayuda del botero bajé hasta la canoa, que no tenía capacidad sino para él, para mí, mi maleta y el instrumental de navegación, compuesto por el remo, un machete, una estaca y una cabuya. Salimos. Un poco después me tranquilicé, y sin darme cuenta mis manos iban jugando con el agua del río. Del Apure el bote siguió por el río Apurito. El señor me explicó que el Apurito era un brazo del río Apure que volvía a él formando una pequeña isla entre los dos. Desde el Apurito el bote tomó la vía de un pequeño río afluente llamado caño Guárico, que me llevaría hasta Guayabal.

Después de un rato navegando por el caño, decidí comerme un pedazo del pan que me habían regalado en La Asunción. Se me cayó un

³Cayuco: embarcación de origenindio, hecha de una pieza de madera, más pequeña que la canoa, con el fondo plano y sin quilla, que tradicionalmente se movía y gobernaba con el canaleta o remo.

trozo al agua, y fue espantosa la voracidad con que en pocos segundos se lo comieron unos pequeños peces. Lleno de curiosidad, le pedí al señor el machete, tiré un pedazo de pan al agua y se inició de nuevo el voraz ataque. Di un tajo al agua, sobre el pan. Se presentó un borbollón, como una olla de agua hirviendo con ruido, espuma y todo, que me dejó asombrado. Vuelta la tranquilidad, en la superficie de un agua sanguinolenta flotaban pequeños huesos relucientes, como pintados de blanco intenso. Le pregunté al botero qué pasaría si el bote se volteara.

—Nuestros huesos flotarían como esos, doctor. Esos caribes (pirañas) son muy hambrientos —me contestó.

No volví a meter mis manos en el agua.

El caño en su última parte tenía la superficie cubierta por un monte de bejucos y hojas anchas llamado bora o lirio de agua, que frenaba el avance del bote, por lo que el señor tenía que abrirle paso al bote cortando la vegetación con el machete. Luego tomaba el palo, lo pasaba por encima de la popa y lo enterraba en el fondo del caño para impulsarse. Casi no exagero al decir que el palo hacía el papel de un motor fuera de borda. De esta forma el bote avanzó un largo trecho. Fue asombrosa la habilidad con la que el botero manejaba la situación, como un hombre orquesta manipulando varios instrumentos al mismo tiempo.

Después de un rato el bote dio un frenazo frente a un barranco de color amarillo y rojo, y dije:

—Así no vamos a llegar nunca a Guayabal.

—Pues ya llegamos. Al subir el barranco está Guayabal—contestó el botero.

Lo subí con su ayuda, no sin dejar de anotarme un resbalón. El botero se encargó de la maleta. Al llegar arriba me encontré de frente con un camino que pasaba al lado de tres casas de bahareque muy separadas por terrenos llenos de matorrales y maleza. Más allá de estas chozas estaba el pueblo.

Guayabal a mi llegada era un pueblo reducido a dos maltrechas calles de tierra, con cuatro o cinco callejones que desembocaban en ellas, y que aumentaban su extensión. Las casas eran de bahareque o bloques, a veces pegadas unas a otras, a veces separadas por terrenos llenos de hierba. Los techos de las casas del centro del pueblo eran de zinc o tejas, mientras que las ubicadas hacia las afueras tenían el techo de palma. La plaza del

pueblo era simplemente una gran extensión rectangular de barro y tierra. En verano, en Guayabal el calor era sofocante, y las nubes de polvo nos cubrían.

A un muchacho que se acercó le pregunté si conocía a la enfermera. Me respondió que sí, y que se llamaba Rosa Angelina, tomó la maleta y me llevó allá. Rosa Angelina era una mujer de estatura mediana, delgada, de piel morena, ni tan seria ni muy simpática, educada y atenta. Me llevó a la casa dispuesta para residencia del médico, y a casa de la señora que me haría la comida.

—Como usted debe estar muy cansado, esta tardecita le mostraré la medicatura, me dijo.

La medicatura estaba integrada con la prefectura, en una casa grande, alta, de pisos de cemento y techo de zinc, que quedaba frente a la plaza. Al pasar el dintel nos encontramos con una sala amplia, con techo raso de cartón piedra, dividida en dos por un tabique de madera que no llegaba al techo. La mitad derecha era para la medicatura y la mitad izquierda para la prefectura.

Para un municipio alejado y apartado por las malas carreteras, con población dispersa, la medicatura debía haber estado bien equipada, pero no era así. No había como practicar un examen de heces, de orina, o una hematología. Los que podían acudían a San Fernando, demorando allí a veces hasta dos días. El instrumental constaba de un tensiómetro, un estetoscopio y un viejo equipo de otorrino. Los diagnósticos se obtenían viéndole la cara al paciente y poniéndole la mano encima.

Guayabal había sido muy activo y próspero en la época de José Tomás Boves, quien para entonces era un rico comerciante de Calabozo, que se ocupaba de comprar ganado barato en Guayabal para luego venderlo a buen precio en el propio Calabozo y poblaciones como San Juan de los Morros y Naguanagua. En Guayabal un solo grito de Boves levantaba batallones para enfrentar a los criollos. Afortunadamente más tarde Páez tomó el mando de los llanos de Apure, Barinas, Portuguesa y Guárico.

Para un médico joven ilusionado con poner en práctica sus conocimientos recién adquiridos en una región sin ningún tipo de recursos materiales, ¡qué desilusión! Menos mal que nunca faltaban las indispensables y siempre salvadoras ampollas de emetina, para la disentería amibiana, el sulfato ferroso para la anemia y el antitusígeno.

A los dos días de estar en Guayabal le dije al doctor Cazorla, médico español a quien yo debía sustituir, que se esperara que yo no me iba a quedar allí. Que yo inmediatamente iba a enviar telegramas solicitando un cambio de destino. Cazorla me respondió que no podía, pues él ya estaba destituido y con la maleta hecha, listo para marcharse. De todas maneras comencé a enviar los telegramas, aunque no recibí contestación alguna.

En dos casos de emergencia, una apendicitis aguda y una hernia estrangulada, viajé con los pacientes a la clínica del doctor Valeriano Moreno en San Fernando. Fueron las únicas veces en que no le tuve miedo al Apure.

Un problema que siempre debía resolver era lograr que, sin recursos disponibles, los pacientes se fueran contentos. Por eso muchas veces había que darles, casi como un placebo, tabletas de sulfato ferroso o cápsulas de Colina Lafar. Muchos de esos productos hoy están a años luz de toda terapéutica moderna.

A los médicos se nos había concedido que después de la consulta general, y pasada la una de la tarde, podíamos ver como pacientes privados a los que así lo desearan. Un día llegó un señor delgado, muy activo y doblado como un caracol. Y cuando la enfermera le cobró los diez bolívares de honorarios se fue a esconder detrás del parabán buscando un billete de diez, en un grueso paquete de billetes de cien. La enfermera me dijo: “Mire que aquí la gente engaña.”

Una tarde, sentado en el frente de la medicatura, divisé a través de la plaza una muchacha que pilaba maíz en la puerta de su rancho. Atravesé la plaza diagonalmente y me presenté como el nuevo médico. El rancho estaba construido al revés: la cocina, sillas y tures, y el pilón estaban enfrente. Al instante una señora mayor, que debía ser la madre de la muchacha me entregó un pañito para que me espantara las plagas, lo que hice de inmediato. Y es que las plagas en Guayabal eran tan abundantes, que este gesto de entregarle a la visita un pañuelo o pañito para espantarlas, era algo común.

Sexo en Guayabal

Otra tarde, en el mismo sitio me contó Bastidas, el Prefecto, que en Guayabal practicaban las relaciones sexuales de una manera que me parecía curiosa: las practicaban en un chinchorro, con una hilera de cintas en ambos bordes. El hombre se metía primero, la mujer, aún afuera, unía

los bordes en sus extremos, anudando las cintas, salvo en el centro, pues éstas las anudaba ya estando ella adentro, transformando el chinchorro en un tubo o cilindro que se movía más que una montaña rusa.

Como esto llamó mi atención, seguí investigando entre la gente de mi confianza, y confirmé que esto que me contaba Bastidas era verdad, pero en los campos cercanos a Guayabal y en escasas oportunidades.

Los burros en la capilla

La capilla, en una esquina de la plaza (un terreno pelado), pintada de un azul ya apagado, pedía una repasadita. Tenía en el frente una hermosa mata de flamboyán, que florecida era un encanto. En la capilla se realizaban pocas actividades dirigidas al cultivo de lo espiritual, sobre todo porque no había sacerdote que la atendiera.

En uno de esos días de fuerte calor, cuando salía de la medicatura a las dos de la tarde, un amigo me dijo:

—Acércate a la capilla para que veas una escena.

A la capilla hacía unos días se le había caído una puerta. Mayor susto el mío al ver que estaban adentro tres burros durmiendo.

La gente de Guayabal

Una cosa es estudiar medicina y otra es el acierto al ejercerla. Para ello se requiere acercarse a la gente, meterse en su interior, bañarse en su sudor y hasta oler su aliento. Eso fue lo que traté de hacer en Guayabal, y por eso hice amistades.

Benito León era la persona más importante en el lugar. Era una fuente de consulta y consejos para muchos. Juez del municipio, tenía la única tienda y vendía las pocas medicinas que se podían tener a mano en el lugar.

En un jeep de su propiedad recorría yo algunos de los campos cercanos a Guayabal. La única hija que tenía estudiaba en Valencia, y es oportuno anotar aquí que para la gente de Guayabal, la capital de Venezuela era Valencia, la cual llamaban también la capital del llano. Su hermano Luis León, maestro del pueblo, era tan buena gente, que a las diez de la mañana se sentaba con su desayuno en la puerta de su casa, a

compartirlo con cualquiera que pasara. En el llano se hacían dos comidas diarias: un desayuno a las diez de la mañana y un almuerzo a las dos de la tarde. Una merienda, si acaso por la noche. El desayuno y el almuerzo eran abundantes.

En una casa particular, nos hacían la comida a los médicos, y la señora se acostumbro a hacerme mis tres comidas, al estilo oriental.

Pedro Guzmán, oriundo de Santa Ana de Anzoátegui, había llegado a Guayabal como guardia nacional, y por su buen comportamiento y labia consiguió casarse con una buena muchacha del lugar. Un día me dijo que si no me gustaba el caño era porque no lo había navegado en su mejor época.

—Te invito en mi bote para que conozcas un terreno que tengo a un lado del caño, para que veas mis vaquitas.

Me fui con él y en verdad que el paisaje que tenía delante no lo había visto nunca. El caño Guárico se transformó en un túnel con piso de agua transparente y un techo de espesas ramas verdes, que roto de trecho en trecho daba paso a la luz del sol, cambiando los reflejos del agua, y haciendo de aquello todo un escenario. Me llamó mucho la atención que algunas matas altas, de troncos gruesos, tenían tantas iguanas, juntas y quietas, como dormidas, que casi formaban una segunda corteza. Las iguanas se distinguían cuando levantaban la cabeza debido al ruido o la fuerte brisa. Nunca había visto tantas iguanas juntas. Me informaron que las capturaban en grandes cantidades para venderlas en Caracas.

Río abajo y frente a su finca, en la orilla, estaba una babagrande, parte en el agua y parte en la tierra, tranquila como muerta, y cubierta de moscas. La lancha se paró frente a ella, tomé la escopeta de Guzmán y le di un tiro en plena frente. El animal hizo unas cuantas contorsiones y volteretas, cayó al agua por completo, y desapareció río abajo, dejando una gran estela de sangre. Hoy, con un concepto más moderno de la ecología, cuando me acuerdo, me avergüenzo.

Una tarde en un sarao en la casa de Benito, este me presentó a Don Cipriano, presidente de la Junta Comunal. Después de unas copas y una larga conversación, Don Cipriano me dijo que si yo quería tener un hato, no tenía otra cosa que hacer que buscar los estantes⁴ y el alambre, que él me llevaba a un sitio bueno y yo podía cercar hasta donde me diera la vista, que las vaquitas las obtendría después, poco a poco. Esta “bondad” de

⁴Palos o estacas para la cerca.

Cipriano me asustó tanto que me negué. Supuse que alguna conversación de este tipo habría tenido con Benito, porque este me venía haciendoplanteamientos de la misma naturaleza desde hacía días.

Mi primera consulta adomicilio

Un señor llegó a buscarme para que fuera a ver a un paciente “al campo” (así le decían los de Guayabal a los sitios alejados del pueblo) ya que no podían traerlo por su mal estado y lo difícil del camino. Acepté y salimos a las seis de la mañana, en una camioneta negra, cerrada, como la de las policías, que más bien parecía de funeraria. El camino se hacía cada vez más difícil, más estrecho, con charcas, bejucos y ramas que se acercaban de lado y lado para cerrarlo, hasta llegar a un sitio que se hizo intraficable para la camioneta. Pero ahí nos esperaba un jeep.

El señor Pablo (que así se llamaba el que me había solicitado el servicio) iba prevenido con un machete para cortar el monte que estorbaba el paso. Olvidaba mencionar la presencia de unos congorochos⁵ que cubiertos de una grasa asquerosa, y prendidos a la piel, eran difíciles de retirar por resbalarse de las manos. Cuando se lograba quitarlos, quedaban los aguijones enterrados.

El sitio de llegada era un enorme jagüey con un pequeño manantial en el pie. Ahí nos esperaba un hijo del señor con un buen *jean*, botas de trabajo, camisa manga corta de tela gruesa con los botones superiores sueltos, mostrando sobre el pecho una gruesa cadena de oro, con un medallón también de oro.

Cuando pregunté por el enfermo me señalaron un pequeño rancho destartalado que estaba más allá, con piso de tierra, un techo de palma con muchos claros por donde entraba el sol con toda su luz. Me imaginé que en la época de lluvia el piso se volvería un solo charco.

El paciente, tendido sobre un catre poco atractivo, desvencijado, oscuro por el polvo y el tiempo, estaba convertido en un esqueleto forrado por una piel deshidratada, en parte seca y en parte cubierta de sudor, con los globos de los ojos hundidos en las órbitas y orientada su mirada hacia el techo del rancho, que por sus claros, tenía también por techo al cielo. Aquella criatura no tenía fuerzas sino para la tos y los estertores.

⁵Congorocho: nombre popular para cierto tipo de insecto oblongado y oscuro, muy frecuente en el llano.

Consideré que desde el punto de vista clínico se trataba de una tuberculosis pulmonar crónica, muy avanzada y con gran deterioro del estado general.

Le indiqué, el tratamiento específico para la época, con un suplemento de vitaminas y minerales, sin dejar de recordarles que era básica una buena alimentación.

El hijo me invitó a comer un hervido de gallina. El señor Pabló me aclaró que si no aceptaba la invitación no iba a cobrar. Le respondí que no iba a cobrarle a esa pobre criatura que estaba en ese catre muriéndose. Me contestó que lo que pasaba era que yo no conocía a esa gente, que no eran capaces de comerse un pollo porque preferían venderlo.

“¿Usted no vio esas reses y esos lotes de caballos en la última parte del viaje?” Esos son de ese que usted llama “pobre criatura”—continuó Pablo. El único orgullo de ellos es que cuando se están muriendo le lleven a su rancho un médico, bien sea de San Fernando, de San Juan de los Morros o de Valencia, y por ello pagan lo que sea. Ese señor tiene dinero. Fíjese en el hijo que anda con la camisa abierta y un grueso medallón de oro que le aporrea el pecho. Lo que pasa es que son unos miserables.

La conversación con Pablo me orientó un poco para cobrar mis honorarios.

La despedida

En contestación a tantos míos, recibo un único telegrama del Ministerio de Sanidad donde se me decía que estaba trasladado a Güiría, por ascenso. (Si yo no me hubiera mezclado a fondo con la gente hubiera pensado que ese ascenso me lo daban por matar plagas).

El señor Luis Ortiz, a quien yo le había tratado una hija me dijo:

—Usted no se puede ir así, yo le tengo una despedida. Lleve los amigos quequiera, que yo lo espero con los míos.

A los dos días me presenté con los hermanos León, el prefecto Bastidas y Guzmán en el caserío de El Corozo, donde nos esperaba un amplio y hermoso caney de piso de cemento y techo de palma de carata, alto como una catedral y sin paredes. Al lado del caney ardía una fogata

grande donde se montaría la carne del asado, dirigido por llaneros avezados en esa tarea.

Cuando se prendió la fiesta, lo más agradable fue oír al *Trío de El Corozo*, arpa, cuatro y maracas, compuesto por tres esbeltas y graciosas hermanas. En oportunidades, ocurría un hecho que me parecía curioso, y es que como el caney no tenía paredes, y la brisa llanera soplaba con fuerza, a veces nos quedábamos sin música, ya que la brisa se la llevaba más allá. Después de un largo jolgorio, el *Trío de El Corozo* nos despidió con *Alma Llanera*. Para mí fue un gran espectáculo, algo para no olvidar.

Nunca pensé que abandonaría Guayabal tan gratamente emocionado. Cuando regresé por el Caño no me preocupaban ni pirañas ni caimanes, y el río Apure me parecía un manso corderito.

CAPÍTULO VII GÜIRIA

Güiria, capital del Municipio Valdez del estado Sucre, se encuentra ubicada en la costa sur de la península de Paria, frente al golfo del mismo nombre, formando parte de los paisajes más bellos de la región. En 1799 el sabio Humboldt se refirió a sus aguas, ricas en peces y moluscos. En Güiria se mezclaron españoles, indios, franceses, hindúes y esclavos africanos. Los blancos, que formaban solo el 20% de la población, eran los dueños de todas las tierras. También se mezclaron religiones, culturas y costumbres. Su cercanía a Trinidad favoreció su progreso cultural y comercial. Cuando llegó la televisión a Güiria, los güireños sponían los canales de Trinidad porque se veían más claros.



La Iglesia de Güiria.

Cuando manifesté en La Asunción, que me trasladaban a Güiria, alguien me dijo

—Rafael, cuídate mucho, porque en Güiria los negros, descendientes de los trinitarios, acostumbran a guardar su puñal en la barriga de su enemigo.

Mayúscula mentira, en los seis (6) años que ejercí en Güiria, tuve la satisfacción de conocer algunas de las personas más cultas y sanas con las que me he topado. Nunca vi en Güiria una pelea callejera.

El Centro de Salud de Güiria lleva el nombre de Andrés Gutiérrez Solís, médico güireño, quien hizo primaria en Trinidad, bachillerato en Cumaná, y los estudios de medicina en la Universidad Central de Venezuela, de traumatología y ortopedia en Francia. Fue jefe del servicio de traumatología y ortopedia del Hospital Vargas de Caracas. Para esta época Hernán de las Casas era jefe del puesto de Socorro de Caracas.

Cuando llegué a Güiria, el Centro de Salud aunque no había sido inaugurado, ya funcionaba normalmente. Era una edificación rectangular, en cuyos cuatro lados estaban distribuidos los locales para las consultas y servicios. En su interior, un jardín, y dentro del jardín una torre de aluminio coronada por el tanque de agua. Una construcción aislada servía de casa de máquinas. Su personal médico estaba compuesto por cuatro residentes y un médico director, el doctor Oscar Lobo Castellanos.

Desarrollo de la cirugía en Güiria

El centro hospitalario más cercano a Güiria, al cual se podían enviar las emergencias, y los casos de cirugía mayor, era el Hospital Santos Dominici de Carúpano, pero se nos ponía lejísimo, tanto por la distancia, como por los inconvenientes de la vía. La ruta era de tierra con varios pasos de ríos que impedían y retrasaban el traslado de los pacientes. En época de lluvias era una gran calamidad. Por este motivo, el ministerio se vio obligado a dotar el centro con material quirúrgico, y seleccionar dentro del personal de residentes a uno con experiencia en cirugía. Güiria estuvo asistida por buenos cirujanos.

El primero que abrió paso a esta actividad fue el doctor Nicolás Tatá, venezolano compañero de grado mío, a quien siguió el doctor Cuba Tatis, colombiano, ambos por poco tiempo.

Estuvo también el doctor Nicolás Zografov, de Sofía (República de Bulgaria). Este cirujano había trabajado en Europa en el frente de guerra. Su técnica no era muy elegante en cuanto a los pequeños detalles, pero en relación a aspectos más vitales de la práctica quirúrgica, Zografov asombraba por su gran destreza. Un día que operaba a un paciente de una colecistitis crónica calculosa, con su mano enguantada y la cavidad abdominal vuelta un tanque de sangre, exploraba en busca de la vesícula, con la vista puesta en el techo. Cualquiera hubiera pensado que estaba pidiendo a Dios que lo ayudara. En ese momento le dije:

—¿Usted no identifica primero el triángulo de las vías biliares?

Me contestó:

—¡Qué triángulo ni que triángulo! Aquí tienes tu vesícula —me respondió, y puso la vesícula en la bandeja del equipo quirúrgico, parecida a una morcilla azul y negra.

La operación le tomó menos tiempo del acostumbrado. Uno como principiante, anda como esponja seca empapándose de la técnica y los *tiritos* (así llamábamos en quirófano a los conocimientos adquiridos por la propia experiencia) de los demás cirujanos. Yo con Zografov gané mucha seguridad, y brío. Aprendí muchísimo con él, pero con la particularidad de que siempre que lo ayudé lo hice bastante asustado, pues él parecía olvidar que estaba en un quirófano en Güiría, y creerse todavía en el frente de guerra, y la operación era como nadar en un mar de sangre. Sin embargo todos sus casos tuvieron final feliz, para bien de él y de sus pacientes.

Además, su experiencia como médico de guerra le hizo muy hábil en el aspecto traumatológico, habilidad que aplicó en Güiría con mucho éxito.

Otro de los cirujanos fue el doctor Guillermo Delgado, tachirense. Trabajó como cirujano general en Maracaibo por mucho tiempo, donde tenía un hermano traumatólogo. A mi modo de ver, fue uno de los mejores cirujanos que vi operar. Deseando aprender todo lo que pudiera sobre su técnica quirúrgica, me pegué a él con respeto, seriedad y disciplina. Esto me valió ganarme su confianza y que me escogiera siempre como su ayudante. Cuando se trataba de una hernia inguinal bilateral me decía que operara yo en un lado con otro ayudante, que él se las entendía del otro lado con la instrumentista. Otras veces me decía: “comienza tú que yo voy después” o “termina tú eso”. Sus operaciones eran actividades de filigrana, trabajando en un campo limpio con una técnica depurada. No vi en toda mi carrera un disector como él, tanto que me hacía recordar los dibujos de las clases del doctor Pepe Izquierdo.

El Doctor Ladislao Vas, de Hungría, emigrado a la República Argentina, trabajó en la Provincia de Misiones, en la frontera con Brasil, y permaneció unos veinte años. Fue en su juventud piloto de carreras automovilísticas.

La anestesia

Disponíamos de los siguientes tipos de anestesia: local, regional, raquianestesia y general, con sus variantes a la reina, ombredan, y pentotal. La escogíamos de acuerdo con el caso y el estado físico del paciente. Los dos caballitos de batalla fueron el pentotal y la raquianestesia, los salvadores del paciente y del cirujano. Poner la raqui, como decíamos entre nosotros, era casi una intervención previa adicional que necesitaba hacerse antes de la operación misma que motivaba el acto quirúrgico. La raqui causaba mucha cefalea como efecto colateral. El éter era administrado por el sistema ya dicho de la reina y ombredan. Lástima que no podíamos usar la epidural por no dominar la técnica. El pentotal se usaba como anestesia única o para completar las fallas que tuviera otra. Era la anestesia ideal para las operaciones cortas como los curetajes. Eva, una señora con más de cuarenta años, que ameritaba un curetaje, me preguntó por la anestesia, y al recomendarle pentotal, ella lo rechazó diciendo que si así era mejor se moría. Le dije entonces que no se lo haría con pentotal, sino con una vitamina C especial que estaban utilizando en Caracas como anestesia, y Eva aceptó. Hice mi trabajo en completo acuerdo con la instrumentista y el resto del personal del quirófano, explicándoles que a Eva se le iba a inyectar pentotal, pero que debía creer que era vitamina C. Parece que las paredes si tienen oídos, pues a los ocho días, cuando fue a su control, me dijo:

—Vengo a visitarlo, no por el curetaje sino por la vitamina C.

En este ambiente, y con los recursos, materiales y humanos disponibles, di en Güiria mis primeros pasos en cirugía. Así pude realizar decenas de operaciones de hernias y apéndices; como también cesáreas, histerectomías subtotales por miomas uterinos, colecistectomías, prostatectomías, que me fueron muy útiles posteriormente al hacer la especialidad.

Las consultas externas

Las consultas externas se hacían con toda religiosidad, así se saliera de guardia o de una emergencia o de un bonche hasta la madrugada. Es uno de los actos más importantes de la medicina. Ahí comienza el binomio médico-paciente, y mientras el médico está interrogando al paciente, el paciente está observando al médico. El examen es mutuo. Por ello el paciente al salir del examen se hace su opinión del médico, expresándola a

su modo, más o menos así: “¿Cómo yo no conocía este médico antes?”, o “este médico es un patán; con él no me vuelvo a ver”.

Un día fue a consulta una señora, llevando un niño porque le había “picado el bronquitis”.

—¿Desde cuándo está así? —le pregunto.

—Desde hace tres días, porque yo me bañé en la quebrada que pasa por el fondo de mi casa, hasta tarde de la noche.

—¿Y por haberse bañado usted en la quebrada hasta la noche, le dio bronquitis al niño?

—Si doctor, pero fue que después yo le metí esa teta fría.

Un día se presentó el amigo Popó Rodríguez con dolor abdominal y dos días que no evacuaba, y encontrándole la pared abdominal un poco tensa, le practico una radiografía abdominal simple. Y la placa mostró un feto de más o menos tres meses. Investigando, después descubrimos que por error se había utilizado una placa radiográfica ya tomada, pero aún no revelada, correspondiente a una mujer en control prenatal.

Cuando quise conversar con Popó, ya había regado por todo Güiría que no fueran a verse a ese centro de salud porque “ahí lo empuñan a uno”.

En una ocasión, un bodeguero fue a la consulta por presentar tos y dolor de pecho. Después del examen le tomé una placa de tórax, pero le dije que volviera el otro día porque no tenía tiempo de revelarla. Pero el paciente no volvió. A los quince días regresó por otro problema, y le pregunté por qué no había ido por el resultado de la radiografía. Me respondió que “el tratamiento de la radiografía fue muy bueno, me prestó mucho”.

Hospitalización y la niña sismógrafo

Para hospitalización disponíamos de veinte camas, que casi siempre estaban ocupadas.

En una época en la que hubo muchos movimientos sísmicos, llegó al centro de salud una niña de cuatro años llamada Rosita, por fracturas de clavícula y tibia. Se le puso un yeso y sehospitalizó. Pocos segundos antes

de que los sismos se sintieran, la torre de aluminio del jardín provocaba un ruido leve, muy característico. Cada vez que se oía este sonido la enfermera, o el que estuviese más cerca, corría a cargar a Rosita, que de esta manera se convirtió en el personaje más importante del Centro. Alrededor de ella giraban todas las conversaciones y chistes. Posteriormente Rosita desarrolló una sensibilidad tal, que segundos antes de producirse las vibraciones de la torre gritaba “¡temblor!”. Las enfermeras la apodaron cariñosamente “el sismógrafo”.

La Sanidad en Güiria

La Sanidad existía y se hacía sentir. Las enfermeras impartían charlas y practicaban la vacunación. El inspector de sanidad vigilaba el estado y venta de los alimentos, la disposición de excretas e imponía hacer uso de los pipotes de basura y la construcción de letrinas. Estos señores, con sueldos que no mataban el hambre, realizaban una labor muy dura y de gran responsabilidad.

La población se había educado de tal manera que cualquiera que veía un animal muerto en la calle, llamaba inmediatamente al centro de salud, el cual lo hacía recoger solicitando la ayuda del aseo urbano y la policía.

Todos los años a los estudiantes se les requería el certificado de salud, para cuya obtención debían hacerse exámenes de laboratorio y radioscopia pulmonar. Esta última era muy importante, ya que permitía la detección de lesiones incipientes de primoinfección tuberculosa, ayudándose el diagnóstico con el PPD⁶. Estos métodos eran indispensables para la época.

Estas actividades aumentaban el trabajo del bioanalista, que como humano también estaba expuesto a los errores. Un estudiante que no pudo recoger las heces le pidió “prestado” un poquito a un compañero. Los resultados no mostraron ni parásitos ni huevos para el dueño de las heces, y para el de las heces prestadas, un asombroso paquete macro y micro de cuanto parásito y huevos han habido.

Los muchachos hicieron de esto una fiesta, tanto que casi hacen renunciar al bioanalista. Esto sucedió en la época en que yo era el director,

⁶El PPD es una prueba que permite determinar si la persona tiene inmunidad contra el bacilo de Koch (bacilo de la tuberculosis), producto de una vacuna o una infección anterior.

prestado por un año. Tuve que rogarle al analista para que no abandonara el cargo.

Mi matrimonio

Yo me casé en La Asunción, a los seis años de graduado. El doctor Ramón Espinoza Reyes, primo hermano de Toño Espinoza, iba casi todas las noches a la casa de los Obando, a conversar con Aquilino sobre gallos y cualquier otra cosa. Él me hizo las diligencias respectivas ante el Concejo Municipal, para el matrimonio civil. Fueron testigos del acto Nuncia Villarroel, y José Nicolás Marcano, entre otros. Fue una ceremonia al atardecer, poca gente y mucho entusiasmo, en la casa de los Obando. Nos casó el Presidente del Concejo, Pedro Ramón Marcano, uno de esos funcionarios meritorios ya mencionados.

Me dijo Carmencita:

—Ya se acabó mi tortura, mucha gente me reclamaba por qué mi matrimonio se demoraba tanto. Me decían “mira Carmencita, la novia del estudiante no siempre es la esposa del doctor”.

El otro día, bastante trasnochado, tomé en la mañana un avión para Güiría, con el compromiso de regresar a los doce días, un domingo, para el acto eclesiástico.

Mientras yo estudiaba, Carmencita acostumbraba enviarme cestas de dulces y perfumes a Caracas (me enviaba la colonia que mí me gustaba, la clásica *Jean Marie Farina*). Después me las enviaba a Güiría. Yo le había pedido, que al enviarme esos regalos, pusiera como remitente, “Carmencita Obando”, y esperara hasta después de casados por la Iglesia para escribir “Carmencita Obando de Figueroa”.

Carmencita no esperó y a los dos días, me envió una de esas cestas a Güiría, poniendo como remitente “Carmencita Obando de Figueroa”. Era empleada de la Aerospotal en Güiría, la señorita Gladys Bosch, quién tomó el teléfono y empezó a llamar a las amigas, diciendo “se casó Figueroa”.

El matrimonio por la Iglesia iba a efectuarse un día domingo en La Asunción. En Güiría, asistí a una fiesta el viernes previo, en la noche. El sábado me embarqué bien temprano en un avión para Margarita (la ruta era Güiría-Carúpano-Portlamar). Cuando llegué a Margarita me empené (locuras

de juventud) en que debía casarme el mismo sábado. Carmencita se resistía a casarse ese día porque invitados, comida, flores, etcétera estaban preparados para el día siguiente. Su mamá, la señora Carmen, se alarmó, llamó a Nuncia Villarroel, y le contó lo que estaba sucediendo. Nuncia convenció a Carmencita y nos casamos.

Pero esta fue otra epopeya. El padre Agustín, que no estaba avisado, fue contactado de urgencia y marchamos hacia la Iglesia. El padre Agustín, muy amigo mío, me reclamó:

—Rafael, ¿qué pasa?¿por qué la prisa?¿qué te cuesta esperar unas horas? ¡Nisiquiera tenemos testigos!

—Por ahí viene José Nicolás —respondí.

Aproximadamente a las once de la mañana nos estábamos casando en la Iglesia de La Asunción.

El domingo en la mañana, arrancamos hacia Porlamar y tomamos un avión hacia Güiría, con la intención de trasbordar allí para otro avión que con escala en Maturín, nos llevaría a la isla de Trinidad, dónde habíamos planeado pasar la luna de miel. Pero llegamos con retraso a Güiría, y el avión para Maturín donde tomaríamos el que nos llevaría a Trinidad ya había salido, lo que nos obligó a pernoctar en Güiría.

A Carmencita, su madrina Luisa Prieto le había comprado mucha ropa en Nueva York, y aunque le advertí que dejara esa ropa en Güiría, no me hizo caso. El problema que yo estaba previendo es que en la aduana de Maturín no nos iban a revisar al salir hacia Trinidad, pero sí al regresar. Seguramente los de la aduana iban a pretender incautar la ropa nueva que encontrarán en el equipaje, ya que en aquella época, Trinidad era destino turístico y de compras, como pueden serlo hoy Miami o Panamá. Al regreso de la luna de miel, seis días después, se presentó en la aduana de Maturín la situación que yo había anticipado. Un gordo en mangas de camisa, empleado aduanero, nos pidió que abriéramos las maletas, así lo hicimos, y empezó el caballero a sacar ropa. Ya cuando el gordo había hecho al lado de la maleta una montaña de ropa, con la casi obvia intención de retenerla y quedársela, le reclamé a Carmencita:

—¿No te lo dije? ¿No te dije que al regreso nos iban a revisar e íbamos a tener problemas aquí en Maturín?

—Mejor para usted que lo estamos revisando aquí en Maturín — intervino el gordo, y agregó: si no lo revisamos aquí, lo revisan en Güiría, y ahí la guardia nacional le puede quitar todo.

Caliente, al oír el comentario reaccioné con una arrogancia no acostumbrada en mí.

—En Güiría los guardias nacionales no me quitan nada a mí. En Güiría los guardias nacionales más bien me cargan el equipaje —respondí.

—¿Y quién es usted? ¿Dónde trabaja usted?

—Yo soy médico. Yo trabajo en el Centro de Salud de Güiría.

—Caray, compay, yo soy de Soro, y el otro día estuve en Güiría. Tuve que ir al Centro de Salud y me atendieron muy bien. Guarden su ropa, váyanse con Dios.

Pero la cosa no terminó ahí. Testigo de toda la escena era un guardia nacional, alto y fornido, que acompañaba al funcionario, y hasta ese momento había permanecido mudo como una estatua. El agente aduanal se dirigió a Carmencita y le dijo

—Señora ¿no tendrá ahí unos chocolates para el guardia?

Carmencita, nerviosa y diligente, sacó de un bolso una caja de bombones que se había comprado en Trinidad para llevárselos a alguien como regalo. Oportunidad que aprovechó el militar para decir su única palabra.

—Gracias.

Seguimos a Güiría, donde efectivamente, los guardias no nos molestaron.

Mis amigos de Güiría

A los pocos días de mi llegada a Güiría recibí en el Hotel Oriente la visita del doctor Marcos González, oriundo de El Pilar. Había estudiado medicina en Mérida, y casado con Luisa, una merideña muy culta, merideña al fin. Como a la esposa suya y a la mía les gustaba la cocina, a veces cenábamos en la casa nuestra o en la de ellos, sellando así una

amistad muy duradera. De hecho me nombró padrino de su primer hijo. El doctor no tenía relación con el centro de salud, ya que allí había tenido una querrela anteriormente. Los casos médicos y quirúrgicos que ameritaban verse en el centro de salud, solo me los dirigía a mí. Marcos González era dueño, casi único, de la consulta privada, especialmente en los barrios, donde era muy popular y querido. En dichos barrios desplegaba mucha actividad y conocía hasta los últimos rincones. Siempre sonriente y de buen humor, se manejaba con su gente como dueño y señor.

Una tarde llegó a visitarme al hotel, y me invitó a que lo acompañara a ver a una paciente. Se trataba de una amigdalitis aguda, y él le indicó un combiótico diario durante cuatro días, y que no dejara, por ningún motivo, antes de inyectarse la medicina, de tomarse su acostumbrada cerveza negra con yema de huevo.

Al salir de la casa le dije:

—¡Doctor González!, yo entiendo lo de los combióticos, pero ¿qué hace la cerveza negra con yema de huevo?

—¡Nada, compadre! Pero como ella no cree sino en su cerveza negra con yema de huevo, al tomársela —porque no se le va a olvidar— se acordará de inyectarse el combiótico.

Miguel Petrosini fue un ciudadano italiano residenciado en Güiria. Su primer trabajo en la región fue como agente viajero, viajando constantemente a caballo entre Güiria y Río Caribe, que era un viaje de dos o tres días por caminos aún selváticos. En Río Caribe conoció a la señorita María Jacinta Arroyo, pianista de la iglesia, con quien se casó. Hice una buena amistad con la familia Petrosini. Miguel, generoso y desprendido, muy bien relacionado comercialmente, representaba los intereses de la compañía petrolera Creole, y entre otras responsabilidades, estaba encargado de un barco permanentemente anclado en el Golfo de Paria para recibir o entregar petróleo a otros buques.

Los amigos le gastaban bromas a sus espaldas, y decían de él que se había hecho un idioma por su cuenta, que había olvidado el italiano y no había aprendido el español. Cuando le dije de las bromas que le hacían me respondió:

—¿Y ellos qué carajo hacen? No sirven sino para hablar pendejadas.

De día en día me decía que me iba a hacer un regalo. El regalo fue que me

consiguió el contrato para la atención médica de los obreros de la compañía *LofflandBrother's*, empresa que junto con Terminales Maracaibo exploraba en busca de gas en la costa de Paria.

En una ocasión, María Jacinta y yo viajábamos a Maiquetía, con escala en Maturín, en un avión Douglas DC-3, piloteado por el capitán Humberto Medina, muy amigo de la familia Petrosini. Cuando llevábamos veinte minutos de vuelo, el avión se vio envuelto en una tempestad, y María Jacinta se puso muy nerviosa. Empezó a rezar un rosario, e incluso me dio uno a mí para que también rezara. El capitán Medina llegó hasta el puesto de nosotros, y tratando de tranquilizar a María Jacinta, le dijo:

—No te preocupes María, es que el avión está atravesando una corriente de aire, pero esto va a cesar ya.

Nos bajamos en el aeropuerto de Maturín, y camino hacia el edificio, yo le pregunté:

—Capitán Medina, a mí me han dicho que en estos casos ustedes enfilan el avión hacia arriba, para pasar por encima del mal tiempo.

—¡Ay, cuánto no hice yo para que el avión subiera! Pero la máquina no me respondía.

El doctor Luis Giuliani Torres y su esposa Cleotilde, eran los dueños de la Farmacia Güiría. Con ellos forjamos una amistad que nos dio muchas satisfacciones y trascendió con mucho nuestra estancia en Güiría. Luis Giuliani nació en Irapa, donde estudió primaria, bachillerato en Carúpano, y farmacia en la Universidad Central. Cuando las muchachas del liceo de Carúpano supieron que para allá iba el hijo de unos hacendados, se prepararon para ver quién le pegaba la mano, de modo que la llegada del rubio de ojos azules fue un escándalo. Cleotilde pensó “estas pendejas no me quitan a mí este rubio”. Esto nos lo contó la misma Cleotilde. Pero cuando peleaba con Luis decía “la pendeja fui yo, pues si hubiera sabido cómo iba a resultar, se lo hubiera dejado a las otras”.

Tomasito Rodríguez era margariteño, amigo nuestro, y un marino que navegó por las islas del Caribe y las costas del Golfo de México y más allá, conociendo decenas de pueblos y miles de personas, cargado de mucha experiencia, hombre de esos que llamaban en Margarita un “lobo de mar”.



El doctor Luis Giuliani Torres y su esposa Cleotilde.

Ya cansado de viajar, se retiró a Güiría, donde nos conocimos, y organizó un abasto al frente de donde vivíamos. Eran los tiempos en que la revolución cubana se anidaba en Sierra Maestra, y tenía en efervescencia a medio continente. En una oportunidad me le acerqué y le manifesté que iba a iniciar una campaña para recoger “el bolívar para Sierra Maestra”.

—Mi doctor, y ¿usted está loco? —me replicó Tomasito, y agregó:

—A usted le falta mucha experiencia. Esos que vuelan puentes y queman escuelas son comunistas. Y cuídese, porque a los primeros que se meten en vainas, como usted, son los primeros que ellos eliminan, para después estar tranquilos en el poder.

Se me enfrió el guarapo, y calmé mis intenciones. El tiempo le dio la razón. Y en mí se sembró más el dicho que el que no oye consejos no llega a viejo. Andrés Manuel Pérez y Eneas Fermín fueron compañeros inseparables en la vida social. Mientras uno escogía la gallina o el pescado, el otro se encargaba de las vituallas. Siempre de buen humor, de una cortesía y caballerosidad innata, amigos leales y consecuentes. Eneas fue el padrino de mi hijo Rafael Antonio.

Pedro Caballero y el frío del balín

Pedro Caballero, más conocido por Pito Caballero, fue un personaje muy peculiar: activo, diligente, amable, muy servicial con sus amigos, político activo de Acción Democrática, lo llevaron preso a Guasina, de donde regresó muy pálido, flaco y envejecido. Muy alejado del Pito que era antes, se me presentó en el consultorio con una orden de la oficina de la

Loffland donde ingresaría como obrero. Antes de examinarlo, me adelantó que él tenía una hernia, pero que por eso no iba a dar problemas.

Le dije que no lo podía ingresar con esa hernia, porque sería burlar la confianza que me tenía la empresa y mi ética de trabajo.

—Mejor te hospitalizo en el Centro de Salud, te opero y más tarde te ingresaré nuevito al trabajo.

Pito me dijo:

—Yo tengo necesidad de ese trabajo, yo necesito comer. El hambre no espera. Por esa hernia yo no te voy a hacer quedar mal con la empresa.



En Güiria, disfrutando con los amigos. En el extremo derecho Andrés Manuel Pérez.



En Güiría, Carmencita compartiendo con Felicia de Giuliani (al centro) y Rosa Pagés, secretaria del Centro de Salud (a la derecha).

Tuve que ingresar a Pito al trabajo.

Un año después se me presentó Pedro Caballero con una orden de la compañía para examen de despido. Y me dijo examíneme lo que quiera que yo estoy sanito.

—Pero te operarían, le dije yo.

Me respondió:

—No, no me he operado, pero usted tiene que sacarme sanito, eso fue nuestro convenio. Después yo veré que hago con mi hernia, pero bajo mi responsabilidad.

Pedro Caballero se portó rindiéndole honor a su apellido; y como “honor con honor se paga”, le indique sus debidos exámenes preoperatorios y lo operé a los 8 días.

Meses después fue a la casa a decirme que me obsequiaba un chivo en una hacienda de coco que tenía su hermana Ana María, y que me llevara

a mis amigos, que no debían faltar Eneas y Andrés Manuel, para completar el truco.

Llegó el día de la fiesta del chivo y Pito Caballero me dijo que me presentaría al viejo que cuidaba la hacienda, quien era el dueño de los chivos, para que lo atendiera, de lo contrario, estaba expuesto a no comerlo otro día, por lo menos aquí donde Ana María.

Y yo, ni tonto ni perezoso, atendí a mi viejo amablemente:

—Mi viejo, ¿qué es lo que te pasa?

—Bueno *dotol*, que hacen como diez o doce años estaban unos muchachos por aquí cazando, y por *accidente*, un balín se me metió en este pie (se trataba del pie derecho en su región dorsal) y eso me ha preocupado siempre.

Yo le dije:

—Pero esto ¿te duele? ¿Te molesta?

—Nada de eso.

—Pero si no te molesta, ni sientes nada, mejor es que te quedes tranquilo, pues esa es una zona difícil de operar.

—Mire *dotol*, es que el frío del balín se va por la sangre, llega al piripicho, lo enferma, y le quita las ganas de levantarse.

Y le pregunté:

—¿Qué es el piripicho?

—Perdóneme pero el piripicho es el pipe.

Yo, para ver hasta dónde llegaba el viejo le dije:

—¿Y qué es el pipe?

Una enfermera que estaba también en el sarao, y vió al viejo todo enredado, dijo:

—Es el pene, doctor.

El asma y la sangre de morrocoy

Una vez, el trabajador Luis Marcano, obrero de la misma empresa petrolera, fue a consultarme por un dolor en un hombro, y como tenía muchas ganas de conversar, me dijo:

—Ustedes los médicos no curan el asma.

Le respondí que había medicamentos muy buenos, pero todavía no había ninguno que arrancara el asma de raíz. A lo cual me respondió:

—Yo tengo ese remedio: la sangre de morrocoy. ¿Usted no cree que la sangre de morrocoy pueda curar el asma?

—¿Por qué no? Puede tener esa sangre un principio activo que todavía los laboratorios no hayan investigado.

—Eso sí, —me dijo Luis Marcano—, pero que el morrocoy sea matado viernes santo.

Le contesté:

—Eso no es conmigo, pues yo no creo en rezos. Ahora, si tú tuvieras un ataque de asma ¿tomarías un vaso de esa sangre?

—¡Yo! ¡jodiere!

La caída de la dictadura y Lino Marín

Imposible pasar por alto la figura de Lino Marín. Cumanés, ya entrado en años, que fue prefecto de Güiría durante la dictadura de Pérez Jiménez. Un personaje singular, de esos que a uno le provocan risa con solo recordarlo. Nunca metió a nadie preso. Buscaba hacerse amigo de quien creía le podía ser útil, pero siempre con palabras dulzonas y gestos suaves. Malicioso y burlón para creer en algo, y siempre aparentando tranquilidad. Jugador empedernido, amante de los gallos y las cartas. Toda la población creía en él, pero él no creía en nadie. Todos se sentían seguros a su lado, pues nunca fue un delator de la Seguridad Nacional. Nunca hizo daño a nadie, y por eso tuvo el aprecio de todos.

Entre el centro de salud y la prefectura había unas magníficas relaciones, y Marín acostumbraba visitarnos a menudo. En este centro se

acostumbraba que los residentes hicieran las guardias de cuerpo presente, y los colegas, que quedábamos libres, acostumbrábamos ir los sábados o domingos en la mañana a la habitación del médico residente para conversar con él, y hasta echar un truquito. Un domingo se presentó Marín y dijo:

—¡Todos están detenidos! —dijo Marín recio y autoritario.

El Doctor Duluc, médico puertorriqueño, que no sabía quién era Lino Marín, se asustó y dijo:

—Señor Marín, nosotros lo que tenemos aquí es una diversión sana.

—¡Déjense de pendejadas y denme también unas cartas! —contestó Marín muerto de la risa.

Un día fuimos a hacer un sancocho a un sitio muy pintoresco, a la orilla de un agradable riachuelo, con pozas de cristalinas aguas y grandes piedras, y nuestro invitado fue Lino Marín. Montamos tienda sobre la poza más grande. Él fue el primero en meterse al agua. Y boca arriba, nadaba lentamente con la mayor tranquilidad. Yo, que lo vigilaba de cerca, le dije:

—Cuando va a pensar Pérez Jiménez que el agente más verraco que él tiene está aquí muy tranquilo en esta poza.

—Doctor, ¡no me eche esa vaina! Yo no soy lo que usted dice —ripostó Marín.

La prefectura nos enviaba los conscriptos de Güiría y sus alrededores para que el doctor Lobo y yo, les hiciéramos un examen físico y una radioscopia de tórax. Los reclutas que pasaban este primer filtro eran enviados a Carúpano, donde volvían a ser examinados. Un señor de Yoco me solicitó que lo ayudara soltándole a su ahijado, que no se lo enviara a Carúpano porque era el único sostén de su familia (en esos aprietos hasta los malandros son “sostén” de su familia). Y, no sé si para bien o para mal del joven, resultó en el estudio radioscópico con una primoinfección tuberculosa, o sea, que ya lo había visitado el bacilo de la enfermedad, que radiológicamente se muestra como dos tenues nubecitas o pedacitos de algodón por debajo de las clavículas. Así pues, la radioscopia me entregaba la prueba con la cual yo podía ayudar al amigo. Le envié un informe al prefecto Marín, indicándole que el joven no debía ir a Carúpano, que debía exceptuarlo del servicio debido a la infección, y le anexaba el resultado de la radioscopia como prueba.

Al día siguiente, el familiar del joven me informó que el prefecto no había soltado al muchacho, y que este todavía temía ser enviado a Carúpano.

Tomé el teléfono y llamé a Marín.

—Marín, me informan que usted todavía no ha soltado al muchacho de la tuberculosis.

—¿Y ese muchacho en verdad está enfermo?

—Marín, si ese muchacho, con lo que tiene, se somete a los esfuerzos del servicio militar, se puede complicar, y el que va tener que responder es usted.

—Mi doctor, ¿y cómo queda el prefecto ahí?

—Marín ¿de qué me hablas? —le digo.

—Bueno, no sé, esa gente ¿no tiene chivos, no crían pavos?

—Oye Marín, respecto a eso entiéndete tú mismo con el padrino del muchacho, pero suéltalo.

Cayó la dictadura de Pérez Jiménez y metieron preso a Marín en el cuartel junto con el jefe de la Seguridad Nacional, que supuestamente era amigo de él. Recibo una llamada de Marín desde el cuartel, donde me pedía que lo sacara de ahí, que qué dirían en Cumaná, que él estuviera encerrado con ese tipo de gente. Yo le dije:

—Bueno Marín ¿y hasta ayer esos que están presos contigo, no eran tus amigos?

—¡Qué amigos ni amigos! Esos son unos grandes carajos —me responde Marín.

—Eso no está en mis manos, Marín.

—Sí está en sus manos. Usted tiene que ayudarme. ¡Invente algo! —me responde.

Más tarde se me ocurrió que la manera de ayudar a Marín era tratar el asunto como una situación médica. De inmediato me fui para el

comando y entré a la celda donde lo tenían. Encontré a Marín pálido, bañado en sudor, y casi sin habla por el temblor de manos y labios.

—Mira Marín, sal corriendo al baño y te sientas en la poceta, y después de un rato descarga el agua, luego vuelves aquí. Te espero.

Así lo hizo y al rato le indiqué que repitiera la operación.

Hecho todo lo anterior llamé al teniente, manifestándole que el señor Lino Marín presentaba gastroenteritis, y que ameritaba hospitalización urgente por deshidratación. El teniente aceptó, diciéndome que estaba bien, pero que yo le respondía por la seguridad del preso. Le respondí que no, que mi responsabilidad como médico era tratar al paciente, y cuidar el preso la de él.

Lino Marín fue trasladado al centro de salud en un vehículo del cuartel, y fue hospitalizado, quedándose siempre a vigilarlo, en la puerta de la habitación, un efectivo militar.

Lino, temblando en la habitación, solicitó que yo lo fuera a ver. Me pidió que le llevara un botellón de cerveza. Yo, sorprendido, le dije que eso no se podía. Pero Lino insistió y salí, compré la cerveza, la envolví en un periódico y se la entregué. En verdad, el hombre estaba temblando.

A los dos días se efectuaron unos disparos en la plaza Bolívar de Güiría, y llamaron al militar que custodiaba a Marín.

Muy temprano en la mañana, cuando la enfermera fue a controlarle los signos vitales, la cama de Marín estaba vacía. Las averiguaciones arrojaron que Lino había logrado burlar a los empleados del centro de salud, incluyendo enfermeras, brincando la cerca, y supuestamente, con la ayuda de un chofer amigo, se creía que había huido a Cumaná. La gente le aplaudió la hazaña, y yo no lo volví a ver.

Pasados unos años, ya Marín había muerto, llegó Luis Giuliani a Cumaná, donde yo me encontraba residenciado, y me invitó a conocer a Emeterio Marín, hermano de Lino Marín, quien siempre le preguntaba a Giuliani por mí. Eso fue en el bar “El Dólar” (en cuyo patio trasero había una gallera), en la zona de Cumaná conocida como Puerto Sucre.

Al señor Emeterio, embargado por la emoción, le temblaban las manos y no podía tomar del armario el litro de vino que me quería obsequiar. Y me dijo:

—Yo quería conocerlo, mi hermano me contó todo lo que usted hizo por él.

Rómulo Betancourt y el río Yaguaraparo

Rómulo Betancourt llegó a Güiria en campaña electoral, para optar a la presidencia de la República. Yo era concejal para entonces, y de la organización del mítin se encargó el compañero Marcos Romero La Luz, quien me invitó a sentarme en la tribuna al lado de Rómulo Betancourt, y me lo presentó diciéndole:

—Don Rómulo, le presento al doctor Figueroa, familiar del Maestro Prieto. Betancourt me dio la mano y lo único que dijo fue:

—Anjá, mucho gusto.

Al poco rato, cuando le iba a tocar el turno para cerrar el acto, volteó la cara y me dijo:

—¿Qué haces por aquí?

—Don Rómulo, soy médico del Centro de Salud y concejal —le respondí.

—¿Tú eres al mismo tiempo médico y concejal? Tú debes saber cuál es el problema que este pueblo quiere que le resuelvan.

—Lo que la gente pide por aquí es el asfaltado de la carretera de Güiria a Carúpano, y el arreglo de todos los pasos de quebradas y ríos, especialmente el del río Yaguaraparo, que presenta muchos inconvenientes. Incluso, muchas veces los de Yaguaraparo hacen huecos en el río, para así conseguirse unos bolívares “ayudando” a sacar los carros —le respondí.

De ahí en adelante no habló más hasta el momento de tomar la palabra para clausurar el mítin. En el clímax de su discurso, dirigiéndose al público, dijo:

—Si ustedes me hacen presidente... vendré a Güiria desde Santa Bárbara del Zulia por carretera asfaltada, pero para eso tienen que darme el voto.

Terminado el mítin, Betancourt salió de Güiría, pero el doctor Pedro Pérez Velásquez y el doctor Enrique Tejera París siguieron en campaña electoral hasta Yaguaraparo, cubriendo Irapa y demás puntos intermedios. Salía del cine, y me acerqué a la taguara de al lado. Cuál no sería mi sorpresa al encontrarlos allí, comiendo huevos sancochados y tomando café.

Desde hacía mucho tiempo yo conocía al doctor Pérez Velásquez, pero al doctor Tejera París no lo había visto nunca personalmente. Pérez Velásquez me preguntó que si no había un hotel donde pasar la noche. Yo les propuse que durmieran en mi casa. Inmediatamente, el Doctor Tejera me dijo:

—A su casa no, eso es perturbar a la doña.

—Tengo un mes solo en la casa. Mi señora está en Margarita, donde fue a dar a luz —respondí.

Fuimos a la casa y ellos mismos sacaron sábanas y almohadas del closet y prepararon sus camas.

Tejera París es un personaje de una vastísima cultura y fino humor. Posteriormente fue gobernador del estado Sucre. Para esa época yo era presidente del Concejo Municipal de Güiría. Me dirigió un telegrama donde me solicitaba que le preparara un cabildo abierto para dirigirse a la población. En plena sesión, cuando el doctor Tejera decía que había inaugurado una escuela, un dispensario, o un campo de beisbol, en Macuro, Marigüitar o Saucedo, un señor en la puerta de la sala movía la cabeza de izquierda a derecha, en gesto negativo. Enrique Tejera me dijo al oído:

—Hágame el favor de decirle al señor con camisa azul que está en la puerta, que terminado esto, yo quiero hablarle.

Cuando le hablo al individuo, me contesta asombrado:

—¿El gobernador me quiere hablar a mí?

—Sí, a usted.

Al terminar el acto, hice pasar a la persona a un sitio apartado donde ya lo esperaba el gobernador.

—¿Por qué cada vez que yo decía haber inaugurado una obra en Macuro, Saucedo, Cariaco, Chacopata, usted movía la cabeza señalando que no?

—Señor gobernador, usted me perdona, pero es que yo soy agente viajero, viajo mucho por todos esos pueblos, y todas esas nuevas obras no las he visto sino en los periódicos.

Tejera se quedó pensando un par de segundos, y le respondió:

—Si es que eso lo ha confundido un poco, un consejo: viaje menos y lea más los periódicos.

Betancourt ganó las elecciones y unos pocos meses después en la presidencia, y habiéndose asfaltado la carretera, anunció su visita a Güira. Sin embargo, la gente de allá lo ponía en duda, y continuamente se gastaban bromas al respecto, porque el cruce del río Yaguaraparo permanecía igual. Un mes antes de la fecha del viaje, Betancourt mandó a instalar un puente de guerra sobre el cruce del Yaguaraparo, llegando a Güiria por carretera asfaltada, tal como lo había prometido.

Yo también entré a Güiria por carretera de tierra y salí por esa misma carretera asfaltada, y por mi encuentro casual con el presidente Betancourt, me he puesto a creer, puede que con algo de petulancia, que yo también puse mi granito de arena para el asfaltado de la vía.

CAPÍTULO VIII
BUENOS AIRES
(Mi Buenos Aires querido)

Cuando le referí, en Güiria, al doctor Ladislao Vas, mi deseo de hacer un postgrado en ginecología, me manifestó que el sitio ideal era Buenos Aires. Que ahí se estudiaba eso bien y que además, el cambio en la moneda me favorecería mucho, y con dos mil bolívares mensuales, aunque sin lujos, viviría bien, con mi mujer y mis dos hijos. Comencé las diligencias necesarias. Lo primero que hice, en la primera quincena de febrero de 1962, fue dirigirme a la embajada de Venezuela en Buenos Aires, donde era embajador el doctor Julio de Armas, solicitando sus buenos oficios para que la embajada tramitara mi inscripción en el postgrado. A los pocos días me contestó con una carta de su puño y letra, que aún conservo, diciéndome que me había dirigido a ellos muy tarde y ya no había cupos vacantes. Carmencita me recordó que mi amigo Eleazar Figallo, estaba en Buenos Aires estudiando cirugía plástica. Le escribí a Figallo de inmediato. A los ocho días me contesta por vía telegráfica:

“Me están asegurando un cupo en el hospital Ramos Mejía, al tener la confirmación te avisare”.

A los quince días recibí otro, donde me decía:

“Cupo asegurado; debes estar aquí antes del dos de abril y con todos tus antecedentes quirúrgicos. Ese material debes llevarlo al Consulado Argentino en Caracas, para que te lo traigas sellado y completamente firmado por esa oficina”.

En esos días no andaba corriendo sino volando. Sin dar ningún espacio a la tregua.

Solicité una beca en el Ministerio de Sanidad, o en su defecto que me dejaran viajar con disfrute de sueldo. Ninguna de las dos cosas me fue dada. No recibí la beca porque no había recursos disponibles para ello. Y mi sueldo debía ser para el que me sustituyera. Así que tuve que viajar usando mis propios ahorros.

De una cuenta que abrí en Caracas, en el Banco Agrícola y Pecuario, el doctor Luis Giuliani, me retiraría dos mil bolívares que me enviaría mensualmente, y dejé un dinero en La Asunción al doctor José Nicolás Marcano, mi compadre, para que le entregara cuatrocientos bolívares

mensuales a mi mamá, que era lo que yo le enviaba desde Güiria. Le propuse a Carmencita que se quedara en Venezuela diligenciando la beca, y logrado esto se reuniera conmigo en Buenos Aires. Y “como los hombres somos los que mandamos”, me dijo que no, porque ella no iba a viajar sola con dos muchachos, perdiéndose así la última oportunidad a mi alcance de una ayuda adicional.

El Aeropuerto de Ezeiza

El 30 de marzo de 1962 viajábamos rumbo a Buenos Aires. Cuando volábamos sobre la meseta del Mato-Grosso, en territorio de Brasil, al atravesar unos nubarrones acompañados de relámpagos y truenos el avión dio unas cuantas sacudidas y Carmencita que estaba en el baño, corrió a buscar auxilio en mí, que estaba más “chorreado que palo de gallinero”. Cuando aterrizamos en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza, entre las seis y siete de la noche, caía una llovizna pertinaz y, aún sin bajarnos del avión sentíamos mucho frío, quizás más por el miedo de encontrarnos solos que por el propio clima. Al abrirse la puerta del avión vi parado al frente a mi amigo Eleazar Figallo, con paraguas y bufanda al cuello. El calor me volvió al cuerpo.

Para la época, el aeropuerto y sus instalaciones eran lo suficientementegrandes para impresionar o preocupar al visitante nuevo. El aeropuerto quedaba lejos de la ciudad, por lo que llegamos tarde al Hotel Astoria, un hotel cinco estrellas donde me alojaría hasta conseguir algo soportable para mis condiciones económicas. Al amanecer me acerqué a la entrada del hotel, y quedé asombrado al contemplar una ciudad inmensa y bella.

Pasé las primeras cinco noches en el Astoria; noches en las que no dormíapensando que el hotel se estaba tragando mis reservas. Ya el primero de abril de 1962 estaba en la oficina del doctor Alberto Betinotti, quien se encontraba encargado de laII Cátedra de Ginecología de la Universidad de Buenos Aires, en el Hospital Ramos Mejía, por muerte del titular de la cátedra, el doctor Normando Arenas. Betinotti le pasó una ojeada a mi documentación, me aseguró que estaba inscrito y que quedaba a las órdenes del doctor Antonio Foix (Jefe de Sala).

Durante los cinco días que estuve en el Astoria, Figallo le restaba horas a sus labores para buscarme un sitio más adecuado a mis necesidades y posibilidades. Me ubicó una habitación en el hotel Talcahuano, en la calle Talcahuano, en el centro de la ciudad. Era una habitación con una cocina

eléctrica, y una neverita donde cabía el pollo, la carne, la leche y los jugos. Ahí estuve dos meses hasta conseguir un apartamento en la planta baja de un pequeño edificio de la calle Carlos Calvo.

Carlos Calvo era una calle con poco tráfico y de aspecto colonial, empedrada con pequeñas piedras negras, blancas y grises, artísticamente acomodadas. Me recordaba una calle de La Asunción, entre la plaza Francisco Esteban Gómez y la Catedral. En Carlos Calvo, las aceras arregladas, con los viejos y frondosos árboles bien cuidados, la hacían una bella vía de jardín. Alguna vez me pregunté cuántos pintores la habrían hecho el tema de sus cuadros. No obstante, un amigo margariteño, que había asistido a una convención de alcaldes sudamericanos, me visitó una noche y no la vio así. Por el sombreado de sus árboles y lo débil del alumbrado eléctrico, Carlos Calvo, como otras calles de Buenos Aires, lucía por las noches muy oscuras. El amigo, como saludo de entrada, me espetó:

—Pero Rafael, ¿tú vives en Pagüita!

Pagüita era para esa época una zona de Caracas considerada como el modelo del barrio descuidado y maltratado desde el punto de vista urbanístico.

El apartamento era amplio, acogedor, con habitaciones bien distribuidas. Por vivir en la planta baja nos correspondía el patio. Daba gusto al amanecer salir al patio a recoger melocotones.

El Hospital Ramos Mejía

El Hospital Ramos Mejía me quedaba muy cerca. Caminar desde Carlos Calvo hasta el hospital demoraba alrededor de quince minutos. Eso me traía algunas ventajas, entre ellas las económicas, y la de llegar siempre a tiempo a mis labores. El Ramos Mejía tenía aspecto colonial y en el frente un extenso y bello jardín, muy florido. Una verdadera atracción. Hospital de apariencia conventual, sus salas eran poco amplias, muy largas, sin alegría. Yo y el doctor Jorge González, argentino, con quien hice muy buena amistad, éramos los únicos residentes responsables del cuidado de los pacientes de la sala de ginecología, libres solo un rato, para el almuerzo.



Buenos Aires. Mi hijo bajando del bus escolar.

Cuando llevaba dos meses en la sala no me habían dado sino unas tres oportunidades quirúrgicas, y eso como segundo ayudante. No me quedó otro recurso que decirle al Dr. Foix, con todo el respeto y la delicadeza que me fue posible:

—Doctor Foix, yo pensaba que aquí en Buenos Aires iba a estudiar una ginecología más quirúrgica.

—No se preocupe Figueroa, estoy esperando que se presenten unas hernias para dárselas, y así vaya “haciendo mano” (adquiriendo destreza operatoria).

Debido a la experiencia adquirida en Güiria, de la mano de cirujanos de la talla de Zografov y Domingo Delgado, tuve la osadía suficiente para responderle:

—Con el debido respeto doctor Foix, hernias, apendicetomías y cesáreas se las dejaba yo en Venezuela a mis ayudantes.

Noté que aquel hombre al oírme se estremeció por un brevísimo instante. No lo dejé responder:

—Doctor Foix, lo que le estoy diciendo consta en mi record, que al llegar aquí le entregué al doctor Betinotti.

Foix no dijo nada, pero debió haber consultado mi expediente, pues un día se presentó un caso de embarazo ectópico, y dirigiéndose a otro alumno, el doctor Dovidio, le dijo:

—Dovidio, opere usted este caso.

—Disculpe doctor Foix, pero tengo cólicos —rehuyó Dovidio sin pensarlo dos veces.

—Opere usted doctor Anderson —le dijo Foix a otro estudiante de ginecología.

—Caramba doctor Foix, le iba a pedir permiso para retirarme porque tengo una diligencia muy importante —también se excusó rápidamente Anderson.

Y esto sucedía entre la diez y las once de la mañana. El maestro se quedó pensativo, y luego:

—¿Quiere operar doctor Figueroa?

—Sí —dije sin dudarlo.

—Bien, déjeme asignarle un ayudante.

—Con su permiso doctor Foix, quisiera escoger mi ayudante.

Foix se quedó mirándome de hito en hito durante un par de segundos.

—¿Y quién sería su ayudante, doctor Figueroa?

—El doctor Jorge González.

Nuevamente el Jefe de Sala se quedó pensativo, y al final dijo:

—¡Opere pues!

Dovidio y Anderson, repentinamente olvidados de cólicos y diligencias, se quedaron a verme operar. Dios me ayudó, y me revistió de una serenidad y sangre fría que nunca había tenido antes. En medio de un

silencio tenso, me concentré en actuar con seguridad y rapidez. Abrí el abdomen plano por plano, hice hemostasia hasta visualizar la trompa sangrante; la pincé, completé la hemostasia y luego procedí a extirpar la trompa. Aunque había solicitado a González como ayudante, no quise correr ningún riesgo y en realidad me encargué yo de todo. Fue la única operación en toda mi vida donde casi no escuché ni una palabra.

Por la tarde, cuando me encontré con mi amigo González, me dijo:

—¡Cheee!, te fuiste de piel a piel sin dejarme nada.

A partir de ahí, Foix comenzó a ser más generoso conmigo desde el punto de vista quirúrgico. Me empezó a dar operaciones en la que me ayudaban los especialistas, y mi amigo Jorge González también se benefició, pues actuaba como segundo ayudante.

Jorge me decía:

—Es que los cirujanos argentinos son tacaños con los estudiantes de aquí, pero son generosos con los extranjeros, porque después de graduados regresan a su país, y no les van a competir, afectándoles sus honorarios.

Fuera cierto o falso el comentario de González, el hecho es que los colegas del Hospital Ramos Mejías fueron muy amables conmigo. Me invitaban a todos los cursos, cursillos, conferencias y charlas que tuvieran alguna relación con mi especialidad: oncología, citología, hemorragia, genitales, reproducción humana, patología mamaria y pare usted de contar. Hacían cursos continuamente, aprovechando los fines de semana. En la oportunidad en que tuvo lugar el IV Congreso Internacional de Fertilidad y Esterilidad en Río de Janeiro, el doctor Foix me invitó para que los acompañara, que para mí era fácil porque yo “tenía un pozo de petróleo en Venezuela”. Asistí con mi esposa y mis dos hijos.



IV Congreso Internacional de Fertilidad y Esterilidad, en Río de Janeiro, 1965.

Nos hospedamos en el hotel Lancaster, frente a la maravillosa playa de Copacabana. Carmencita no pudo aprovechar toda la parte social y turística del congreso, porque a Rafael Antonio le dio sarampión, y cuando le dije a una camarera que iba a buscar un médico, me dijo “no lo haga, porque los van a despedir del hotel”.

Los compañeros de sala me invitaban a todos los asados que hacían en celebración de algo, como un cumpleaños o la adquisición de una motocicleta. Los argentinos clase media, con los que yo me relacionaba, rara vez tenían los recursos suficientes para adquirir un auto.



Buenos Aires. Palermo (en la costanera).

Buenos Aires tiene con Montevideo una relación muy estrecha, desde el punto de vista de su vecindad e historia, donde no se escapa lo científico. Por ello tuve la oportunidad de asistir allí a varios eventos relacionados con la ginecología.

Hospital Fernández

La II Cátedra de Ginecología había quedado vacante por muerte de su titular el doctor Normando Arenas. Sacada la cátedra a concurso, la ganó el doctor Edmundo Murray, quien había hecho estudios en Inglaterra y Alemania. Para el momento era jefe del Servicio de Ginecología del Hospital Fernández, en Palermo. Así, la cátedra fue trasladada a Palermo, y yo con ella.

Murray era poco comunicativo con los médicos de su servicio. Esto se notaba en la dirección, en el quirófano cuando operaba, o en sus clases o conferencias. Era ajeno al chisme y la conversación de pasillo. Su oficina no fue nunca sede de tertulias, sino un sitio para arreglar problemas. Esto llevó a decir a uno de sus colegas de sala que “veía a Murray como a años luz”. Por otra parte, Murray era un hombre entregado a la investigación, y sin mezquindades ni egoísmo hacía los colegas que veía interesados en ella.

Sus clases y conferencias, muy oídas por la calidad de su contenido, eran sin embargo, duras, agotadoras, sin humor y sin diapositivas refrescantes.

Por lo que a mí toca, me dio un trato diferente. Por ejemplo, en clase, cuando explicaba algo que le causara gracia me decía “¿en Caracas lo hacen así?” o “¿en Venezuela lo llaman así?”, y mis colegas argentinos se extrañaban y confundían al ver a un hombre del carácter de Murray concediendo esas confianzas a un alumno.

Otro día en clase:

—Usted no puede irse para su país sin hacer una histerectomía radical y una radical de mama.

Cumplió, y para sorpresa de ellos, me ayudó en ambas operaciones. Me encargó de un trabajo sobre “Carcinoma de Endometrio”. El trabajo consistió en colocar *radium* dentro de la cavidad uterina, para luego, más tarde, practicar la histerectomía y evaluar luego el efecto del *radium* sobre el tumor.

Lo leyó en el “Congreso Uruguayo de Toco-Ginecología”, el 20 de marzo de 1963, haciéndome el honor de ponerme como coautor. Todo esto dio lugar a que un colega me dijera:

—Lo que pasa es que nuestros jefes se la dan de generosos con ustedes los extranjeros, pero a nosotros los argentinos no nos tiran nada.

Recorriendo Buenos Aires

Terminado el curso, me dediqué con mi familia a recorrer la ciudad, por los sitios ya conocidos y otros por conocer. Es una ciudad extensa, propia de la inmensa sabana donde la sentó su fundador, Pedro de Mendoza, en 1536, a la orilla derecha del río de la Plata, con el nombre de Puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire, convertida luego en Puerto de Buenos Aires, y finalmente Buenos Aires.

Me decía Jorge González:

—¡Cheee!, ese señor se equivocó cuando fundó la ciudad, quizás soplaban en la sabana buenas brisas, pero si hubiera llegado en esta época, con este clima de eterno baño de sudor que nos joroba tanto, el

nombre hubiese sido otro. Quizás “Puerto de Santa María de los Malos Aires”.

González estaba en lo cierto. En la época de frío yo iba a las siete de la mañana al Ramos Mejía, abrigado de pies a cabeza, con bufanda y guantes, porque la temperatura normalmente oscilaba entre 0 y 2 °C. Pero en verano, con temperaturas que con frecuencia estaban entre 40 y 42 °C, acompañadas de un polvo color ceniza, que nos decían venía desde la Pampa, a veces corríamos al Jardín Botánico o al Zoológico, para refrescarnos.

Pero así estuviese equivocado el señor Pedro de Mendoza, Buenos Aires es muy hermosa, con bellas avenidas y calles.

La Avenida Corrientes, llamada también “la calle que no duerme”, o “la calle de los teatros”, es una vía, por supuesto, llena de teatros, pero también de bares, pizzerías, restaurantes, librerías y tiendas diversas. Incluso las librerías se mantienen abiertas hasta altas horas de la noche. Allí en Corrientes se encuentra el Teatro General San Martín, endonde las damas de clase alta, con sus caros abrigos de visón, iban a oír a Carlos Gardel. En la puerta del teatro, las viejitas que no podían pagar una entrada tan cara, lo esperaban para pedirle “Carlitos, canta ahora para nosotros”, y Gardel se trepaba sobre un parapeto o barril, dejado por ahí de antemano, y se fajaba a cantar como si nada, como si no acabara de terminar un espectáculo completo, lo que no le gustaba a las encopetadas damas. Gestos como ese convirtieron a Gardel en un ídolo de las clases humildes, y por eso es que en la tumba de Gardel, en el Cementerio de la Chacarita (al final de Corrientes), nunca faltan rosas frescas.



Fin de semana en Mar del Plata.

En la calle Lavalle o “calle de los cines”, la gente acostumbraba salir de los cines y pasear frente a las vidrieras de los restaurantes, viendo los provocativos asados y postres en exhibición, hasta que finalmente el transeúnte, con el apetito estimulado, se decidía por algún local, y entraba a comer y conversar. Pero en la madrugada, al salir del restaurante se podía presenciar otra función: los trabajadores bajando de los camiones cava, sobre sus hombros, los cuartos de res para introducirlos en los restaurantes. Por algo Lavalle también es la calle que no duerme.

La calle peatonal Florida, es la calle de la vidrieras, es muy alegre y muy concurrida. Allí van las damas a deleitarse, asombradas frente a las grandes vidrieras elegantemente adornadas, y exhibiendo los trajes y bolsos más caros. Es donde las damas compran más y luego se complacen diciendo “la compré en Florida”.

Una tarde paseaba por una calle de Buenos Aires con mi mujer y mis dos hijos cuando de repente nos encontramos frente al Teatro Colón, que con las puertas entreabiertas dejaba salir una música de cuerdas que venía de su interior. Pasamos porque el portero nos lo insinuó y nos sentamos en cómodas butacas, y oímos gratis nada menos que al brillante violoncelista español, Pablo Casals, quien ensayaba su próximo concierto.

El barrio de La Boca es alegre, movido y parrandero. Allí en los carnavales se baila toda la noche en una atmosfera de comida, vino, serpentinas y papelillo, y en la madrugada, se baila hasta sobre las mesas. La mujer mía, no bailó, porque yo la aguanté por el vestido. Allí se le quita la tristeza a cualquiera.



Disfrutando los carnavales en la Boca, Buenos Aires.

El inmenso parque General San Martín lo teníamos a la mano con solo pasar la avenida del mismo nombre. Y bajo la sombra de un viejo árbol, con pollo horneado, frutas y vino, nos dábamos un domingo de postín, muchas veces acompañados por Eleazar Figallo y Juancho Olivares, quien estudiaba psicoanálisis, con su mujer Rosita y su pequeña hija.

Un día teníamos que hacer una diligencia Eleazar Figallo y yo. Él me dijo que me esperaba “en Congreso” y yo no daba con éste. Me encontré con un señor mayor que parecía más molesto que un perro con mal de rabia, y le pregunté:

—¿Dónde queda Congreso?

Me mira de arriba a abajo.

—¿De dónde es usted? —me preguntó, y después de una pausa continuó —El Congreso es aquel aparato blanco que se ve allá. En ese sitio es donde se cocinan aquí todas las vagabunderías de este país. ¿En su país hay un aparato como ese?

—Igualito —le respondí.

Buenos Aires estaba como una muchacha bonita, le lucía todo. Sus viejos edificios, sus frentes descoloridos por el tiempo, con sus balcones de

enredaderas y plantas floridas, todo eso le decía al mundo que hacía tiempo que era ciudad. También los edificios nuevos exponían un proceso de construcción en franca evolución. El Doctor Jorge González, me recomendó, que antes de irme a mi país, no dejara de visitar la ciudad de Luján, a sesenta y siete kilómetros de Buenos Aires. En Luján se pueden admirar dos joyas de la Argentina: la Basílica de Nuestra Señora de Luján, y el Museo del Transporte. En éste se encuentran “Gato” y “Mancha”, los dos caballos que fueron por tierra, atravesando montañas, selvas, lagos y desiertos, desde Buenos Aires a Canadá. Están embalsamados con una técnica y un arte tan acabados que parecen estar vivos. Cualquiera podía creer que al moverse los espanta.



El Obelisco, monumento emblemático de Buenos Aires.

CAPITULO IX LA PAMPA, EL ACONCAGUA y CHILE

Cuando comenzamos a organizar el viaje de regreso, quisimos hacerlo por barco, navegando desde el puerto de Valparaíso, sobre el Pacífico chileno, hasta la Guaira. Mis cuñadas Elena y María José, y mi concuñado, el esposo de Elena, el doctor Edgar Mujica, se fueron a Buenos Aires “para alegrarnos el viaje”; lo que le agradecemos ya que así resultó.



De derecha a izquierda, mi concuñado y compadre, el doctor Edgar Teófilo Mujica, Carmencita, mi cuñada Elena Obando, esposa de Mujica, y mi cuñada María José Obando, que se fueron hasta Buenos Aires para acompañarnos en el viaje de regreso a Venezuela.

La noche anterior a nuestra partida Eleazar Figallonos invitó a un restaurante para darnos una despedida, que de antemano puedo decir que estuvo de maravilla, buen vino, buena carne y el repaso de todas esas historias y buenos ratos que pasamos juntos, desde el Aeropuerto de Ezeiza hasta ese momento de despedida. Un pequeño conjunto de guitarra y acordeón se paseaba entre las mesas para amenizar más el rato.

Le digo a Eleazar

—Cuando se acerquen aquí, les voy a preguntar si no se saben “Alma Llanera”.

—Mira, Rafael, no cometas pendejadas, esta gente sabrá el nombre de Venezuela, por el petróleo, pero que sepan “Alma Llanera”, lo dudo, ni la habrán oído nombrar, así que olvídate.

Sin embargo, cuando llegaron a nuestra mesa le hago la pregunta, y uno de ellos me respondió:

—¿Quién no va a saber el segundo himno nacional de Venezuela?

Y de inmediato comenzaron a interpretarlo. Amortigué el golpe con el recuerdo del Trío de El Corozo, en Guayabal.

Al día siguiente, bien temprano, tomábamos una camioneta que nos llevara a la estación del tren en Buenos Aires. Nos acompañó, perdiendo sus lágrimas, una muchacha boliviana que trabajaba para nosotros, de esas que pasan la frontera indocumentada. Carmencita no la quería aceptar, pero la vecina, de quien ya nos habíamos hecho amigos, le dijo: “Acéptala, porque esas se portan bien por miedo a la policía.” Es trágico, pero así sucedió.

Al partir el tren, y respaldados en nuestros asientos, veíamos con tristeza que Buenos Aires se nos alejaba, y yo me dije, como dice el tango: “Mi Buenos Aires querido ¿cuándo te volveré a ver?”

El viaje en tren a Mendoza tuvo el constante acompañamiento del paisaje de la Pampa, una infinita llanura donde pastan rebaños grandes y pequeños de ganado vacuno y caballar. Y se observan también inmensos viñedos que al extenderse hacia lo lejos, ya se ven como alfombras.

Al llegar a la estación de Mendoza cambiamos de tren para seguir viendo bellos y refrescantes paisajes. Mendoza está todavía en terreno llano, pero desde allí se observan claramente las faldas de la titánica mole de los Andes, la cual teníamos que atravesar para llegar a Chile. Un momento cumbre de este viaje es el paso por las cercanías de la cima del Aconcagua, que con sus casi 7000 metros es la montaña más alta de toda América.

Al pie del Aconcagua era obligado tomar un trencito de cremallera, el único transporte con que se podía pasar por el intrincado relieve de la ruta, lleno de curvas, salientes, subidas, bajadas, y atravesado por puentecitos sobre inmensos abismos, y sobre las corrientes de agua que bajaban desde los picos nevados. Debo confesar que mientras mis compañeros de viaje disfrutaban fascinados de estas espectaculares panorámicas, en aquel momento para mí aquello no fue sino una cadena de sustos, y mi único deseo en aquel momento era que llegáramos cuanto antes a Santiago de Chile. Santiago era y es una ciudad muy bonita, pero en aquella época por las noches algo oscura. En los días que pasamos, la gente, en la calle, comentaba el triunfo de Chile en el Festival de Viña de Mar, con la canción “Que bonita vas”. Pasamos por un sitio donde había una venta callejera de jugos, cuyas frutas se exprimen al momento. Había uvas, naranjas y varias clases más de frutas. Pedimos por curiosidad, jugo de uvas.

El dueño gastó una bandeja llena de uvas que exprimió para llenar cinco vasos de jugo, tan grandes que al beberlos tuvimos que pujar duro para verle el fondo. A mí, al momento, se me pegó un mareo, y tuve que sentarme como un pendejo, en un banco de una plaza que estaba al frente.

CAPÍTULO X OCÉANO PACÍFICO Y EL CANAL DE PANAMÁ

Viajamos de Santiago a Valparaíso, puerto principal de Chile, para tomar el buque Donizetti, de la Compañía Italiana de Navegación, para recorrer de Sur a Norte las costas suramericanas del Océano Pacífico, que como dicen no es tan pacífico. Los puertos principales de esos países costaneros son:

Arica, de Chile, con sus famosos cangrejos, que comimos en el sitio que nos recomendaron y llevamos al camarote del barco para seguir el festín.



*Foto de mis hijos tomada en Chile,
durante el viaje de regreso.*

El Callao de Perú. Yo tenía sumo interés para conocer Lima, pues me habían dicho que en ella estaba la estatua de Bolívar que tenía la cara más parecida a la del héroe. Me pareció impresionante y con un perfil muy llamativo. Pero no lo pude apreciar del todo, porque ya unas palomas lo

habían visitado antes y le habían dado unas pequeñas pinceladas en la cara y los hombros.

Guayaquil, de Ecuador. En Guayaquil nos sentamos en una placita, que fue lo primero que encontramos, frente a la cual estaba una larga cola, donde se veían campesinos, obreros y gente de todas clases, algunos vestidos de andrajos. Le preguntamos a un señor, que se nos acercó, qué para que era esa cola y nos respondió:

—Esos son una cuerda de desgraciados que vienen a vender su sangre, unos para comprar el pollo y otros para comprar el ron.

Buenaventura, de Colombia. Al bajarnos del Donizetti los caleteros comenzaron a dar gritos, silbidos y palabras subidas de tonos. La culpable fue María José, la soltera del grupo, por ponerse un jean demasiado apretado. El alboroto y la incomodidad fueron tan grandes que nos hizo regresar al buque sin ver nada de la ciudad.



Baile en el buque Donizetti. En primer plano mi cuñada Elena Obando de Mujica, con su esposo, mi compadre Edgard Mujica.

Canal de Panamá

Después de Buenaventura, en Colombia, navegando siempre al Norte, el Donizetti entra a la Gran Bahía de Panamá o Bahía de Balboa donde se encuentra el Puerto de Balboa, y la entrada al Canal de Panamá.

El Canal se construyó aprovechando un lago natural a mitad de camino del istmo, lago que está alimentado por un pequeño río, que de secarse acabaría con lago y canal.

Me maravilló el funcionamiento de esas verdaderas escalinatas de agua que son las esclusas del canal, y sus gigantescas compuertas y potentes bombas que suben y bajan los buques de acuerdo con la dirección que lleven.

Se dice que el Océano Pacífico tiene unos cuantos metros más altos que el Océano Atlántico, y que si quitáramos las esclusas y las dos masas de agua se comunicaran directamente, ocurriría un desastre ambiental de impredecibles proporciones.

Este fue el Canal de Panamá que vi en 1964. Ignoro su aspecto después de la reconstrucción recientemente hecha.

CAPITULO XI CUMANÁ

Después de Puerto Colón seguimos rumbo a Curazao, donde tuvimos lo que llamaríamos un pequeño accidente. A mi hija Carmen Elena, parada junto a la baranda del barco, se le cayó al agua una muñeca vieja, toda maltratada y hasta calva, el juguete de su predilección, que había llevado desde Güiría a Buenos Aires, poniéndose a llorar tan fuerte que algunos pasajeros se acercaron a preguntar por qué lloraba la niña, y nosotros impotentes, viendo flotar la muñeca en el agua sin poder salvársela.

Bajamos a la ciudad, la que encontramos sola y triste, y donde no pudimos comprar ni un alfiler por estar todos los negocios cerrados: olvidábamos que era primero de mayo.

Ya en Venezuela me tomé unos pocos días en Margarita para descansar, pero por casualidad y por suerte para mí, me encontré con el doctor Luis Beltrán Prieto Figueroa, Presidente del Congreso Nacional, quien me preguntó qué iba a hacer ahora.

Le respondí que pensaba ir al Ministerio de Sanidad a buscar un cargo de ginecólogo.

Él me respondió que eso estaba muy bien, pero que antes de ir al ministerio pasara por su casa, ya que dentro de cuatro días estaba de regreso en Caracas y allí hablaríamos de eso.

Supe que él tuvo conocimiento de que yo me había ido a estudiar a la Argentina, sin beca, con mis propios recursos.

Viajo a Caracas un día antes para llegar el otro día bien temprano a su casa, en Prados del Este, a la quinta “Anchiajena”.

Respecto al nombre de la quinta, un amigo de él le había preguntado una vez que por qué le había puesto a su casa ese nombre tan raro, y Prieto, siempre con su carga de humor, le contestó que “Anchi”, porque la quería bien amplia para que cupieran todos sus amigos, y “Ajena”, porque todavía se la debía al Banco Obrero.

Al llegar a la casa, su esposa Cecilia, me dijo que subiera a la biblioteca porque esa era la forma de agarrarlo temprano.

El doctor Prieto tomó el teléfono y habló con una persona a quien le dijo: “Chino, es Luis Beltrán, y tú sabes que yo desde aquí hago muchos favores, pero que tengo que buscar a los amigos para que me arreglen los míos.”

Como lo veo tan distraído buscando un libro, le pregunto:

—¿Doctor Prieto, y quien es el Chino?

—¡Rafael! El Chino es el doctor Alfredo Arreaza Guzmán, el Ministro de Sanidad, a quien le vas a ir a decir que tú eres la persona de quien acabo de hablarle por teléfono, y le expones tus problemas.

—Doctor Prieto, así no me gusta.

—¿Y cómo te gusta?

—Mejor sería algo firmado por usted, aunque sea un simple papelito —le respondí.

—Espera que me tome un café y te vas conmigo para el Congreso —me respondió.

Me llevó al Senado, escribió de puño y letra una correspondencia muy corta, que me leyó antes de cerrar en un sobre impresionante, de color beige, con el escudo de Venezuela en sobrerrelieve en la parte superior izquierda, con los colores amarillo, azul y rojo de nuestra Bandera Nacional, que más que un sobre parecía una amenaza. Me coloqué el sobre en el bolsillo derecho interno del saco, y así marché para el Ministerio de Sanidad, sintiéndome como que llevaba dos corazones: el izquierdo, el natural, y el derecho (el sobre), el artificial.

—Buenos días señorita. Vengo a hablar con el señor Ministro de parte del doctor Luis Beltrán Prieto —le digo a la secretaria

La señorita, muy amable me dijo:

—El Ministro no va a poder atenderlo, porque hoy no es día de audiencia. Está, como una excepción, atendiendo a una delegación de la Asamblea Legislativa del Estado Zulia.

En el momento en que voy a retirarme, me late el corazón derecho, el bendito sobre del doctor Prieto. Lo saco y le digo a la señorita:

—¿Usted no podrá entregar esto al ministro?

Cuando la secretaria vio el sobre, los ojos se le pusieron como a los enfermos de hipertiroidismo, y me dijo “espere un momento”, y pasó a entregar el sobre. Rápidamente sale y me dice:

—Espere que salgan los del Zulia, que le va a atender.

—¿Desea un cafecito?

—¡Cómo no, señorita!

La cosa se alargó y la secretaria me ofrece otro cafecito, que acepto.

Suena el timbre y la secretaria entra y sale diciéndome que dice el ministro que lo disculpe, pero que espere un rato más porque esto va a terminar. Pero la cosa se alarga como una cadena sin fin, y eso fue cafecito y cafecito, y tanto se repitió, que yo llegué a pensar que sería que habían cambiado el protocolo y que para hablar con el ministro había que meterse una pea de café.

Por fin llegó el momento y pasé.

—Buenos días señor Ministro.

—Buenos días doctor Figueroa, aquí me dice el amigo Prieto que viene de la Argentina de hacer un curso de ginecología. Qué bueno. ¿Y cómo le fue por allá?

—Bien, señor Ministro.

—Argentina está muy preparada para estas cosas. Nosotros debemos trabajar para que estos cursos se hagan aquí en el país y evitarle tantos inconvenientes a nuestros estudiantes. ¿Cuál es su principal problema?

—Bueno, conseguir el cargo de ginecólogo en un hospital, y que fuera cerca de Margarita, por tener a mi mamá enferma y así atenderla mejor.

Sonreído el ministro, me respondió:

—No se preocupe que para eso creo que no habría problema, pero lo que no entiendo es por qué molestó a Luis Beltrán para esto, si igual le hubiera atendido viniendo por su propia cuenta.

Las palabras del ministro me inhibieron tanto que me quedé mudo.

Tomó el teléfono y llamó al director de Salud Pública, diciéndole

—Para allá va el doctor Figueroa, quien viene de parte del doctor Luis Beltrán Prieto, para que le arreglemos un problema, que él mismo te explicará. Te agradezco me resuelvas esto.

El director de Salud Pública me recibió con una prontitud que me hizo pensar que me estaba esperando. Me manifestó que mi problema no estaba en sus manos resolverlo, pero que me iba a referir al que le compete esta materia, al doctor Homero Vivas, que “ese sí se lo va a resolver”.

Tomó papel y escribió al doctor, metiendo la nota en un sobre que me entregó diciéndome

—Sea usted mismo el portador.

Después de leer la correspondencia, el doctor Homero Vivas me dijo:

—Aquí le tengo algo muy bueno para Ciudad Bolívar, una contratación de seis horas con un pago de tres mil bolívares: mil quinientos bolívares, que pagará el Ministerio de Sanidad, como ginecólogo para el Hospital y mil quinientos bolívares que paga la Universidad de Oriente (UDO) para que participe en el mismo Hospital en un programa académico de postgrado.

Como yo me quedé pensativo, el doctor Homero me dijo:

—¿Qué tal?

Yo me sentía como un boxeador que lleva un golpe noble en la cabeza y queda bamboleándose y mareado. Le dije:

—Doctor Homero, por razones ajenas a mi voluntad, me es imposible aceptar el cargo.

—Bueno, si no acepta, le ofrezco en Maturín con iguales condiciones.

Lo que sucede, doctor Homero, es que cuando yo hablé con el Ministro, le informé que mi mamá estaba enferma y yo solicitaba un hospital que estuviera cerca de Margarita, un sitio como Cumaná, para atenderla mejor, y el ministro me dijo que si ese era mi problema, sería para Cumaná.

El doctor Homero me respondió que el ministro no sabía nada de eso, que para Cumaná no había, y no tenía más que ofrecerme.

Tras esto, con la moral por el suelo, me atreví a decirle que creía que en el ministerio el que sabía era el ministro, mañana voy a despedirme de él, y le diré que no conseguí lo que deseaba.

El doctor Homero, casi levantándose de su silla me dijo:

—Claro que el que más sabe en el ministerio es el ministro, pero tiene tantas responsabilidades que nos delega la mayoría. Véngase en tres días para ver qué podemos hacer por usted.

A los tres días cuando volví, me entregó un nombramiento para Cumaná, con dos horas de contratación y un sueldo mísero. Por ello es que dice Ramiro Calles que no hay que enturbiar el agua porque entonces no veremos lo que está en el fondo.

Viaje a Puerto La Cruz

Antes de partir a Cumaná, después de tomarme dos o tres días de descanso en Margarita, viajé a Puerto La Cruz a visitar a mis primos Jesús Rafael Salazar Figueroa (Chuító Salazar), quien había hecho su especialidad de gineco-obstetricia en México, y a su hermano Tomás Ramón Salazar Figueroa, farmacéutico egresado de la Universidad Central de Venezuela.

Tomas Ramón me dijo:

—Primo, yo no sé por qué ustedes los médicos, incluyendo a mi hermano Chuító, son tan necios, que se ponen a escribir tan enredado, que aquí vienen esas pobres criaturas, en su mayoría viejitas, a pedirme que les explique las indicaciones, y más aún, me solicitan que se las copie. Yo te recomiendo que te compres tu maquina de escribir, para que no caigas en esas pendejadas.

Pero como ya yo usaba máquina de escribir desde los tiempos de Güiría, le respondí:

—Primo, por eso no te preocupes, yo tengo en La Asunción mi maquinita CORONA muy bien embalada.

Chuító me habló en otra forma:

—¿Así que te decidiste por Cumaná? Yo tengo allá un gran amigo, el Dr. Francisco Salazar, que nos apreciamos tanto como si fuéramos hermanos. Juntos estudiamos los seis años de medicina en la Universidad Central, y juntos nos fuimos a trabajar al Centro de Salud de Chivacoa. Allí nos separamos para yo ir a México, a hacer mi curso de gineco-obstetricia, y él fue a Estados Unidos, al Hospital Jefferson de Filadelfia, para hacer cirugía general y de tórax. Él se encuentra en Cumaná desde hace más o menos dos años, trabajando en el Hospital Cumaná y en el Sanatorio Antituberculoso de Oriente. Es un buen cirujano. Le vas a llevar un papelito mío.

Y Chuító escribió:

“Mi hermano Frank, para allá va mi primo Rafael Figueroa, como ginecólogo del Hospital Cumaná, es persona muy buena, no porque sea de la familia, sino porque siempre lo ha sido, pero si te resulta malo, sería porque lo echaron a perder los argentinos.”

El Dr. Francisco Salazar, llamado siempre por sus amigos Frank Salazar, al leer la nota dijo sonriéndose:

—Cosas muy propias de mi hermano Chuító.

Mi llegada a Cumaná

A mediados de junio de 1964 llegué a Cumaná, con mi “portentoso” nombramiento que entregué al doctor Arquímedes Fuentes, director, quien me presentó a los colegas que lo rodeaban, a muchos de los cuales yo conocía por mi trabajo de la Red Secundaria de Tuberculosis, de Güiría, que abarcaba un amplio distrito sanitario, y mi labor gremial a favor de los colegas de la región.

Al día siguiente el doctor Fuentes me llamó y me dijo:

— ¿Doctor Figueroa que pasó contigo? Te han dado un nombramiento que no se acostumbra en Sanidad: un nombramiento con dos horas de contratación y un sueldo mísero, y que de paso no te genera ningún tipo de prestaciones. Pero no te preocupes, que en estos días viajaré a Caracas y te arreglaré eso.

Y al efecto viajó, y regresó con un nombramiento de tres horas, que si bien no cubría todas mis necesidades, no era malo para comenzar.

Mi sitio de trabajo, el Hospital Francisco Aristeguieta Badaracco, se había inaugurado en la Av. Bermúdez el 3 de febrero de 1945, como parte de la celebración del sesquicentenario del nacimiento de Antonio José de Sucre, pero todos en la ciudad le llamaron siempre Hospital Cumaná. Comenzó su funcionamiento ese mismo año con cien camas distribuidas en los servicios de medicina, cirugía y maternidad. En medicina estaba el doctor Sánchez Inschausti, para cirugía los doctores Luis José Blanco y Julio Rodríguez, y para maternidad los doctores Jesús María Urosa y Antonio Vargas Camero. Se inició el hospital con el doctor Arquímedes Fuente Serrano como su primer director.

El servicio de ginecología estaba totalmente desorganizado. Los casos hospitalizados y operados los atendía cualquier cirujano general de la sala, o todos, pero la voz autorizada, la última palabra, la tenía el doctor Luis José Blanco.

La consulta externa no existía como tal. Los casos que llegaban los resolvía el doctor Alfonso Arroyo en su Consulta de Oncología, en la cual me cedió espacio para que yo organizara la de ginecología. Dos meses más tarde era una consulta en regla, complementada con la citología y la colposcopia.

Los casos quirúrgicos iban a la sala de cirugía.

Las primeras histerosalpingografías que se hicieron en el Hospital Cumaná las practiqué yo mismo, hasta que llegó el doctor Iván Acosta, radiólogo. Para mi práctica privada, las realizaba en el consultorio del doctor Hermenegildo Vargas Palomo.

Corrí con la suerte de encontrarme con la enfermera adecuada, con la señora María Benítez, respetuosa con el médico, cariñosa con el paciente, y siempre con la consulta preparada.

EI IPASME

A los cuatros meses de estar en Cumaná, el doctor Luis José Blanco me informa que la consulta de obstetricia y ginecología del IPASME (Instituto de Previsión y Asistencia Social del Ministerio de Educación), a su cargo, la iban a reorganizar quedando él solo con la de obstetricia y nombrarían un ginecólogo para la de ginecología.

Hice las diligencias pertinentes, y a los pocos días recibí un oficio donde se me informaba que organizara la misma y me encargara de ella.

Al día siguiente, cuando asisto a la oficina del IPASME, me entregan una comunicación igual. Organicé la consulta, que se estableció para la tarde para que no coincidiera con la del hospital. Allí me encontré con los doctores Armando Lares (Pediatra), Marcos Rodríguez (Odontólogo), Fernando Guarache (Oftalmólogo), Antonio Fuentes Salazar (Otorrinolaringólogo), José Marval (Odontólogo), y como Traumatólogo estaba el antes mencionado director del Hospital Cumaná, el Dr. Arquímedes Fuentes.

CEPACOL para todo el mundo!

Se reunió en Cumaná la Federación Venezolana de Maestros, y una sesión entera fue plomo para el personal médico-odontológico del IPASME. Qué Arquímedes Fuentes no iba sino a leer EL NACIONAL, que Fernando Guarache llegaba siempre tarde, que Jesús Marval también iba a leer la prensa, Rafael Figueroa no daba los diagnósticos, Armando Lares tenía muy mal carácter y era muy antipático para ser pediatra, y que Antonio Fuentes Salazar lo único que indicaba era gargarismos de CEPACOL.

La señora Carmela Ramos, la portera del IPASME, asistió a esa reunión y nos trajo noticia de los comentarios hechos por nuestros pacientes los maestros. Cómo el doctor Antonio Fuentes Salazar no estuvo durante la exposición de Carmela, yo le conté:

—Qué tú no recetas sino gargarismos de CEPACOL.

Me respondió:

—Y tan bueno que es el CEPACOL. Ahora se los mandaré en pastillas.

Doctor Arquímedes Fuentes

El doctor Arquímedes Fuentes Serrano, estudió medicina en la Universidad Central de Venezuela, regresó a Cumaná y se sumó al invulnerable equipo de cirugía general, que conformaban los expertos cirujanos doctores Luis José Blanco y Julio Rodríguez. Sin embargo, a pesar de su nobleza y bondad olvidaron, como humanos que eran, alargarles las manos a sus posibles delfines: el que entraba de ayudante, de ayudante salía. Pero sus banderas fueron tomadas más tarde por los doctores Luis Felipe Guarache, Antonio Nicolás Briceño, Francisco Salazar y Alfonso Arroyo y otros tantos que por falta de espacio se hace difícil enumerar.

El doctor Fuentes viajó a España y Francia a estudiar traumatología.

Concluida su especialidad, regresó y organizó ese servicio en el Hospital Cumaná.

Trabajador y lector permanente de su especialidad, la ejerció con la más esmerada técnica y siempre conforme a la ética médica. Nunca tuvo apego al dinero, actuando siempre generoso y popular ante una heterogénea clientela.

Tuvo el acierto de seleccionar como ayudante para su servicio al enfermero José Maza, un joven delgado, moreno, de pelo liso, más activo que una batidora y más locuaz que un loro, y tan inteligente que le supo copiar toda la técnica y los tiritos. Tan acoplado quedó ese equipo, que Fuentes no necesitaba de palabras para pedirle a su ayudante los instrumentos o materiales. Estirando la mano, con una mirada o por el tiempo que llevaba la operación, José le pasaba el instrumento o material oportuno, así se tratase de una pinza, de un clavo de *Kunscher* o una placa DCP.

En una ocasión, el doctor Pedro Julián Ponce, traumatólogo del hospital de Carúpano, amigo del doctor Fuentes, que también había hecho la especialidad de traumatología en Francia, lo llamó para operar un paciente con una fractura de pelvis. El doctor Fuentes le ordenó a José:

—Prepara el equipo que mañana vamos a operar en Carúpano.

Ya llegando a Carúpano escucharon por radio que ese día que habría allí un juego de beisbol. José, fanático del beisbol, preguntó:

—¿Maestro, a qué hora vamos a operar?

—José, no diga vamos, que quien va a operar soy yo —le ataja Arquímedes.

José se quedó en silencio, y al llegar al hospital pasó rápido al quirófano, entregó el equipo del doctor Fuentes, se salió del quirófano, y se largó al estadium en taxi.

A la hora, por los parlantes del estadium llamaban al señor José Maza, que se presentara urgente al Hospital. El señor Maza siguió viendo su juego hasta terminar. Fue entonces cuando regresó.

—¿José dónde te metiste? ¿No sabías que íbamos a operar? —le dijo el doctor Fuentes.

—Maestro, el que iba a operar era usted.

Como político el doctor Fuentes militó en URD, pero fue más jovitero que urredista. No entró en su conducta el activismo político fanatizado. Cuando URD formó parte del Pacto de Punto Fijo, fue nombrado gobernador del Estado Sucre. Fueron muchos los problemas en ese convulsionado período, y ni él mismo quedó satisfecho con la labor realizada.

El doctor Luis José Blanco

Siempre que se hable de medicina y cirugía en Cumaná se tendrá que hablar sobre el doctor Luis José Blanco Prada, más conocido como el “Doctor Blanco”, “Doctor Luis José”, o simplemente “Luis José”. Luis José ejerció la medicina atendiendo por igual a todos los pacientes, cualquiera que fuera su edad, raza, religión o posición social, y a cualquier hora del día o de la noche, y sin tomar en cuenta cuánto tenía en el bolsillo.

Me contaron que algunos lo llamaban “el médico del pueblo”. Su actividad quirúrgica fue intensa y prolongada. Formó en el Hospital Cumaná un equipo quirúrgico con el doctor Julio Rodríguez, que tuvo en sus manos la cirugía por más de veinte años. Sus ratos libres los pasaba estudiando botánica. Tan apegado estaba a esta ciencia que escribió un libro sobre “Las Fanerógamas”. Estos conocimientos los utilizaba para ayudar a sus hijos en sus tareas de bachillerato.

Fue un personaje de mucho humor, pero de un humor muchas veces sarcástico y provocador, tanto que en ocasiones las situaciones se le volvían incómodas, circunstancias en las cuales los amigos lo defendían, diciéndole al ofendido “¡Chico no te molestes! esas son cosas propias de Luis José”. Nunca estuvo solo, siempre lo rodeaban para contagiarse con su humor. Él nos decía:

—Ustedes vienen a mí, no porque me aprecien, sino para oírme la sin hueso.

Un colega que estaba molesto con él, le reclamó un día en tono bastante agrio:

—Doctor Blanco, me dijeron que usted se la pasa hablando de mí.

Luis José, con espectacular sangre fría respondió

—¡Yo no mijito!; Te dijeron mal! Yo tengo como una semana que no hablo de ti.

El colega salió más pálido y molesto de lo que había llegado.

Para la década de los 70s el doctor Blanco ya había disminuido mucho en su actividad quirúrgica, y pasaba, y por respeto, a jugar un papel de jarrón chino. Un día, en un pasillo del Hospital Universitario Antonio Patricio Alcalá (abreviadamente HUAPA, el hospital que a partir de 1969 reemplazó al Hospital Cumaná), me dijo que el doctor Antonio Nicolás Briceño-cariñosamente conocido entre los médicos como *el coleguita*- y el doctor Frank Salazar tomaban para ellos las operaciones de importancia y le dejaban a él los pellejos. Pellejos llamaba el doctor Blanco a las hernias y otras pequeñeces de la cirugía. Siendo informado el doctor Briceño de esto, que era el jefe del Departamento de Cirugía, en la siguiente visita de sala dispuso que una paciente con colecistitis crónica calculosa fuera operada por el doctor Blanco, y como era un caso sin complicaciones, el maestro podría lucirse.

El doctor Blanco al saberlo dijo:

—Ellos creen que yo soy un pendejo, pero a mí no me van a joder.

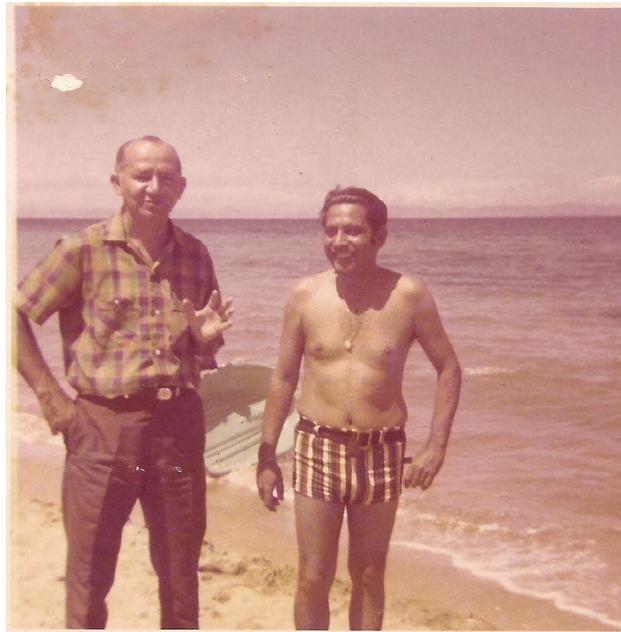
Ese caso debe ser un cangrejo. ¿Por qué no lo operan ellos?

Si hay justicia en el recuerdo y en el reconocimiento al mérito, algún día en el jardín frontal del Hospital Antonio Patricio Alcalá debería estar, en mármol o en bronce, una inscripción diciendo algo como: “Aquí trabajó el doctor Luis José Blanco, quien no escatimó dedicación y esfuerzo para servirle a su pueblo.”

El doctor Frank Salazar

Desde el mismo momento que le entregué al doctor Francisco Salazar la nota que le enviaba su amigo Chuíto Salazar, me di cuenta que estaba frente a una bella persona.

Fue generoso sin tener fortuna, pensaba que su labor era sola de hospital, por eso hasta mi llegada a Cumaná, no había organizado su consulta privada. Menos mal que lo pudo convencer el Dr. Julio Rodríguez, neumonólogo, persona culta y distinguida, quien caballerosamente le proporcionó un local al lado de su consultorio. Años más tarde el Dr. Salazar pudo decir:



En la playa Tocuchare, con el doctor Antonio Nicolás Briceño (a la derecha).

—Hombre generoso el Dr. Julio Rodríguez. Tanto que le debo.

No padeció de insomnio, porque nunca llevó a sus bolsillos un bolívar mal habido. Pero si llevó a sus hombros un duro trabajo, día y

noche, en el Hospital y clínicas de Cumaná, con el que pudo sacar su adelante su digna familia: Austria, su noble esposa, y sus estupendos hijos Ricardo, Adrián y Silvia.

Frank, apegado fuertemente a la lectura, ignoraba el docente que llevaba por dentro.

Lo primero que hacía con prioridad era apartar de su sueldo una cuota destinada a la compra de libros y revistas sobre su profesión, especialmente las CLÍNICAS QUIRÚRGICAS NORTEAMERICANAS, que leía hasta altas horas de la noche, para el otro día hacer los comentarios que vinieran al caso, en la visita de sala con los alumnos de postgrado.

El Dr. Salazar se manejó, y como él muchos, como una bisagra entre dos tipos de medicina:

La medicina de la vieja y noble clínica europea, y la moderna tecnología médica de punta.

En el examen físico estudiaba el paciente de forma muy detallada, comenzando por la *facie* y el cuero cabelludo, siguiendo por los vellos del cuerpo, apreciando todos los detalles de la piel, pulso radial, pulso pedio, y tensión arterial, los cuales tomaba el mismo, palpación y percusión de abdomen, tórax y fosas lumbares, el número de respiraciones, la relación de estas con pulso y temperatura corporal, poniendo mucho énfasis en los procesos respiratorios anteriores, y en la presencia de várices, si el caso se orientaba hacia lo quirúrgico, y pare Ud. de contar. Así que de su consulta ningún paciente salía diciendo “con este médico no me veo más, ni siquiera me puso una mano encima.”

Le satisfacía decir que haciendo un examen físico bien elaborado, se evitaban gastos al paciente. Pensaba igual que el Dr. Gabriel Trompiz, profesor de clínica terapéutica de la Universidad Central de Venezuela, quien decía que era obligación del médico proteger bien al paciente, igual que a su bolsillo.

Como cirujano lo favorecían mucho sus extraordinarios conocimientos de la clínica y la anatomía topográfica.

Un verdadero león fue para la amistad. Y era un orgullo ser su amigo. Fue una prenda cara que se ofreció barata, lo que le permitió tener, con sus gestos pausados y pensamiento claro, muchísimos amigos. La lista es demasiado larga.

El doctor Armando Lares

En el IPASME, los colegas Marcos Rodríguez y Armando Lares, quienes atendían las consultas de odontología y pediatría, respectivamente, fueron mis compañeros de trabajo, de lunes a viernes, durante muchísimos años.

El Doctor Armando Lares nació en Cumaná. Nos conocimos en Caracas, cuando ambos estudiábamos en la Universidad Central, y después de graduarnos el 30 de julio de 1955, él pasó a Barquisimeto a hacer su residencia en el Hospital Jesús María Pineda, y yo a Guayabal como Médico Rural. En Barquisimeto se encontró con la señorita Josefina Carrasco, enfermera graduada, con pasantía en México, con quien se casó. Josefina vino a Cumaná como enfermera del Hospital Antonio Patricio Alcalá, y profesora de la Escuela de Enfermeras Domingo Badaracco Bermúdez, de la que fue luego directora. Bella de cuerpo y alma, se conducía con bajo perfil, y se ganó el aprecio de la colectividad.

La segunda vez que nos encontramos fue en Cumaná cuando yo venía como ginecólogo del Hospital Cumaná, de la Avenida Bermúdez, y él era médico del Hospital de Niños y del IPASME, y también atendiendo a su consulta privada compartiendo con pediatras de la talla de los doctores Francisco Martínez, José (Neo) Manuel Villarroel, Diego Martínez Navas y José Luis Peroza. Los tres primeros ya llamados por Dios, y el último, José Luis Peroza anda por ahí vivito y coleando, dando más brincos que un venado, escribiendo sobre salud pública y pediatría para jóvenes pediatras.

Armando fue una persona seria, muy trabajadora, honestísimo, de poco hablar y algo alejado de los eventos sociales. En criollo dirían: “un perro de pocas pulgas”. No fue hombre de besitos por delante y la puñalada por detrás. Por su responsabilidad y sinceridad, los pocos amigos que tuvo le fueron fieles.

Que falta le hizo un poco de tolerancia. Cuando discutía en el Colegio de Médicos o en su rancho de playa, terminaba diciendo “¡Yo tengo razón. Y punto!”

El Doctor Pablo Vargas, su compadre, que lo apreciaba entrañablemente, me decía “mira Rafael, si yo sé que esa pared es blanca, y mi compadre Armando se empeña en decir que es verde, yo lo dejo con su pared verde, por no perder la amistad de Armando.”

Al doctor Lares le gustaba la crianza de gallos de pelea y le gustaba ir a la gallera a verlos jugar, pero sus amigos jodedores decían que no era que le gustaba verles pelear, sino que eso era para él bajarle la presión a la olla.

Afortunadamente, el carácter tranquilo de Josefina, recio a su manera, le servía de sedante a Armando, y formaron un bello hogar.

A Josefina, quien fue mi paciente, yo le probaba sus dulces cuando los visitaba. Siempre recuerdo que un día me dijo que estaba esperando conseguir un buen catuche para hacerme una torta de guanábana.

El doctor Marcos Rodríguez

Sentado sobre una colina frente al Golfo de Cariaco está el alegre pueblo de San Antonio del Golfo, donde creo que aún existe la *rockola*, y donde nació el doctor Marcos Rodríguez. Estudió bachillerato en Cumaná, luego viaja a Mérida a estudiar odontología. Había viajado con su viejo cuatro, compañero inseparable, con el que dio serenatas con profesores y estudiantes, a las muchachas de la señorial ciudad. Ahí también bebió en abundancia en esas serenatas, el miche andino, que no es ningún champán. Para esas tareas era más solicitado que palito de romero.

Graduado ya, se vino a ejercer en Cumaná, en el IPASME y también en su gabinete para la consulta privada. Como profesional resultó ser disciplinado, eficiente y esmerado, por lo que se hizo de una clientela crecida y selecta.

En esa clientela se encontraba la señorita María Grau, joven elegante y simpática, de largo conversar. Marcos se quitó de pendejadas, buscó su viejo cuatro trovador destartalado, y se largó a darle todas las noches serenatas a María, la que respondía con señales más o menos que sí, o más o menos que no, cosas que había aprendido en sus estudios de diplomacia, que no terminó. El doctor Rodríguez pensó que la muchacha era medio pretenciosa, que veía el cuatro feo, por lo que lo lanzó para el patio, fue y se compró un cuatro bello, como para un grupo sinfónico, y de nuevo se largó a dar serenatas. Esta vez María cayó como una tortolita, se casaron y desde entonces son felices.

Como Marcos es un conversador incansable y grato, fueron incontables las veces que en el IPASME, una vez terminada la labor, nos pusimos Marcos y yo a “componer el mundo”.

Doctor Rubén Millán Velásquez

El Doctor Rubén Millán Velásquez, nació en Marigüitar, Estado Sucre, y estudió bachillerato en el Colegio Sucre de Cumaná. Se graduó en derecho en la Universidad de los Andes, Mérida.

Ejerció los cargos de Juez del Distrito Freites del Estado Anzoátegui, dos veces Presidente del Concejo Municipal del Distrito Freites del Estado Anzoátegui, Síndico Procurador Municipal de Cumaná, Estado Sucre, Diputado a la Asamblea Legislativa del Estado Sucre, Contralor General del Estado Sucre.

En el ejercicio de estos cargos y su labor privada, se condujo perfilado y con mucha ética. Un día conversando con un cliente oí que le dijo “Paremos esto aquí porque tú no tienes razón.”

Su esposa Eugenia, muy educada y simpática, gusta mucho de la cocina vegetariana, hace muy buenos platos, donde yo soy invitado. Los dos forman un hogar tan feliz, que vale la pena pagar entrada para conocerlos.

Manuel de Jesús Subero

Manuel de Jesús Subero, gran amigo, nació en Manzanillo, isla de Margarita, Estado Nueva Esparta. Desde pequeño se dio al trabajo, que fue su norte, y llevó siempre con pasión, en todo lo que hizo, orden y método.

Comenzó como auxiliar de farmacia, destacándose en la farmacia Francia de Porlamar, e igualmente en la farmacia Francia de Caracas, que por casualidad se llamaban igual, pero eran propiedad de distintos dueños. Como le gustaban los números contables no perdonaba cuanto periódico, revista o libro que pasara por sus manos, y que trataran esa materia. Así pues, que se graduó de contador, pero en la universidad de la vida. Una vez lo llamaron como examinador en una escuela de contaduría de Porlamar. Se casó con la señorita Carmen Parra, y sus tres hijos se graduaron en la Universidad Central de Venezuela: Eumelia, farmacéutica; Jesús, ingeniero químico; y Armando, ingeniero civil, siguiendo así esa máxima indeleble de las familias margariteñas, de que sus hijos deben estudiar.

Manuel Subero compró la farmacia Cumaná, en la Av. Bermúdez de Cumaná, para que la regentara su hija Eumelia.

Fue un hombre generoso. A mí me prestó una suma de dinero, sin interés alguno, para comprar la casa donde vivo actualmente. Fue para mí un buen negocio, hasta el punto que Armando, cuando el mismo Manuel lo trajo a ver la casa, le dijo jocosamente:

—¡Papá, tu hijo soy yo, no Rafael!

Hospital Universitario Antonio Patricio de Alcalá

El hospital Antonio Patricio de Alcalá, se inauguró en 1969, construido por un modelo sueco, tan sueco, que utilizaron todo un piso para construir un solárium, que no sería para quitarles el frío a nuestros pacientes, pues aquí lo tenemos natural y muy bueno. Pero el colmo fue lo del hospital de Maracaibo, también construido por los suecos, para el que embalaron una máquina de barrer nieve. ¡Qué molleja!

Fue construido para doscientas camas y administrado con el sistema de departamento y servicios. Los departamentos fueron:

Medicina: Jefe Doctor Armando Padrino

Cirugía: Doctor Antonio Nicolás Briceño

Pediatría: Doctor Diego Martínez Navas

Ginecología y Obstetricia: Doctor Rafael Figueroa

Departamento de Servicios Generales, entre ellos el de Anatomía Patológica para atender consultas externas, quirófano y morgue. Este servicio prestó mucha colaboración en las reuniones de los últimos viernes de cada mes, en la presentación de casos anatomoclínicos y muertes materno-fetales. Estas fueron de mucha importancia donde se discriminaba ampliamente el proceso clínico, para después ser el patólogo quien, con su carga de diapositivas, daba el diagnóstico final. Fueron reuniones muy productivas, realizadas con interés y entusiasmo.

A esta altura ingresaron al Departamento de Ginecología los doctores Ángel Mota, quien venía de hacer su curso de ginecología en la Cruz Rojas de Caracas, trasladado de Carúpano a Cumaná, el doctor Jesús María Urosa y Gustavo Marcano.

El doctor Jesús María Urosa Herrera

El doctor Jesús María Urosa Herrera, muy conocido como “Chucho” Urosa, nació en Cumaná, donde realizó sus estudios de primaria y bachillerato, medicina en la Universidad Central de Venezuela, y obstetricia en la Maternidad Concepción Palacios. Hijo del doctor Jesús María Urosa Ortiz, quien al graduarse de médico ejerció por corto tiempo en Cumaná, pasó a establecerse en la Guaira, donde lo sorprendió la epidemia de peste bubónica, a la cual combatió con mucho coraje, abnegación y desprendimiento, cualidades que heredó Chucho, agregando a ellas su carisma y simpatía, con las cuales ejerció en Cumaná.

Militante muy activo de Acción Democrática, durante la dictadura del general Pérez Jiménez se autoexilió en Caripito, Estado Monagas, donde trabajó durante seis años en el Hospital Sagrada Familia, de la compañía Creole Petroleum Corp., como adjunto del Jefe de Cirugía, doctor Armando Guerrero.

Teniendo más de un año que él había regresado de Caripito, y yo más de un mes que había llegado a Cumaná, me hizo una visita al consultorio, y se presentó diciéndome:

—Yo soy el doctor Urosa, y he venido a saludarlo y a ponerme a sus órdenes, y le ruego que me ocupe.

Se casó con Miguelina Figueroa, muy simpática y sociable, profesora de inglés, que al acercarse a Carmencita completaron el cierre de una gran amistad. Chucho y Miguelina tuvieron tres hijos: María Eva, Jesús María y Leonardo. Todos muy estudiosos, profesionales universitarios. La familia siempre vivió en un inmueble de la parroquia Santa Inés, grande, envejecido, de estilo colonial, de puertas grandes, con ventanas de madera que sobresalen hacia la calle, de esas donde la novia desde dentro se podía dar medio besito con el novio, pero sin poder abrazarse. Tenía un jardín central, y más al fondo una terraza, con una altura de tres a cuatro metros sobre el jardín.

María Benítez, la enfermera de la consulta externa del HUAPA, me dijo un día:

—Doctor Figueroa, en verdad el doctor Urosa es un buen médico. ¿Ud. no ve el cariño y el respeto con que él trata a los pacientes? Muchos me piden que los anote para verse con él.

Una amiga común me dijo un día:

—Ud. y el doctor Urosa se tratan como si fueran familia.

Mi hijo Rafael Antonio guarda un constante y especial recuerdo de Chucho, y en cuanto a Miguelina, el siente que ella le quiso casi como a un hijo más.

El doctor Abelardo Grau

El doctor Grau, o Abelardo Grau, de una familia humilde, pero trabajadora y culta, de poco hablar y buen carácter, nació en Cumanacoa, Estado Sucre. Estudió bachillerato en Cumaná, y buscando ese ambiente de tranquilidad que tanto le gustaba, partió a Mérida para estudiar medicina en la Universidad de Los Andes, donde hizo el primer año. Pero por los líos universitarios resuelve irse a España, donde hace en Madrid el segundo año. Pero Madrid era una ciudad cosmopolita, hecha para el turismo, la ciudad del jamón serrano, del queso manchego, minada de restaurantes y sitios de diversiones, la ciudad del Felipe II y del cardenal Mendoza, de la paella y el toreo, en fin, una ciudad bonchona, no era el sitio que buscaba Grau. Un estudiante español le dijo que Valladolid era una ciudad muy bella, más tranquila, menos onerosa, y con una universidad de mucho prestigio. Al otro día de llegar a Valladolid, que muchísimo le gustó, fue a ver la universidad, de la cual quedó hechizado. Pero este hechizo creció más al conocer a la señorita Carmina Martín, hija del Sr. Paco Martín, primer clarinete de la Orquesta Sinfónica de Valladolid, con la cual se casó dos meses después de haberse graduado el 10 de junio de 1959.

Así que el señor Grau, con esa imagen de lenticio, se las ganó todas, consiguió lo que quería y sin romper ni un plato.

Estando con Grau en Valladolid, el 30 de julio de 1980, me sorprenden mis 25 años de graduado, los que celebramos en un modesto restaurán del pueblo de Peñafiel, cuyo dueño era un amigo de Paquito, hermano de Carmina. Se sumaron a la fiesta el dueño del restaurán, y también, destapando una botella de champaña al instante de entrar al negocio, el taxista que emplearon Abelardo y Carmina la noche de sus boda.

Al regresar a Venezuela Abelardo Grau fue Jefe del Departamento de Ginecología y Obstetricia y docente del postgrado. Me hizo el favor de practicar cesárea, ayudado por el doctor Gil Laya, a mi hija Carmen Elena,

y a mi nuera Mercedes, aumentando mi familia con los nietos Alejandro Antonio, Diana Patricia y Rafael Antonio.

En los primeros días después de haber llegado la familia Grau a Venezuela un señor de Araya le llevó al doctor Grau una cecina de chivo, que a Carmina no le gustó por su fuerte olor característico. Le dio al señor las gracias y se la regaló al primero que pasó.

El doctor Pablo Vargas

El doctor Pablo Vargas nació en Cumaná y estudió ahí hasta bachillerato, y medicina en la Universidad Central en Caracas. Inicia su ejercicio profesional en Los Robles, Isla de Margarita. Luego cambia al Hospital Santos Aníbal Dominicci de Carúpano. Hace junto con el doctor Antonio Nicolás Briceño, el “coleguita”, el curso de clínica y cirugía antituberculosas en el Sanatorio Antituberculoso Simón Bolívar de El Algodonal, Caracas. Pasando luego los dos como cirujanos al Sanatorio Antituberculoso de Oriente, siendo Pablo más tarde su director. Por último pasó como cirujano general, al nuevo Hospital General Antonio Patricio de Alcalá. A esta altura de su vida ya hacían años que había renunciado a su consulta privada, por no saber si querer cobrarle a los pobres.



Con el doctor Abelardo Grau en Lisboa.

Esto no lo pondrá en duda, el que haya visto la sana y humilde vida que llevó. Conversar con él era siempre un sano aprendizaje.

Un día salimos de Cumaná en automóvil para Caracas, Puerto Cabello, manejaba yo, nos encontramos con una larga cola en Caucagua, en una curva en subida donde una gandola había derramado una gran cantidad de aceite. El tráfico de vehículos estaba detenido mientras algunos obreros paleaban tierra desde un camión para arreglar el problema.

En ese instante digo:

—A hora sí que nos fregamos ¿Hasta qué hora será esto?

Pablo me contesta:

—Ñero, “al mal tiempo buena cara” ¡acompañame!

Subimos un barranco donde estaba una pequeña bodega. Pide dos cervezas y comenzó a preparar su inseparable pipa mientras yo me bebía la cerveza como si fuera un purgante, él estaba como meditando frente a las piruetas del humo de su pipa.

Rosa mi hermana me llama desde La Asunción para decirme que mamá, que ya tenía ochenta y cuatro años, y tenía una hemiplejía causada por un ACV, quería comer frijoles con carne de cochino salada. ¿Que qué opinaba yo? Le dije que no la complaciera.

El doctor Vargas, que ese domingo nos visitaba, me oye y me dice:

—Si fuera yo, se lo permitiría porque lo que comería sería una pequeña porción, que le haría menos daño que la frustración en que caería por no comerla.

Me pareció sensata su opinión y en el instante llamé a Rosa y le dije que le diera a mamá lo que quisiera.

Un día me dijo:

—Tengo mañana en el sanatorio una operación de tórax, por si quieres verla.

El otro día el primero que estuvo en quirófano fui yo. Les adelanto que valió la pena.

Era un campo operatorio con muchos vasos sanguíneos (arterias y venas) de buen diámetro, donde se encuentra el mediastino, lecho del corazón, región donde es muy difícil operar. El caso a ver se trataba de una pericarditis crónica (solo para mis nietos: el pericardio es una bolsa fina con líquido dentro para amortiguarle el lecho al corazón). En la pericarditis crónica se engruesa, pierde elasticidad. Pablo fue con gran facilidad, aplomo y delicadeza resecando las partes del pericardio engrosadas y los adheridos que necesitaba extirpar. Asimismo lo vi extirpar todo un lóbulo pulmonar como si estuviera cortando una gran rama a una mata.

Reunía las tres condiciones del buen cirujano: vista de águila, corazón de león y manos de seda.

Algunos colegas decían que Pablo era medio filósofo, y no es de extrañar, pues era lector asiduo de las obras de Lin Yutang y Confucio, que mantenía con celo en una mesita al lado de su hamaca.

Juan Ramón Figueroa y Olga Cuenca

Juan Ramón Figueroa (y recuerden que en Margarita hubo más Figueroas que granos de arroz) fue amigo de una sola pieza, y generoso en demasía. Estudió bioanálisis y ejerció su profesión, desde el punto de vista oficial, en los hospitales de Caracas, Maracaibo y Antonio Patricio Alcalá de Cumaná. Creó laboratorios para el servicio público en varias poblaciones del Estado Sucre.

Fue un buen *gourmet*, con mucho aguaje, al decir de su compadre Frank Salazar, que le hacía la competencia en ese campo.

La doctora Olga Cuenca, que fue su esposa, nos sigue honrando con su amistad, y Olga es un personaje por derecho propio: alegre, cordial, optimista, preocupada y consecuente con sus amigos. Una mente ágil, con una extraordinaria capacidad de trabajo y una memoria fantástica, casi fotográfica. Una mujer de carácter, con perseverancia y disciplina de acero, por lo que amistosamente en algún momento le decíamos “la Thatcher”, y parecía que el nombrecito a ella le encantaba. Si Ud. quiere tener la seguridad de que una iniciativa será exitosa, ponga a cargo a Olga Cuenca.



De derecha a izquierda Ángel Mata Estaba, Gil Laya y mi compadre Juan Ramón Figueroa, durante un cumpleaños de Juan Ramón. La dama en segundo plano que mira hacia la cámara es una hija de Juan Ramón.

El doctor Pastor Angulo

El doctor Pastor Angulo, a quien nos hemos referido antes, ingresó al servicio de anestesiología del HUAPA, para su mejoramiento. Inteligente e inquieto desarrolló una gran actividad que pocas veces le daba espacio al reposo. Lector insaciable, leía hasta dando la anestesia al paciente, pero eso sí, mientras la operación marchaba en regla y el bote fuera viento en popa. Entre sus logros estuvo traer profesores de anestesiología del Hospital Clínico de Caracas a dictar conferencias a su servicio.

Impulsó la creación de un curso de postgrado en anestesiología, que se inició con cuatro alumnos, y para esto contó con la colaboración de los mismos profesores. Este curso tuvo una sola y única promoción. Oí por los pasillos del hospital que esto había ocurrido por falta de recursos económicos. Fue una lástima, pues el producto que dio fue bueno.

En el ejercicio de su especialidad se hizo de la mayor parte de la clientela de pacientes, públicos y privados, hasta el punto que era común oír de boca de los pacientes, frases como: “Yo me opero, pero que la anestesia me la dé Angulo”, o “Me opero cuando Angulo tenga guardia”, y muchas otras en el mismo estilo.

Durante la presidencia del doctor Rafael Caldera se eliminó en los hospitales de todo el país la categoría de pacientes semiprivados, donde nos entraba a los médicos unos *churupitos* para completar. Pastor Angulo lideró un grupo de médicos, dentro de los que me conté, que alquiló un

local y organizó una clínica privada, la Clínica Oriente. Esta funcionó durante unos pocos años en la avenida Fernández de Serpa, para luego construirse en su propio terreno, en la vía Cumana-Cumanacoa, siendo hoy uno de los mejores institutos de medicina privada de la zona.

Tuvo tiempo para participar en las actividades culturales, y se hizo miembro del Ateneo de Cumaná, y fue como savia nueva para la institución: colaboró en exposiciones, entre ellas, de orquídeas; consiguió con POMAR un experto que viniera a hablar al Ateneo sobre la siembra de la vid y la industria vinícola. El conferenciante, con el apoyo de una película, nos presentó, con lujo de detalles, grandes extensiones de terrenos en el estado Lara, donde solo existían cujíes, cardones y chivos como obligados habitantes. Pero meses después el panorama era diferente: desde lo lejos como un extensísimo corte de grama, con un verdor que obraba como colirio, que al acercarnos, estaba formado por maticas que recibían el agua por gotas que salían de una red igualmente extensa e intrincada de tubos y tubitos, como están en nuestro organismo, las arterias, venas y capilares. Los tubitos más delgados tenían pequeños orificios matemáticamente distribuidos, para un gota a gota en la distribución del agua, un orificio para cada matica. En poco tiempo, aquella alfombra “de grama” se convirtió en extensos y apretados viñedos preñados de hermosos racimos.

Frank Salazar le preguntó al expositor qué significado tenía en el vino la palabracuerpo. El experto le respondió:

—Usted toma la copa así (señalando la posición de los dedos sobre la copa), la pone de vino hasta la mitad, con mucho pulso y cuidado la hace rotar al tiempo que la inclina, de modo que el vino suba y baje por la superficie interior de la copa, que cuando la detenga el vino al bajar deje una superficie límpida y transparente, que no presente en el fondo partículas de decantación.

—Un vino bueno es aquel que tiene un color brillante y un grato olor que invita al sabor —continuó el conferenciante. —Debe tomarse en cuenta si las papilas gustativas están ocupadas. Por ejemplo, si acabas de comer queso, el vino que tomes te sabrá a queso. No mezcles los vinos. Toma por separado uno y otro.

Al terminar la conferencia, le pregunté al doctor Salazar, si había entendido bien el significado de la palabra cuerpo, y me respondió:

—Claro que sí.

—Entonces me lo explicas después, ya que yo no entendí nada de nada.

—Yo tampoco —confesó.

Al doctor Pastor Angulo le faltó tolerancia y buen humor. Fue preponderantemente polémico. Cuando no tenía contendiente, lo buscaba en sí mismo o se lo fabricaba. Este inquieto personaje debió haber tenido un buen hado, porque a pesar de ese carácter tuvo muchos amigos.

Doctor Rafael Rosas Bellorín

Nació en la Fuente, Municipio Antolín del Campo del Estado Nueva Esparta. Estudió bachillerato en la Asunción y Medicina en la Universidad Central. Inicia su profesión de Médico Cirujano en los campos petroleros de Oriente, donde pasado un tiempo, regresa a Caracas para hacer su postgrado de Cardiología en el Hospital Clínico Universitario de Caracas. Ya cardiólogo, viene a Cumaná, al Servicio de Cardiología del HUAPA, del cual, más tarde ejerce su jefatura, méritos ganados por su comportamiento ejemplar. Por ser yo su paciente, no soy la persona adecuada para predicar sus bondades, lo que sería una violación de la ética médica, más cuando forma parte del numeroso grupo de cardiólogos igualmente valiosos al cual pertenece su propio hijo Rafael Rosas Avilé, pues no hay tiempo ni espacio para referirme a todos por igual.

Doctor Cruz García Barreto

El Doctor Cruz García Barreto, nació en Cantaura, rincón jardín del Estado Anzoátegui. Estudió medicina en la Universidad del Zulia (LUZ). Al graduarse de médico cirujano pasó a ejercer en Cumanacoa, a la cual entró con buen pie, a decir de él mismo: “Por encontrarse en el Centro de Salud, con el doctor Rodolfo Rojas Salinas, buen cirujano y de quien aprendió mucho”. Viene Cruz García de una de esas familias del medio rural, que por sus acendradas buenas costumbres, llegan a ser emblemas de sus pueblos.

La familia García tenía un pequeño fundo ganadero, que sólo les daba para aportar la pequeña cuota que iba a los insumos del mercado local.

Con estos antecedentes familiares, con su generosidad y desprendimiento, atendía a sus pacientes con un trato muy humano y con

una medida igual al hacendado que al peón, al Prefecto que al Policía, al vanidoso que al de honorarios, los cuales podrían ser tanto del Central Cumanacoa, una lechosa madura o un hervido de gallina en familia. Por ello el pueblo de Cumanacoa y su entorno le ha guardado por siempre mucho respeto y cariño. Todo esto lo puede explicar un solo ejemplo:

Teniendo el doctor García 4 a 5 años que había hecho su postgrado y se había establecido en Cumaná, se enferma en Cumanacoa una señora, que hacía años que había sido su paciente, que él había visto por síndrome varicoso en ambas piernas, y estaba empeñada en que fuera a examinarla a su casa el doctor Cruz.

La hija mayor le decía que “Eso es muy difícil porque el doctor García no va a desprenderse de los compromisos que tiene en Cumaná, para venir a verte”.

Esto dio origen a un pugilato, que parecía una cadena sin fin, cuando el hijo menor de Petra, dijo un muchacho inteligente y práctico dijo:

—¡Ya basta, esta vaina la voy a arreglar yo!

Se fue para Cumaná, llegó al Hospital, se encontró con el doctor, a quien le dijo:

—Doctor García, perdone usted, tengo a mi mamá en Cumanacoa, con dolores en las piernas y no se levanta desde hacen 8 días, y pretende que usted viaje a verla allá. Es una paciente de usted.

Cruz le contestó al joven

—¡Chico, qué perdón ni perdón! Yo voy mañana a verla, conoce al Doctor Figueroa, que quizás me acompañe—y dirigiéndose a mí me dijo: anímate y con eso cambias de ambiente.

A las 11 de la mañana del otro día, sábado, nos encontrábamos en Cumanacoa, en la casa de la señora Petra. Nos esperaba una amplia sala, de piso de cemento, bien pulido y brillante, de esos pisos que sólo sabían hacer esas avezados albañiles de antes, que podrían competir con las cerámicas de hoy, seguido de un patio fresco, verde, florido y con matas frutales en producción, que fue lo primero a que le metió el ojo Cruz García. Todo el conjunto configuraba un viejo caserón bien conservado.

—Buenos días, dice el doctor, García. ¿Cómo están por aquí?

La hija mayor respondió:

—Todos estamos bien, doctor, salvo mamá, que tiene más de ocho días tendida en esa cama, que no se levanta porque le duelen las piernas y no las puede mover. Pasen adelante para que la vean.

Pasamos a la habitación, donde estaba la paciente, aletargada, con la vista perdida como contando las varas del techo.

El doctor García se sentó frente a ella, al lado de la cama y empezó que cómo estaba el central, que si estaban quemando mucha caña, de todo, menos de medicina.

Petra fue saliendo de su letargo y preguntó

—¿Quién es usted?

Y el doctor García, ni tonto ni perezoso, le dijo:

—Yo soy el doctor Cruz.

—Ay.... doctorcito, yo me siento muy enferma, contesta ella.

Empezó el doctor Cruz a examinar a Petra desde los pelos de la cabeza hasta las uñas de los pies, tomó pulso y la tensión, un masaje suave en ambas piernas, viéndole la cara, particularmente a los ojos y Petra poco a poco cambiando de ánimo, hasta que ya dudaba entre quejarse y reírse. El doctor la ayudó con ciertas maniobras y le dijo:

—Levántate Petra y camina—tipo Cristo a Lázaro.

—¿Cómo doctor Cruz?

—Ven Petra, vamos, levantándote y camina—La tomó por los brazos y empezó a dar pasitos con ella, indicándole a la hija que hiciera lo mismo.

Nos fuimos a sentar a la sala, y se aparecieron madre e hija caminandito.

Cuando nos levantábamos para venimos, nos dijo el hijo:

—Un momento, ustedes no se pueden ir sin comerse un sancocho de gallina que les tengo al lado en mi casa.

Fue un hervido sabroso que estuvimos comentándolo por muchos días. Además, nos dieron a cada uno una lechosa muy hermosa y un kilo de azúcar.

Hasta aquí llego yo con esta historia. El que desee saber más del doctor Cruz García, que se tome la molestia de visitarlo en su quinta de Cantarrana, donde vive muy tranquilo, con su esposa Aurora, gineco-obstetra, y dos de sus hijos, Carlos y Jesús.

Doctor Freddy Pereira

Conocí al doctor Freddy Pereira en un momento en que estaba asignando los consultorios en la Clínica San Vicente de Paúl. Él, como amigo del padre Gómez, dueño y jefe, consiguió uno para mí.

Estudió medicina en la Universidad de los Andes, y medicina interna en Londres, y he abusado tanto de su atención que lo he hecho mi médico de familia.

Mi sobrino generoso

Un sobrino mío, escritor, profesor de historia y geografía de la Universidad Central de Venezuela, y de la Universidad Santa María, estudió derecho internacional en la Universidad de Columbia, en los Estados Unidos. Formó parte como miembro de la Comisión de Paz de las Naciones Unidas para arreglar problemas en el Timor Oriental, y vivió algunos años en Francfort, Alemania, con su esposa, quien era la cónsul de Venezuela en esa ciudad, y con sus dos hijos, que estudiaron allá. Sus compañeros de La Asunción lo esperaban para que los dateara de su experiencia viajera.

En uno de esos ratos, estando yo presente, uno de ellos le preguntó cuál era la ciudad más bella del mundo.

—Caramba, le dijo él—me has puesto en una situación muy difícil. Para dar esa contestación, hay que vivir días en la ciudad, visitar sus universidades, estudiar sus programas, ir a sus museos y estar pendiente si sus obras son originales o porquerías viejas, que la mayoría de las veces se encuentran en las esquinas o bajo los puentes de las grandes ciudades. Y nunca olvidar visitar los mercados, porque es ahí donde se sabe lo que come el pueblo, si es que come. Y con todo ese bagaje irse al hotel a

tenderse boca arriba para armar la ciudad más bella, que, repito, no es nada fácil. ¿Quién le va a quitar a un maracucho, que la pequeña ciudad de Maracaibo no es la ciudad más bella del mundo?

—Es que la vaina es muy difícil—sigue diciendo Francisco, y ustedes me han puesto entre la espada y la pared. Pero yo diría que la ciudad más bella del mundo es Singapur.

—En cuanto a tí, Tío Rafael, me voy dentro de dos días para Alemania, y estoy aquí de regreso en dos meses. ¿Por qué durante ese tiempo no te preparas y dentro de dos meses te vas conmigo para Alemania? Vas a conocer un gran país. No pierdas esta oportunidad, te vas conmigo desde Maiquetía, y allá vas a contar con tu cama y los tres golpes, cosa nada despreciable.

Exactamente a los dos meses yo estaba en Alemania, específicamente en Francfort, en el apartamento de mi sobrino, ubicado en un edificio rodeado por un bello parque.

Al día siguiente de mi llegada, entre las cinco y las seis de la tarde, la esposa de Francisco le dice:

—Francisco ¿por qué no llevas a Rafael a recorrer el parque?

Yo apreciaba el parque algo oscuro, en parte por su frondosidad, y en parte por la hora.

—¿Vamos a salir a pie a ese parque, a esta hora, a ver si nos asaltan?—dije de inmediato.

—No tío, no se preocupe, eso es allá en Venezuela. Aquí nadie echa vaina, y al que se atreve a echar vaina lo joden bien jodido.

Me asombró en el parque la cantidad de pájaros, lo que comentado con Francisco, provocó la siguiente respuesta:

—Tío, también hay conejos y venados.

Los venados no los vi, pero sí observé los conejos, y a niños dándoles de comer con sus manitas. No pude evitar pensar que en Venezuela en cuanto vemos un conejo, de inmediato tratamos de matarlo para comérselo. ¡Dígame en el pueblo de Los Robles, en Margarita,

famoso por la manera como allí cazan conejos con unos palos llamados *toletes*!

Fui a una zapatería y compré un par de zapatos. Al regresar al apartamento me informaron que me habían vendido los zapatos con un desperfecto. Ya de la zapatería habían llamado para explicar que pasáramos por ella para cambiarme los zapatos, o devolverme el dinero, si ese era mi deseo. En Venezuela no te los cambian si no llevas la factura, o si esta tiene más de diez días.

A los cuatro días de estar en Fráncfort me dijo Francisco, que yo no debía regresar a Venezuela sin conocer Berlín. Al día siguiente bien temprano estábamos, boleto en mano, en la impresionante estación de trenes de Fráncfort, que me dijeron es la más importante de Europa. Me enteré también que Fráncfort es la ciudad que en cierta manera simboliza el euro, ya que es la sede del Banco Central Europeo. Cuando esa bestia de acero, madera y cuero corría a más de cien kilómetros por hora, mi sobrino, que no pierde su buen humor, me dijo:



La estación de trenes de Francfort.

—Mi tío, ya tú tienes tus dos hijos formados, y yo tengo todavía muy pequeños los míos. Entonces, si este tren choca, y debe morir uno de nosotros dos, lo justo es que mueras tú.

—Eso no es justo. Lo justo sería que nos jodamos los dos.

—¡Pero tío, yo no te conocía esta cara!

—Y yo tampoco conocía esta cara tuya.

Llegamos a Berlín un poco tarde, por lo que cenamos en el hotel y nos echamos a dormir hasta el otro día, en que salimos a recorrer la ciudad. La encontré tan limpia como me la habían pintado, haciéndome recordar un relato que hizo el maestro Pibernat cuando yo estaba en la escuela primaria. Su hermano, monseñor Pibernat, obispo de Cumaná, en una esquina de Berlín, botó una colilla de cigarrillo en la acera, con la mala suerte de que un policía que estaba cerca, lo vio, lo saludó, y luego, silenciosamente, recogió la colilla y la echó en una pequeña cesta para la basura que estaba adosada a un poste. El obispo le dijo a su hermano, que el hecho le dio tanta pena, que si hubiera podido, le hubiera pedido al policía que en vez de recoger la colilla, mejor le hubiera dado una bofetada.



El autor frente a la sede del Banco Central Europeo.

Caminando la ciudad, donde primero nos detuvimos fue frente a un negocio *sui generis*, que exhibía artículos como pastillas, cremas vaginales, preservativos y juguetes sexuales de todo tamaño, forma y color, prendas todas supuestamente para mejorar el amor, o para echarlo a perder, diría yo. A la vuelta de la esquina estaba el museo de Berlín, una obra grande entre las grandes, donde se encuentra un busto de la reina Nefertiti, en una pequeña sala para él solo, resguardado por una cerca de pequeñas columnas de mármol unidas por cadenas.

De ahí partimos a ver la línea que pintada en el suelo que muestra la ubicación del desaparecido y fatídico Muro de Berlín. Ese muro cargó en sus hombros los cadáveres de muchos que trataron de huir del Berlín Oriental al Berlín Occidental.



En un sex-shop en Berlín.



Desayuno en el hotel en Berlín.



En un mirador turístico en Francfort.

Fui también a la ciudad de Colonia, donde se perdería el viaje si no se visita su imponente catedral. Uno se siente empequeñecido, casi como una hormiguita, ante la grandiosidad del monumento.

Fueron unos días inolvidables, dónde cuándo no salía con Francisco de *cicerone*, disfrutábamos de la comida alemana hogareña, preparada por la esposa de Francisco, abundantemente regada con vino de Borgoña, y yogurt en lugar de mayonesa. Por cierto, me llevaron a un restaurant para que comiera el plato típico alemán, la rodilla de cochino, que tuve que dejar porque no disfruto el exceso de grasa, y para conseguir una fibra de carne había que decir oraciones.

El postgrado

Era público y notorio que la mayor parte de los médicos que iban a hacer postgrado en la capital de la República, se quedaban en ella por encontrar mejores oportunidades, lo que significaba para la provincia una pérdida de recursos. El doctor Luis Fernando Moreno, médico obstetra, preocupado por la docencia y la investigación, lideró un grupo de médicos que solicitó ante el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, la creación de un curso de ginecología y obstetricia, para atender los problemas que en esta especialidad se presentaban en el estado Sucre. Se corrió con la suerte de que al mismo tiempo, una comisión de la División Materno Infantil del Ministerio de Sanidad, recorría los hospitales de la región Nor-Oriental, para seleccionar el hospital más adecuado, donde ofrecer un servicio pre y postnatal de calidad. Este equipo opinó que el que reunía las mejores condiciones era el Hospital Antonio Patricio de Alcalá, de Cumaná. Así nació el Curso de Postgrado de Ginecología y Obstetricia con atención Materno-Infantil.

Se nombró director al doctor Luis Fernando Moreno, que bien lo merecía.

El curso era para tres años, y se aceptaban, casi al azar, entre diez y trece alumnos, a partir de las solicitudes de ingreso de alrededor de setenta, ochenta, y a veces más aspirantes.

Más tarde se crearon los post-grados de cirugía y pediatría.

Un tiempo después el doctor Moreno renunció, y tuve la suerte, que habiendo en el departamento tantos colegas de igual merecimiento, se me nombrara director del Postgrado de Ginecología y Obstetricia.

El doctor Luis Delfín Ponce Ducharme, fue escogido para coordinar los tres postgrados, y por su buena relación con las altas autoridades de la Universidad de Oriente, consiguió el reconocimiento académico de los cursos, bajo un convenio firmado entre la Universidad de Oriente y el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social (convenio UDO-MSAS). Se nombraron los coordinadores:

Para el postgrado de Cirugía, el doctor Francisco Salazar.

Para el postgrado de Pediatría, el doctor Diego Martínez Navas.

Para el postgrado de Ginecología y Obstetricia, el doctor Rafael Figueroa.

A mi juicio, la institución del postgrado fue el hecho más significativo para el Hospital, que desde entonces se llamó Hospital Universitario Antonio Patricio de Alcalá, frecuentemente mencionado como HUAPA.

A partir de ese momento, los postgrados dejaron de ser manejados de forma unipersonal para hacerlo por un equipo de médicos llamado Comisión Coordinadora del Postgrado, dependiente y regido a su vez por el Reglamento General de Postgrado de la UDO, integrado por el Coordinador, el Jefe del Departamento (Doctor Abelardo Grau, los Jefes de Servicios, un representante estudiantil, y para el momento de la selección de los alumnos se sumaba un representante por el Colegio de Médicos, un representante por el Hospital y otro por la Comisionaduría de Salud).

Por la falta de recursos humanos y materiales, la universidad propuso para el curso de ginecología y obstetricia que la inscripción se limitara a seis alumnos por año, en una época en que el postgrado venía como bola de nieve rodando y creciendo, conociéndose y reconociéndose, por toda la geografía del país, y así vimos inscribirse a médicos de los estados Nueva Esparta, Anzoátegui, Monagas, Amazonas, Barinas, Zulia, Carabobo, Táchira y del propio Distrito Capital, lo que trajo problemas para la selección.

De algunas regiones vinieron familiares de aspirantes, en la época de selección, para ver si así podían arrimar las brasas a su sardina. Se dio el caso de una señora de Margarita, que solicitaba cupo para su esposo, de arrancharse en la oficina de la Coordinación del Postgrado, con hilos de todos los colores y agujas de todos los tamaños, y que “a tejer”. Nada de esto influyó en el celo y la corrección que teníamos que guardar durante el proceso de selección.

El prestigio del postgrado no se echó a dormir dentro del instituto hospitalario, sino que saltó la cerca para empapar al ciudadano común. Se dio el caso de una embarazada que iba a la consulta prenatal, y ya entrando, se resbaló con un poco de grasa y cayó al suelo. La amiga que la acompañaba dijo “¡Cómo es posible que ella pierda su muchacho, y precisamente en la puerta de un hospital que tiene postgrado!”.

Es decir, la humilde señora, a su modo, veía como un elemento del prestigio del Hospital, el hecho de tener cursos de postgrado.

Personal docente del postgrado

Las asignaturas estaban distribuidas en los tres años que duraba el curso. Entre el personal docente que se destacó, recuerdo a los profesores de la UDO José Sánchez, José Castro, y Néstor Alfonzo, entre otros. Ellos, además de ocuparse de su materia específica, nos dictaron cátedra de camaradería, que bien falta hacía para la convivencia de dos instituciones de relevancia para nuestra colectividad, como son la Universidad de Oriente y el Hospital Antonio Patricio de Alcalá.

De los médicos del Departamento de Ginecología, participaron como docentes, mientras yo estuve en el postgrado, Gil Laya, Abelardo Grau, Roviro Lezama, Rojas Alemán y Ángel Mota.

Del Departamento de Medicina participaron los doctores Tomás Toledo, Freddy Pereira y Aníbal Guaimare. Toledo estudió medicina en la Universidad Central y endocrinología en el Hospital Clínico de Caracas. Pereira, estudió medicina en la Universidad de Los Andes, e hizo postgrado de medicina interna en la Universidad de Londres. Ambos realizaron algunas investigaciones sobre diabetes, tiroidismo e intoxicaciones marinas, brindando así una colaboración de excelencia.

Por la Comisionaduría de Salud del Estado Sucre, el doctor Luis Ernesto Bautista, y su adjunto, el doctor Carlos Villalobos, cubrieron, entre otros temas, Salud Pública y Anatomía Patológica.

Así es más dulcita

Ni siquiera la seriedad académica de un curso de postgrado detiene el humor del venezolano. Yo dictaba una asignatura del tercer año, Biología de la Reproducción Humana, y se dio el caso en que una estudiante de mi

clase muy seria y respetuosa exponía el espermatograma y sus componentes químicos. Le pregunté que si la fructuosa no estaba un poco elevada (la fructuosa es el azúcar del esperma),y ella, quizás debido al *stress* que siempre conlleva una presentación que va a ser calificada, respondió, sin pensar en la reacción de sus oyentes:

—Así es más dulcita.

Ante el estallido de risas de la audiencia, enrojeció, se llevó las manos a la cara y estuvo a punto de abandonar la sala.

La Consulta Externa

Decía el profesor Carlos Ruíz, gineco-obstetra del Hospital Clínico de la Universidad de Buenos Aires, que la consulta externa comprende el interrogatorio, y el interrogatorio “es tan importante en medicina, que no se usa en veterinaria”. La consulta externa es la puerta abierta que tiene el paciente para decirle al médico lo que solo tiene para Dios. Por eso en el interrogatorio, especialmente en ginecología, no debe estar la enfermera, la que es indispensable para el examen físico de la paciente. El médico debe estar pendiente de que cuando interroga a la paciente, ésta lo está interrogando a él. En todo el tiempo que ejercí, nunca me desprendí de la consulta externa.

Para ilustrar lo anterior me referiré a solo dos casos:

Caso 1º

Una señora me refiere que tiene ocho años de casada, con cuatro hijos y no había “sentido nada”. Nada, se refería, a la falta de orgasmo.

Algunos casos se hacen tan difíciles que se necesita referirlos al correspondiente especialista, para que abra la caja negra, que es el cerebro de la paciente.

Le pregunté a la señora, que si ella no lo había conversado con su esposo, y me respondió que no, porque él iba a creer que ya ella no lo quería.

Caso 2º

Otra señora me consultó porque tenía dolor con la penetración. Este es un caso en el que podría necesitarse la ayuda del urólogo, porque podría tratarse de defectos anatómicos de los órganos genitales de su esposo.

Después del examen, le explico a la señora que a veces la causa está en la mujer, en el hombre o en ambos. Que también podría suceder que estando normales el hombre y la mujer, el eje anatómico del pene no se ponga en paralelo con el eje virtual de la vagina, y que por tal motivo se dificulte el acoplamiento, y el acto que pudo ser satisfactorio, se hace doloroso.

En un lenguaje sencillo, con mucha altura y delicadeza, escogiendo las palabras más adecuadas, le expliqué a la señora las distintas posiciones que podían usarse para el acto sexual, y que las conversara con su esposo.

— ¡Señor! ¿Y usted está loco? —me respondió la señora.

A continuación la paciente me explicó su temor. No quería que le pasara lo que a una amiga suya, que quiso conversar con el marido sobre este tema de las posiciones, y el marido, molesto y suspicaz, le dijo:

—¡Estás muy aprendida! ¿Quién te está enseñando tanto?

El hospital es el instituto más idóneo para ejercer la medicina, y el que mejor se presta para servir a los demás. En 1991 se me jubiló en contra de mi voluntad. Yo no quería que se me jubilara, y en esto llegué hasta el ruego, pero no lo logré.

Duele mucho que estos últimos años, nuestro sistema de salud se ha desmejorado tanto que no es ni la sombra de lo que teníamos antes, y si el gobierno no le mete la mano ya, nuestros institutos hospitalarios se convertirán en depósitos de enfermos, como lo fueron en vida del gran filántropo Antonio Patricio de Alcalá.

El postgrado es la institución más importante que ha tenido el Hospital Antonio Patricio de Alcalá, y esto lo comprueba las sencillas palabras de la señora que acompañaba a la embarazada que iba a la consulta prenatal. He sabido que está muy deteriorado, pero como la esperanza es lo último que se pierde, ahí están todavía dos figuras muy importantes que podrían sacarlo a flote, ellas son el Doctor Gil Laya, quien dice que todavía tiene muchos cartuchos que quemar, y el Doctor Ángel

Mota hijo, jefe del Departamento, entusiasta trabajador, e investigador. Quizás ellos podrían movilizar voluntades y llevar el problema antes sus padres: el Ministro de Sanidad y la Universidad de Oriente.

Solo me resta decir que hasta el momento de terminar estas páginas, los amigos de mi entorno íntimo que aquí no aparezcan, no han sido por propósitos preconcebidos ni por olvido, sino:

- Porque ha sido demasiado estrecho el espacio que yo mismo me he concedido: considero que en mi caso, una extensa autobiografía sería un acto de pedantería.
- Porque ha sido muy específica la materia a tratar, cuya columna vertebral han sido mis estudios y el trabajo que de ellos se ha derivado.
- Porque la historia no se puede ni se debe escribir en presente: ha habido figuras muy resaltantes que en la primera etapa de su vida se portaron como héroes y en la última como villanos.

Le recomiendo a mis nietos y a los nietos de éstos que cuando persigan un objetivo, le pongan músculo a los sueños, y pensar siempre que Dios ayuda al que persiste.



Rafael Figueroa cuenta su vida, utilizando como hilo conductor del relato su sueño de ser médico, y algunas incidencias de su vida profesional.